



Rafael Marías

El hermano de Pablo

U863
MARhe

arca

El hermano de Pablo

El hermano de Pablo

Rafael Marías

arca

© Rafael Scriminni 2002

© arca 2002

© REG S.A. 2002

ISBN 9974-40-806-7

D.L. 324301

Diseño de portada: Virginia + Ariel

Foto de portada: Andrés Cribari

Coedición Arca / La República. Derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin autorización escrita de los editores.

Para Martha

Primera Parte

CAPÍTULO I

—Como comprenderás Javier no tengo otra opción.

El Padre García, director del Instituto Pío XII, hizo girar con lentitud las manos. Parecía querer dar forma cuidadosa a las palabras antes de arrojarlas sobre el muchacho alto e indiferente sentado frente a él.

—Hemos encontrado una fórmula intermedia para no perjudicarte ni herir los sentimientos de tu padre. Después de todo, él ha depositado su confianza en nosotros y no sería correcto tomar una medida que pueda perjudicar definitivamente tu futuro.

Una oleada de rabia sacó a Javier de la indolencia con que hasta el momento había escuchado el discurso del director. Aquel cura con su apariencia bondadosa nunca lo había engañado. En aquel momento le estaba diciendo que lo expulsaban del Instituto pero se las ingeniaba para hacerlo parecer un acto piadoso de su parte. De cualquier forma ya se lo esperaba, pensó, y por eso no se sorprendió cuando antes de entrar para la última clase del día fue llamado a la Dirección. Se lo tenía bien merecido por andar jugando a la revolución en un Preparatorio dirigido por curas. ¿A quién se le ocurría?

—La carta encontrada -siguió diciendo el director-, es un hecho que no podemos soslayar. Nos sentimos defraudados, traicionados en nuestra buena fe, pero no por eso hemos dejado de velar por tus intereses. Espero ser lo sufi-

cientemente claro, Javier. Quiero que sepas apreciar esta oportunidad que te damos de proseguir tus estudios en donde prefieras sin hacer oficial la expulsión. También me gustaría que tuvieras en consideración que no ha sido sin oposición de algunos miembros de la Dirección y gracias a mi intervención que se te ha concedido esto último.

El director hizo una pausa y el silencio se concentró ahora en su figura gruesa y encorvada que se elevó con parsimonia de la silla detrás del escritorio.

Era un hombre bajo, corpulento, totalmente calvo que rondaría los sesenta años. A su sonrisa beatífica de costumbre le había agregado un matiz fatigado para demostrar cuán penoso le resultaba todo aquello.

“Ahora”, pensó Javier, “caminará hacia mí y me tenderá la mano, me pasará un brazo por el hombro y, mientras me acompaña hacia la puerta, me repetirá con voz dulce y tranquila que debo seguir considerándolo como un amigo y que siempre estará dispuesto a ayudarme cuando lo necesite. Quizás en el trayecto hasta le dé el tiempo para darme algún consejo, y yo, ¿por qué no?, aquí tiene mi mano Padre, gracias, gracias por su amparo, su comprensión, y el tiempo que le he hecho perder”.

El sacerdote palmeó con suavidad la espalda de Javier y éste dejó la Dirección. Era hora de clases y estaban desiertos los corredores, la cantina y el patio de baldosas verdes, con sus arcos de fútbol en cada extremo, en donde el sol caía a plomo. Continuó hasta el centro del patio y se sintió súbitamente reconfortado por aquella tibieza de principios de otoño.

Mientras esperaba el timbre de salida recordó la noche

anterior. Lalo se presentó sorpresivamente en su apartamento cuando recién terminaba de cenar, más agitado que de costumbre, saludó a sus padres que lo odiaban, y le había susurrado: "Vamos a tu cuarto que tengo una mala noticia". Luego, espantado junto a él en la cama, apartándose el flequillo de su cara pecosa le dijo: "Me enteré hace apenas unas horas y quise venir a contártelo personalmente. Te han jodido Javier y bien jodido". Parecía que un alumno de su propia clase, ya se enterarían quién, había entregado al director una carta de su puño y letra en la que se planeaba una "inadmisible" politización del estudiantado. Se lo contó Núñez, el bedel, que hizo de juez en el partido de fútbol que jugaron en el Instituto aquella misma tarde, a tu amigo lo han fundido, le dijo, de esta no se salva, porque quién lo mandaba escribir esas estupideces y dejarlas por ahí al alcance de cualquiera. El director estaba decidido a tomar medidas, estaba muy enojado, dijo que se habían aprovechado de su generosidad y que había llegado el momento de cortar por lo sano. En fin, a él le parecía que era difícil que lo expulsaran por una boludez así, pero el clima estaba espeso y era mejor adelantarse; por eso había pensado en armar un buen escándalo a la salida, hablarles a todos, hacerle ver al director que no estaba solo, que tenía apoyo, que no se podía atropellar a alguien del círculo tan fácilmente. Javier recibió la noticia con contrariedad. La perspectiva de una sanción que no le agradaba en absoluto porque sus padres se llevarían un gran disgusto y su vida familiar se complicaría aún más. De todos modos era necesario esperar, todavía no había pasado nada. Pensó que si no fuera por lo perjudicial que podía ser la situación para él hasta tenía su gracia. Parecía un mal chiste que hablaran de un supuesto plan de politización cuando todo el mundo sabía que desde hacía tiempo tanto comunistas, ultras, socialistas y demócratas cristianos estaban organizados y lógicamente cada uno tenía sus estrategias

políticas. La diferencia era que él escribió algo aparentemente terrible en un papel y algún bienintencionado se lo alcanzó al director. Que se imaginara, seguía diciendo Lalo, los de la Asociación de Padres hacia tiempo que estaban presionando a la Dirección, les dirían que aquello era insostenible, que querían que sus hijos estudiaran no que hicieran política, que era preciso tomar medidas urgentes para terminar con ese grupito de agitadores, ¿entendía Javier?, ese papelito que le habían robado era la oportunidad que estaban esperando para terminar con todo y él se la había servido en bandeja..., bueno, aunque eso ya no importaba y lo fundamental era evitar las consecuencias, buscar apoyo en el resto de los estudiantes, esa tarde arreglaría todo, se comunicaría con los otros grupos políticos y organizarían un mitin a la salida que haría historia. “Mañana antes de entrar a clase te lo confirmo. Por supuesto que vos vas a ser el orador”. Después que se fue Lalo, Javier se había encerrado en su cuarto. Ya eran pasadas las once y en el departamento todo era silencio. Pablo, que dormía en el cuarto contiguo, aún no llegaba. Se dijo que lo mejor sería tratar de conciliar el sueño. Además al otro día por la noche se haría el acto de la Coordinadora para el que habían trabajado durante meses en el Comité barrial. Iba a ser una jornada difícil y lo más sabio era no adelantarse a los acontecimientos afrontando las dificultades a medida que aparecieran. Cerró los ojos pero su mente seguía funcionando. Estaba preocupado y no era para menos. Las noticias traídas por Lalo además parecían haber reavivado algo que trataba de ignorar pero que estaba siempre presente, algo que le venía sucediendo desde el verano pasado o tal vez antes. Había comenzado como un sentimiento indefinido, ¿un vacío?, pero luego fue tomando cuerpo hasta hacerse notorio no sólo para él sino para los compañeros más cercanos. El hecho era que ya no era el de antes, estaba desinteresado, apático... ¿Es que ya no eran importan-

tes sus ideas para él? ¿Acaso no era la primera vez que lo tenían en cuenta, que veía sus inquietudes volcadas en algo trascendente? ¿Qué más se podía pedir o necesitar? ¿Habían sido esas dudas, esos cuestionamientos que últimamente rondaban por su cabeza? No, eso fue una consecuencia, había venido después. Intentó y logró parar el torrente de sus pensamientos pero la ansiedad no lo dejó dormir en toda la noche, y ahora, en el patio del Instituto, donde el sol formaba un océano verde a su alrededor, quiso una vez más alejar cualquier idea perturbadora. Envuelto por el sol protector consiguió traer ante sí el rostro de Claudia y recrear por un instante su mirada, su sonrisa, esbozar apenas su figura firme y delicada a la vez, y como en esas escenas agradables que se sueñan y al despertar uno se empeña en mantener sabiendo que no pueden durar, Javier hizo un esfuerzo por mantener la imagen de la muchacha, pero abruptamente un recuerdo se le impuso desplazándola. Era Pablo, rubio, burlón, gritándole con desprecio muy cerca de la cara: "Vos sos un idiota, Javier, ¿sabés?, un enfermo que se cree que se las sabe todas. Y te digo otra cosa, me importa muy poco lo que te pueda pasar, pero papá y mamá se preocupan, ¿entendés? ¿Adónde pensás llegar con todo esto de los bolches? ¿O sos tan estúpido que creés que todas esas ideas ridículas sobre la revolución tienen algo que ver con la realidad? Vos subestimás a todo el mundo, ¿no?, pensás que los que no tienen tus mismas ideas no tienen nada en la cabeza, que yo soy un pobre ignorante, ¿y sabés lo qué pienso?, que sos un típico conflictuado, que estás totalmente idiotizado y te estás perjudicando. Yo a papá siempre le digo que se te va a pasar, pero él cree y con razón que nuestro país no es el de antes, que gracias a la crisis, los tupamaros y los comunistas como vos, los militares tienen cada vez más poder, menos paciencia y muchos intereses que los llevarán a ser muy radicales a corto plazo. ¿Te da esa mente retorcida

para entender eso?”. Podía ver, como si estuviera sucediendo, la saliva que llovía de la boca de Pablo, sentía las finas gotitas humedeciéndole la cara, su mirada firme, inteligente, la mano que le había colocado sobre el hombro y lo empujaba cada vez con mayor fuerza hasta hacerlo retroceder. “Ese hijo de puta”, pensó Javier, haciendo desaparecer la imagen. “Si tan solo pudiera alejarme, si pudiera escaparme a cualquier lugar para estar tranquilo ¿Por qué todo tiene que ser tan jodidamente difícil para mí?”. Estaba harto. Añoraba ese sentimiento que experimentaba a veces de ser un simple espectador de los acontecimientos. Mirar la vida desde afuera lo hacía sentir libre y en paz. Era como si todas las cosas lograran concretarse en una visión cualquiera y él fuera capaz de abarcarlas. Sí, no había duda que algo andaba muy mal con él. Necesitaba tomarse un tiempo para pensar, para resolver definitivamente el problema, para volver a ser el de siempre. El chillido del timbre lo estremeció. ¿Iba a quedarse ahí parado? Alarmado pero sin decidirse todavía escuchó los ruidos provenientes del primer y segundo piso donde estaban las aulas. Oyó cómo crecía el murmullo de voces entre las que se elevaba de vez en cuando un grito, alguna risotada. “No me puedo quedar. Tengo que irme ahora”, se dijo, y sin dudarlo más salió a la carrera hacia la entrada del Instituto antes que la primera ola de estudiantes irrumpiera por el hueco de la escalera. Ya en la calle imaginó la decepción que se llevarían los camaradas y por un segundo sintió un leve remordimiento. Una brisa tibia vino en su ayuda al doblar en la primera esquina. “Daré una vuelta por la rambla y después la iré a ver”.

CAPÍTULO II

A Pablo el colegio nunca le había gustado, en realidad lo que más quería en aquella época era jugar al fútbol. Y la verdad es que se defendía bien, tanto que el Padre Méndez lo llamaba por teléfono antes de los partidos para asegurarse que no fuera a faltar. “Te necesitamos. No me vayas a fallar”, le decía, y qué placer entrar en la cancha entre los aplausos de la hinchada los domingos de tarde. “Cómo juega”, “qué dribling”, “cómo le pega en los tiros libres”, comentaban todos y él pensaba que indudablemente tenían razón. También decían que era un poco salvaje porque era de los que nunca se achicaba y cuando algún rival se hacía el vivo durante el partido era seguro que a su casa no volvía sano. Es que en el fútbol, como en todos los órdenes de la vida, nadie respetaba a los que no se hacían respetar.

A su madre la sacaba de las casillas cuando lo veía por el living de la casa corriendo sobre la alfombra, esquivando sillas con la pelota pegada al pie. “Me vas a destrozar todo, Pablo”, le gritaba y su padre dejalo vieja no veía que estaba practicando. Pobre papá, no se perdía ni un partido cuando comenzó a jugar con los infantiles de Nacional. “Vas a ver papá, algún día voy a jugar en primera y voy a ser famoso”, y él fruncía el ceño y le decía que estaba bien pero que no olvidara que los estudios estaban primero, si no los descuidaba podía seguir jugando todo lo que quisiera y más adelante verían. El también, en su juventud, había sido muy buen jugador e incluso había recibido ofertas para hacerse profesional pero su familia se había opuesto. ¡Cómo un joven de su posición se iba a dedicar al fútbol! Con esa

frase concluyente, las posibilidades de su padre como futbolista habían concluido y de ahí en adelante sus estudios de abogacía acapararon su atención. “No me puedo quejar porque en mi profesión me ha ido bien y estoy a gusto, Pablito, pero siempre me sentí un poco dolido por la actitud de mi padre sin importar que tuviera razón o no. Lo que pasa es que antes era así, no había diálogo, los padres eran inaccesibles y uno no tenía más remedio que resignarse y obedecer”. ¿No era macanudo su papá? ¿No era genial? “Lástima que fuera tan débil con mamá”, pensaba Pablo. Ese había sido su gran defecto. Siempre le dio todos los gustos y ella había aprovechado para hacer y deshacer en los asuntos domésticos. Por ejemplo: su mamá quería a toda costa que él y Javier estudiaran en instituciones católicas. Su padre en principio no estaba de acuerdo, tenía algunas ideas contrarias a la enseñanza religiosa, pero como éstas no eran muy firmes y su padre muy blando con su madre, al final se había hecho lo que ella quería y los dos habían ido los seis años de primaria y los cuatro de liceo a un colegio de curas bayoneses y luego, sin preguntarles su opinión, los inscribieron en un Preparatorio de otra congregación católica. Para su padre era más importante seguirle la corriente a su madre para que no se alterara que las hipotéticas taras de una educación que sin duda alguna era de las mejores, pensaría. A Pablo lo sublevaba que su padre actuara así. Ni siquiera le dijo nada a su mamá cuando aquel problema con el cura inglés. ¡Un tipo realmente extraño! Fue en tercero de primaria. A las cinco y treinta de la tarde, media hora después de su té, día por medio, les daba clases particulares de inglés de una hora a unos diez alumnos más o menos, en uno de los salones del colegio. Lo tenía bien grabado en la memoria: dedos amarillentos que siempre olían a tabaco, el pelo abundante totalmente cano y bien cepillado hacia atrás, una voz gruesa, bien modulada, con acento anglosajón, y sobre todo unos

modales tan paternales, tan afectuosos. Después de un primer mes de clases totalmente vulgar comenzó a sentarse junto a ellos en los pupitres cada vez que quería señalarles en el libro alguna parte de la lección del día. Y como al descuido, de la manera más natural, una mano tibia y sudorosa se les metía por las medias y los acariciaba suave, muy suavemente, haciéndoles cosquillas en piernas y tobillos, hasta que de pronto zácate, la mano que se disparaba de las medias y escarbaba afanosa, ávida por debajo del pantalón, que era cortito a esa edad, y dale jugar con el pajarito el señor cura como quien juega con un amansalocos. Claro que a él que no era tan ingenuo como el resto de sus compañeros desde el principio le pareció muy raro y molesto todo aquel manoseo. Por eso les habló a ver si a ellos les parecía bien eso de tocarlos mientras les daba la clase. Como estos no supieron que contestarle, le pareció que lo mejor era contárselo a su padre. ¡Qué inocente criatura que era entonces! Hasta se sorprendió y sintió algo de culpa cuando la congregación devolvió al cura urgente a su país de origen después del escándalo que armó su padre. Nunca lo había visto tan enojado como cuando le contó aquel asunto. Y pensar que a él le parecía un buen tipo el cura inglés porque a pesar de aquella manía que tenía no era tan estricto como los demás. Sólo años después se enteró que a las personas con esos defectos se las llamaba pervertidas, y le resultó cómico pensar que sus padres lo mandaran a un colegio católico para que fueran decentes y los terminara toqueteando un tipo así.

En cuanto a los otros curas por lejos el mejor era el Padre Méndez, un fuera de serie. Además qué fuerza tenía. A ver si son hombres les decía y endurecía los músculos de su abdomen hasta que se cansaban de pegarle sin que pudieran moverlo un milímetro. De verdad que era diferente, porque los otros curas o eran demasiado viejos o dema-

siado gordos, o estaban escuálidos y chupados, pero el Padre Méndez medía cerca de un metro noventa, era ancho de espaldas y tenía músculos por todo el cuerpo. En fin, un verdadero desperdicio. Parecía una persona realmente poderosa, un modelo de hombre, y además, lo más importante: era un verdadero fanático del fútbol. No había quien supiera más de ese deporte y de su historia que él, no había pregunta que no supiera contestar. En el correr de la semana, desde primero de liceo, daba unas clases de geografía que eran una risa para él, porque como era el capitán de la selección "B" del colegio (que comprendía primer y segundo año, la "A" eran los liceales de tercero y cuarto), su protegido, jamás lo hacía pasar al pizarrón y en los escritos mensuales Pablo se sentaba cómodamente en un pupitre vecino al de Nacho y le copiaba íntegramente sin que el Padre se diera por enterado. Por supuesto que era el encargado de deportes y organizaba concienzudamente los campeonatos internos entre las distintas clases, además de preparar a la selección para los intercolegiales. Los había sacado campeones dos años seguidos, los contagiaba con su determinación, los hacía sentir que estaban defendiendo el honor del colegio en cada partido. "No se entretengan con la pelota, tóquenla, roten, busquen a Pablo, apreten la salida del contrario y cuando recuperen la pelota juéguenla con inteligencia", eran algunas de sus máximas, y en el pizarrón les enseñaba la táctica, la estrategia que en cada partido debían seguir, jugadas para los tiros libres y los corners que después en las prácticas les hacía ensayar hasta el agotamiento. Como si esto fuera poco una vez por semana sacaba un boletín que les vendía por unos centésimos, con comentarios de los partidos, tabla de posiciones, lista de goleadores y el jugador más destacado de cada clase y de la selección. ¡Pobre cura!... y le parecía pobre porque de verdad le daba pena. No por lo que hacía, ni por su forma de ser, sino por el contraste entre su exube-

rancia física y toda aquella entusiasta actividad que desplegaba, con la austeridad de su cuarto, de sus ropas, la estrechez en la que había elegido vivir. Era un verdadero enigma para él. Las veces que lo visitó en su habitación, había notado que todas sus pertenencias eran unos muebles antiguos heredados de una tía que consistían en una cama arrimada a la pared, una mesa, una silla y un armario que a falta de biblioteca le servía para guardar unos pocos libros. Los únicos adornos de su habitación eran una imagen del Sagrado Corazón colgada de un clavo junto a la ventana y en la puerta otro clavo con un almanaque. Le resultaba insólito que no hubiera nada personal en aquel cuarto, como si se tratara de un cuartucho de hotel habitado por alguien que estuviera de paso. Pablo no podía entender por más vocación que tuviera que se resignara a vivir así, algo tenía que andar mal. Para esa fecha calculaba que el Padre Méndez rondaría los cuarenta años. A Nacho le había contado que era huérfano desde los seis años (su padre, obrero de la construcción, había muerto al caer de un andamio, y su madre al año de cáncer) y había sido criado por sus abuelos maternos. Pablo pensaba que era ese el motivo por el cual le daba lástima, porque en su soledad creía adivinar las huellas de una desgracia personal que lo volvía casi heroico por la gran entereza que significaba encarar la vida como lo hacía él, sin quejas, ocultando su sufrimiento en un hermético aislamiento. Aún hoy le parecía verlo algunos sábados de tarde cuando las grandes puertas del colegio estaban cerradas y todo estaba quieto y silencioso como en un sepulcro, cuando los otros curas aprovechaban para salir a ver a sus familias o estaban ocupados en las actividades de la Iglesia o en la parroquia. Ellos se colaban por la Iglesia a la hora de la misa, y unos momentos después del primer pique de la pelota se abrían las persianas de su ventana que daban al patio y los saludaba agitando las manos y a los pocos minutos aparecía

despeinado, sin afeitarse, con la sotana a medio abrochar, dando órdenes y rezongándolos por no avisarle, con el rostro encendido y la mirada brillante de entusiasmo, como un jovencito más. Cómo describir su sorpresa cuando a las dos semanas de empezar los cursos de tercero de liceo, al llegar al colegio le habían dicho que las clases estaban suspendidas porque el Padre Méndez había fallecido. A lo primero creyó que era una broma del borrachín del portero, pero como éste seguía tan serio, no quiso escuchar más y luego de apartarlo de un empujón salió disparado rumbo a la habitación del Padre. Al encontrar la puerta cerrada con llave la había golpeado con fuerza con la esperanza de verlo aparecer. Luego con lágrimas en los ojos había cruzado a la carrera el pasillo que comunicaba las habitaciones de los curas con la Iglesia y antes de llegar a la Sacristía, en una pequeña sala de reuniones, estaba el ataúd. Habían retirado una mesa redonda con su juego de sillas para colocarlo en el medio de la pieza. Dos curas viejos a los que conocía desde que entró en el colegio (el Padre Morales, que daba clases de catecismo, y el Padre Ruiz encargado de la Secretaría) se paseaban de pared a pared repitiendo sus letanías en un susurro casi inaudible. Los dedos temblorosos de los dos vejestorios se deslizaban de una cuenta a otra del rosario y el tono monótono, impersonal de sus voces le hicieron sentir escalofríos. No existía en sus gestos obsesivos ni en sus rezos mecánicos señal alguna de emoción, como si su presencia allí nada tuviera que ver con la del hombre tendido en el cajón. ¡Qué soledad tremenda la del Padre Méndez!, había pensado. Ahí estaban sólo ellos tres y el muerto con su terrible soledad. No había allí Padres, hermanos, esposa, hijos o amigos llorando su pérdida, y esa circunstancia por sí sola, más allá de la sinrazón de su muerte, constituía una verdadera tragedia. Además siempre había imaginado la cara de la muerte relajada y pacífica, pero la del Padre estaba extrañamente inquieta o rabio-

sa por algo, como si el viaje a destiempo que había sido obligado a emprender significara, en su caso, una espantosa condena. El más viejo de los curas, el Padre Morales, hizo una pausa en sus rezos y se acercó a él para contarle que lo encontró así, exánime sobre la cama la noche anterior, cuando fue a buscarlo preocupado porque no se había presentado en el comedor a la hora de la cena. "Hasta un hombre joven y sano como él puede ser llamado por Dios si éste así lo dispone. No es competencia nuestra buscar explicaciones a su divina voluntad", le dijo el anciano cura a quien Dios le había regalado tan larga vida, y a él le vinieron náuseas y pensó que el Padre Méndez se había muerto de pura tristeza. Sintió una gran repulsión por aquel cura (la misma que le daban sus clases) y sus maravillosas ideas sobre la muerte, Dios y el destino, y un sentimiento inefable lo hizo permanecer junto al muerto, no sabía exactamente por cuanto tiempo (aunque calculó después que había sido bastante más de una hora), hasta que el Padre Director cuya presencia no había notado, se le arrimó y lo sorprendió ofreciéndose a llevarlo en su coche a casa, seguramente por considerar que no era beneficioso para un joven estar allí en una actitud tan concentrada acompañando a un cadáver. En el trayecto, le dijo que el Padre Méndez obviamente tenía una afección cerebral o cardíaca nunca detectada, y por lo menos ésta le pareció una explicación mucho más satisfactoria y tranquilizadora que la de una intervención divina, porque de lo contrario, pensaba, ¿quién podía estar a salvo de los caprichos de Dios o, de lo que para él era lo mismo, de sus "inescrutables razones" (como llamaba el Padre Morales en sus clases a esa suerte de misterio en que apoyaba sus obras el Ser Supremo). El director, que era un hombre alto, extremadamente delgado, sumamente serio y estricto, no se conformó con dejarlo en su domicilio sino que de paso aprovechó para hacerles una visita a sus padres durante la cual no ahorró alabanzas

acerca de la madurez y sensibilidad que había demostrado su primogénito, en tanto que Pablo seguía trastornado y apenas escuchaba la conversación. Se daba cuenta que no era solamente la tristeza por la muerte del Padre Méndez lo que lo mantenía en esa suerte de limbo, sino que su mente parecía haber sido capturada por la imagen que estuvo observando con extraña fascinación en el ataúd por más de una hora: la cara iracunda y ensimismada del muerto. Comprendió que la muerte a partir de ahí había entrado en su vida y no dejaría nunca de producirle perplejidad. Pero en aquellas circunstancias le había causado tanta impresión, tal vez por su carácter inesperado y prematuro, que en los días sucesivos su comportamiento en el colegio no fue el habitual. Nacho y Enrique, que eran sus mejores amigos, lo observaban preocupadamente, con caras circunspectas y no se animaban a sacarle el tema. Hasta los curas que lo consideraban un caso perdido comenzaron a tratarlo mejor y palmaditas por aquí y por allá como si estuviera convaleciente de alguna enfermedad. Sin embargo, a las pocas semanas todo regresó a la normalidad y se escuchaba hablar muy raramente del Padre Méndez, como si hubiera un acuerdo general para olvidarlo. No sabía si otros lo recordarían por algún motivo, pero él lo guardó siempre en su memoria formando parte de esas vivencias, que a pesar del tiempo conservaban un brillo particular.

Por lo demás, de la vida del colegio, recordaba especialmente la misa de los viernes a las once. Era obligatoria y los curas los vigilaban con especial rigurosidad ese día. En primaria, si a uno lo pescaban charlando con el vecino lo señalaban y a ver usted que está de vivo venga, y el infractor era trasladado a los últimos bancos de la iglesia, que a esa hora estaban vacíos, y, cuando terminaba la misa, en vez de dejarlo ir para su casa lo encerraban en un salón de clases hasta que copiara cien veces no debo hablar en la iglesia con

mis compañeros. Los liceales también iban a parar a un salón de clases pero el castigo era quedarse allí hasta que el director, después que transcurría media hora o más, los reprendiera con un discurso y les entregara una nota que debían firmar sus padres. Siempre, después de cada misa algún alumno era capturado y a él le había tocado unas cuantas veces. Lo que pasaba era que, como se aburría solemnemente en la misa y no le importaba en absoluto lo que estaba ocurriendo en el altar, necesitaba de alguna distracción para hacer la ceremonia más llevadera. Primero sin tener ideas claras al respecto, desde que tenía memoria sentía un rechazo instintivo por aquel ambiente religioso y consideraba que si había algo que jamás se le ocurriría sería convertirse en cura. A medida que pasaban los años también se fue dando cuenta que tampoco lo motivaba para nada la idea de ser un buen católico, ni siquiera un buen cristiano. Una vida austera, ascética, orientada siempre a la misma conducta por un miedo irracional a desviarse del camino determinado por el Señor, lo consideraba monstruoso, una violencia autoinflingida, algo absolutamente antinatural. De todas maneras, no era cuestión de dramatizar, tampoco en el colegio el ambiente era intolerable, lo importante era que su conciencia era libre (Pablo creía que en su naturaleza algo lo alertaba y defendía) y le resultaba fácil seguir la corriente para pasarla lo mejor posible, por más que de vez en cuando tuviera que hacer cosas que le repugnaban. Por ejemplo las confesiones, eso sí que le parecía absurdo. No existía un espectáculo más bochornoso que la gente confesando sus pecados. No obstante él se confesaba igual porque se lo habían hecho sentir como un compromiso, puesto que resultaba altamente inadecuado que un alumno no pasara por el confesionario antes de comulgar. ¿Quién era ese tipo que estaba libre de pecado?, podían pensar. ¿Hoy no se confiesa Arana?, podía preguntarle algún cura (como ya se lo habían preguntado a él y a otros) insinuando una orden que si llegaba a

desobedecer se encargarían de hacérselo pagar en amonestaciones, plantones a la salida, bajas notas en conducta, llamadas demasiado seguidas para dar la lección, todas cosas tontas, sí, pero que molestaban, y como no se podía decir que la confesión constituyera para él un gran trauma o sacrificio, sino más bien una especie de ejercicio que ya tenía bien aceitado y automatizado (en el cual por supuesto no jugaba ningún papel el arrepentimiento), para qué crearse problemas. Además parecía bien fácil distinguir entre las propias acciones y pensamientos aquellos considerados malos o perversos, pero también era verdad que si uno profundizaba y se ponía un poco exigente resultaba ser que con esa lógica del pecado no había acción o pensamiento que no estuviera si no acusado por lo menos bajo sería sospecha de algún tipo de falta moral. ¿No era aquél un serio problema? ¿No era como vivir una guerra contra un fantasma que al fin de cuentas resultaba ser uno mismo? De todos modos no era cosa de meditar demasiado sino de aprenderse de memoria la lista de sus pecados y siempre contar los mismos, aunque en alguna ocasión, durante los dos últimos años de liceo, lo había atacado un deseo irreprimible de divertirse a costa de algún cura. De más está decir que elegía siempre los menos riesgosos, y entre estos al padre Delaqua, un cura relativamente nuevo de alrededor de cincuenta años, amanerado, ingenuo y gritón del que todo el mundo se burlaba. “Padre, dije malas palabras, desobedecí a mis padres, también le pegué una patada a un primo que es retardado y le robé plata de la billetera a mi papá. Pero eso es lo de menos, Padre...”, y hacía una pausa lo suficientemente larga que era interrumpida por el cura que por primera vez preguntaba con cierta viveza en su tono de voz, quizás con el presentimiento de que aquella alma al fin confesaría algo que lo reconociera: “qué pasó hijo, dilo sin temor”. “Bueno Padre. Me da un poco de vergüenza, pero tengo que contárselo. Yo estaba leyendo una revista pornográfica que por casualidad encon-

tré tirada en la calle y no pude evitar, como siempre me sucede en los casos que me excito, a pesar de que pongo toda la voluntad del mundo por dominarme, comenzar a masturbarme, pero esta vez sucedió algo muy extraño, algo que nunca me había sucedido, algo que me tiene muy preocupado, Padre... verá, cuando estaba en lo mejor, totalmente entregado a ese terrible hábito que me propongo vencer y del que me arrepiento todos los días, llegó el momento en que pareció que el cerebro me explotaba y vi luces, lo juro, y de donde usted sabe, Padre, me salió un líquido blanco, con grumos, parecido al yoghurt que hace mi madre con los bichitos, y por unos segundos quedé en un trance que debo decirle aunque me avergüence que me resultó muy agradable, y mi pija... oh, perdón, Padre, qué bestia, quise decir mi apéndice sexual, mi órgano eréctil, se fue desinflando y me quedé todo hecho un asco, enchastrado y pegoteado por esa sustancia infernal... ¿Usted, Padre, me lo podría explicar? ¿Será de pronto alguna enfermedad? ¿Será un castigo de Dios? ¿Será una señal del cielo para obligarme a desistir de este pésimo vicio que tengo, Padre?". Lo más cómico era cuando el Padre bastante turbado comenzaba a explicarle científicamente la causa del problema, él se iba y al rato, desde un banco de la Iglesia, veía cómo abandonaba el confesionario en busca de su pecador y se ponía furioso al darse cuenta que le habían tomado el pelo.

Desventuradamente no todas las bromas le salían bien, como la vez que a fines del mismo año que murió el Padre Méndez, durante la misa de los viernes, tuvo la brillante idea de sacarse la hostia de la boca y metérsela al gordo Fernández por el cuello de la camisa. Eso sí que había sido mala liga, porque siempre lo estaba martirizando pero el pobre infeliz le tenía tanto miedo que nunca se había animado a denunciarlo. Pero aquella vez, de pronto envalentonado porque estaban en la Iglesia, o más probablemente

porque había llegado al límite de su aguante, pegó un alarido en medio del sermón que provocó un instante de pánico general seguido de algunas risas ahogadas, y al darse vuelta y verlo a él, en lugar de asustarse se puso furioso y le gritó hijo de puta justito cuando pasaba el Padre Lucio (que era el más temido de todos los curas por su mal carácter y agresividad) a tiempo de descubrir la causa y al culpable de aquel alboroto. Había sido imposible negar el crimen porque el traidor de Fernández no sólo lo acusó sino que después de escarbar dentro de su camisa logró sacar la hostia y se la estaba mostrando a toda la Iglesia con exultante expresión de revancha. Cuando vio aquello, el sagrado cuerpo de Cristo mancillado de semejante manera, el cura perdió los papeles y olvidando donde estaba, en presencia de todos sus compañeros (el cura celebrante haciendo tripas el corazón llamaba a la calma para poder terminar su interrumpido sermón) que miraban con una combinación de asombro, temor y júbilo la escena, lo tomó de una oreja y lo arrastró hacia la sacristía. Y qué patada le dio a la puerta para cerrarla el señor cura, y venga para acá vociferó, y él obedeció sin chistar, y ya le estaba pidiendo perdón cuando vio el gran puño que venía volando rumbo a su cara, y no tuvo tiempo de decir ni ay que ya el bruto lo había desparramado por el suelo, y no había conseguido levantarse que ya tenía el cinturón en las manos, y ya sabía él lo que era bueno, y ya vería como se trataba a los degenerados como él, y ya lo blandía, y ya lo hacía girar por el aire, cuando Pablo decidió que era suficiente, y, luego de incorporarse con rapidez, se abalanzó como un toro embravecido usando la cabeza contra la humanidad del Padre y al encorvarse éste de dolor a causa del impacto recibido a la altura del estómago, le dio con la punta del zapato en la canilla, y sin perder tiempo, mientras el cura lo insultaba a gritos, corrió hacia la puerta de la sacristía, la abrió y pasó como una tromba en dirección a la salida ante la incredu-

lidad de todos, sin dejar de mirar para atrás por miedo a que aquel energúmeno y mal sacerdote se le ocurriera perseguirlo. Recordaba que al llegar a su casa se encontró con su padre que salía para el Estudio. Le había contado lo sucedido, omitiendo el incidente de la hostia para no quitarle méritos a los métodos utilizados por el Padre Lucio, y le pidió exagerando lo más posible para vengarse que lo sacara de ese colegio de mierda porque los curas lo perseguían. Por cierto que su padre que era un miembro influyente de la comunidad había protestado y conseguido que amonestaran al Padre que nunca más volvió a tocarlo, pero igual que pasó con el cura inglés, no hizo ningún intento por cambiarlo de colegio (lo que hubiera causado un gran disgusto a su madre) autoconvenciéndose sin duda de que en definitiva, pese a todos los humanos defectos que pudieran tener, los curas impartían una educación que enriquecía de alguna forma la espiritualidad de sus hijos. De todas maneras, pensaba Pablo, no se podía ser tan negativo y decir que no había pasado buenos momentos en el colegio por más que hubiera preferido estudiar en otra parte. Además si lo miraba desde un punto de vista diferente, resultaba hasta divertido que unas personas tan respetables como los sacerdotes, con tanta autoridad moral, de vez en cuando le estuvieran recordando lo malo que era.

CAPÍTULO III

“Ya son más de las doce”, pensó Rita alarmada al mirar su reloj de pulsera.

Aquel viernes, por segundo día consecutivo, ni ella ni su madre habían ido a trabajar. La peletería estaba cerrada por reformas y hasta el lunes tenían libre. Claudia, su hermana menor, llegaría de un momento a otro, y como todos los mediodías durante la semana almorzarían juntas con la diferencia que aquel día, al igual que el anterior, ni Rita ni su madre tendrían que apresurarse para volver al trabajo a tiempo. “Hacía tiempo que no me levantaba a esta hora entre semana”, se dijo un poco avergonzada. Es que la noche anterior Cosme y Ricardo las habían invitado al cine y a la vuelta se quedaron tomando unas cervezas en el departamento y la charla se había prolongado hasta las dos de la madrugada por lo menos. En suma, que se acostaron cerca de las tres y Claudia estuvo a punto de quedarse dormida y llegar tarde a la joyería:

Rita se levantó y se puso las pantuflas. Le dolía la cabeza, tenía el estómago revuelto, no tendría que haber tomado tanta cerveza. Cosme y su madre seguirían durmiendo ya que no se oía ningún ruido proveniente del cuarto vecino. Todavía no se acostumbraba a que viviera con ellas, lo estaban intentando pero era difícil... y no porque fuera una mala persona, al contrario, era un hombre derecho, trabajador -por más que actualmente estuviera desocupado-, un obrero de pura cepa como le gustaba decir a él, y por si fuera poco se llevaba muy bien y era muy atento con su

madre que por primera vez estaba pasando por un período de paz después de los tormentosos años vividos junto a su padre. Pero aquello no bastaba, ¿no era cierto? Le había parecido demasiado intempestiva la forma en que se desarrolló todo. Aunque hacía tiempo que se conocían y salían juntos, eso no justificaba que una noche, sin previo aviso, Cosme apareciera con una valija y se instalara en el apartamento como había sucedido semanas atrás. Así no se hacían las cosas... pero con su madre era imposible discutir, muchas veces actuaba sin pensar y siempre pretendía tener la razón. "A Claudia la molestó más, era más apegada a papá. Por lo menos podía haber hablado con nosotras antes". Pero en vez de hacerlo se limitó a anunciarles: "Cosme desde ahora va a vivir acá", y las miró con aire desafiante, como esperando oír alguna objeción para lanzarse sobre quien se atreviera, pero las dos habían permanecido calladas, entre resignadas y tristes. Recordaba que al otro día temprano, ellas, como de costumbre, se prepararon el café con tostadas sin esperarla puesto que Claudia entraba a trabajar media hora antes, y como dormían en el mismo cuarto, se despertaban y desayunaban juntas en tanto su madre aprovechaba para dormir un rato más. Pero esa mañana se apareció en bata y chinelas en el comedor y, sin saludarlas, con una voz áspera las recriminó: "Podían habernos preparado el desayuno, ¿no?, ¿o viven solas en esta casa?". Es cierto que tenía todo el derecho de formar una pareja si se le antojaba, ninguna de las dos, sin importarles lo chocante que fuera verla viviendo con otro hombre hubiera puesto reparos; por eso no entendía su comportamiento, aquella agresividad, como si hubiera adelantado que ellas la iban a desaprobar y las considerara un obstáculo en su camino. Claro que Rita sabía que no debía ser fácil superar trece años de convivencia con una persona como su padre, y su madre era una mujer relativamente joven, con deseos y necesidades, y tal vez, como se sen-

tía amenazada por sus recuerdos creía que todo el mundo la amenazaba. Había cumplido treinta y nueve años el mes pasado, pero su figura todavía podía ser la envidia de muchas jovencitas; en cambio su rostro mostraba, a través de una expresión sufrida y desencantada, hecha de frustraciones y amarguras, un envejecimiento prematuro. Llevada por sus ideas fijó su mirada en la fotografía que había debajo del vidrio de su mesita de luz. Su madre estaba vestida con un traje de bailarina y tendría aproximadamente doce años, su mirada era brillante, intensa, como si estuviera adivinando un futuro que la colmaría con todos los dones de felicidad. Uno a cada lado, un hombre y una mujer cuarentones sonreían tímidamente. Eran los abuelos. No los recordaba bien porque habían muerto cuando ella tenía cinco años. Eran unos judíos polacos dueños de una modesta relojería en la Aduana que toda su vida alentaron la ilusión de ver convertirse a su única hija en una gran bailarina. “Y hubieran logrado su sueño si no se hubiera casado con papá”. Ellos trataron de convencerla, de impedir aquel matrimonio, primero porque él no era judío, y en segundo lugar, no sabía si también a consecuencia de los prejuicios por su origen o por simple intuición, porque su padre les parecía arrogante y no creían que pudiera ser un buen esposo. Pero había sido uno de esos amores fulminantes y se casaron a los tres meses de conocerse sin la bendición de los abuelos que no asistieron al casamiento por civil anunciado apenas unos días antes de realizarse. Fue un terrible disgusto para ellos y para colmo su padre de ahí en adelante, en venganza, hizo todo lo posible para separarlos de su adorada hija prohibiéndole terminantemente verlos, orden que su madre nunca acató visitándolos a sus espaldas. Años después la abuela se murió de leucemia y un mes más tarde su pobre abuelo se suicidó con gas: una verdadera tragedia. Dejó de mirar la foto y otra vez pensó en Cosme; su cara curtida de trabajar al sol,

sus manos poderosas, contaba una anécdota del trabajo y se reía a carcajadas mientras ellas se esforzaban por sonreír. “Se sentiría sola”, pensó Rita mientras se ponía una bata encima del pijama. Entró en el baño y encendió la luz que hizo resplandecer los azulejos blancos de las paredes. Se miró un instante en el espejo y se apresuró a mojarse la cara volviendo a mirarse esta vez detenidamente. “Voy a cumplir dieciocho años. Han pasado muchas cosas pero parece que fue ayer cuando éramos una familia”, pensó. Sin embargo era necesario ser realista. Lo importante es que habían sorteado una dura prueba y salido adelante. Los tiempos en que las pesadillas no la dejaban dormir habían quedado atrás, y por más que en ocasiones las imágenes de su padre vociferando, sujetando por el cuello a su madre, golpeándole el rostro entre gritos desgarradores, volvían como flashes del pasado, no tenían sobre ella el mismo efecto devastador de antes. “La tranquilidad no se paga con nada”, se dijo. Antes estarían mejor económicamente pero sus vidas dejaban mucho que desear. Ahora alquilaban un departamento pequeño de dos dormitorios en el barrio Cordón, y no se podían quejar, habían tenido suerte, las tres estaban trabajando, y si por cierto no les sobraba el dinero vivían sin pasar zozobras, con dignidad. Aquel año se habían matriculado con Claudia en un Preparatorio nocturno (las dos habían empezado los cursos de primero porque ella, que le llevaba un año y tres meses a su hermana, había abandonado los estudios al terminar el liceo) y no dejaba de ser una vida sacrificada la que hacían trabajando y estudiando, pero comparada con el infierno cotidiano, con la violencia constante de los últimos tiempos de convivencia con su padre, aquello era el paraíso. ¡Qué mal se había portado su padre! No obstante, en algunos momentos no podía evitar recordarlo con nostalgia: algunas vivencias de la niñez, el afecto entrañable que relacionaba a un padre con su hija, no desaparecían de la noche a la

mañana. No era cuestión de justificarlo y ponerse en contra de su madre como había hecho su hermana a veces, no era cuestión de lealtades, sino de aceptar la realidad de los sentimientos y esa realidad le indicaba claramente que era posible amar a dos personas aunque estas se odiaran entre sí, y que los afectos muchas veces eran incomprensibles. Frente al espejo no pudo resistir la tentación de compararse con Claudia. "Es más hermosa que yo", pensó. Ella era un poco más tímida aunque tenía más genio, mientras que su hermana era más sociable pero sosegada. Por eso a Rita le había sorprendido mucho escuchar sus gritos confusos compitiendo con los de su madre hacia unos días, desde las escaleras del edificio, cuando volvía de trabajar. Si lo pensaba bien de unos días a esa parte su hermana estaba demasiado abstraída, no parecía de humor para las largas conversaciones que tenían habitualmente antes de dormirse, pero ella era tan suave, tan diplomática que nunca hubiera creído posible que llegara a un enfrentamiento de esa naturaleza. Había subido hasta el rellano de la escalera y se acercó a la puerta dudando entre quedarse esperando afuera a que los ánimos se calmaran o entrar en el departamento cuando la frase que estalló en el aire golpeó sus oídos dejándola sin respiración: "Si se dedicó a jugar fue porque vos le hiciste la vida imposible con tus pretensiones y ahora te trajiste a vivir a Cosme a casa como si fueras una puta cualquiera y nosotras no existiéramos".

Después vinieron más gritos y también sollozos histéricos, y Rita sintió una angustia paralizante. Así de pronto era como si hubiera retrocedido en el tiempo y estuviera otra vez inmersa en la vorágine de situaciones dolorosas vividas años atrás. Esperó unos minutos a que el llanto entrecortado fuera debilitándose hasta ser dominado por frases incompletas de arrepentimiento y perdón. Cuando al fin se animó a entrar, las encontró abrazadas, su madre

sentada en una silla del comedor rodeando con sus brazos la cintura de Claudia que estaba de pie, agachada, acariciándole la cabeza. Terminó confundiendo con ellas, llorando también, reafirmando que los lazos que las unían eran inquebrantables pese a cualquier desavenencia o equívoco. Rita volvió a su cuarto, se vistió con unos pantalones de pana gastados y una camisa de jean y se dirigió a la cocina. La desanimó ver el montón de platos y vasos sucios del día anterior, pero hoy le tocaba a ella. Se colocó los guantes de goma, se puso el delantal y abrió la canilla del agua caliente colocando toda la vajilla en la pileta. Mientras fregaba sintió ruidos de pasos y la puerta del cuarto de baño que alguien abrió y cerró cuidadosamente. “Ese es Cosme”, pensó luego de escuchar su tos seca, y se le humedecieron los ojos. “Qué estúpida que soy”, se dijo secándose las lágrimas con el delantal. “Esta noche es el acto de la Coordinadora y me comprometí con Claudia a hacer empanadas para vender. No fue su intención pero me hizo sentir como la inútil que no puede colaborar de otra forma”. Claudia y su mamá eran dinámicas militantes, sin embargo a ella no la motivaba la lucha política, la aburría. Por más que le aseguraran que con su esfuerzo podía cambiar la vida de todos algún día, esto le parecía algo tan abstracto que no la convencía. Durante las asambleas divagaba pensando en cosas triviales en tanto a su lado se debatía fervorosamente. A menudo cuando había que votar acerca de una moción que se había discutido largamente en su presencia levantaba o dejaba baja la mano según lo que su familia hiciera sin darse por enterada de lo que estaban resolviendo. La verdad era que no tenía sentido que siguiera yendo a las actividades regulares del Comité y por eso ahora sólo concurría a los actos en los que por lo menos había un ambiente festivo mucho más atrayente para ella. Su hermana Claudia que integraba los cuadros de la Juventud Comunista había hecho lo imposible para

interesarla hasta que al final desistió dándola por perdida. Claudia sí que se lo tomaba en serio; leía una multitud de libros, estudiaba con otros camaradas, iba a cursos, en cambio ella no había pasado de la primera página del Manifiesto Comunista. ¡Quién hubiera dicho que tras la apariencia frágil y apacible de su hermana se ocultaran tantas convicciones, tanta determinación!, pensó Rita con cierto fastidio. De todas maneras había que reconocer que últimamente no estaba tan monotemática y ella creía saber por qué: estaba enamorada. Cosme tuvo un acceso de tos en el baño, tiró de la cadena del water, se lavó los dientes, eructó y volvió al dormitorio de su madre. Indudablemente se sentía como en su casa, pensó maliciosamente y enseguida se arrepintió porque sabía que Cosme no era un aprovechado. Su madre lo había conocido en las reuniones del Partido y más adelante él les presentó a Ricardo, su sobrino. Los dos eran obreros de la construcción, gente confiable, camaradas de hierro, según su mamá, que sin ser tan intelectual como Claudia también trabajaba mucho en su gremio, en la Agrupación del Partido y en el Comité de Base del barrio. Ellos siempre las trataron de una manera casi paternal, propia de hombres experimentados, fogueados en tantas luchas, por más que Ricardo tuviera su misma edad y Rita sospechara que la mayoría de las hazañas que contaba eran puras exageraciones rayanas con la mentira. De cualquier manera Ricardo no era un tipo desagradable, tenía algo cómico que la hacía reír. Cuando abandonaba aquella pose de hombre recio, hasta se podía decir que era atractivo. Desde que la conoció había estado atrás de ella, la invitó a salir infinidad de veces, pero ella que sabía que decirle sí era alentarle siempre se había negado. Era tan grotesco a veces... el muy impertinente le decía que tarde o temprano se daría cuenta que era el hombre de su vida. Y fue tan insistente, tan inmune a sus desplantes, que al final, no sabía si por lástima o qué, hacía unos meses ha-

bían comenzado a salir. Lo que la fastidiaba era que en su medio todos los consideraban novios... o compañeros, porque a la gente le encantaba formar parejas, en fin, meterse en la vida ajena, pero ella no se sentía para nada comprometida, únicamente salían, se divertían, no la pasaba nada mal con él, y es cierto que se había dejado besar un par de veces, pero de esto estaba muy arrepentida porque ahora Ricardo quería besarla a cada rato y cuando ella se negaba se ponía de pésimo humor. "Le tengo cariño, no digo que no me guste algo, pero no es amor", pensaba Rita. Sin embargo Ricardo se lo había tomado muy en serio, tanto que ya hablaba de casamiento y de pagar una vivienda a plazos, y ella se hacía la que no oía pero increíblemente no lo contradecía. ¿Quería casarse con él? No. Por lo tanto tenía que resolver aquello, poner de una vez los puntos sobre las íes ya que la situación se le estaba escapando de las manos. "Hoy tengo pocas ganas de ir al acto y Ricardo me vendrá a buscar". El sonido del timbre la sacó de sus pensamientos. "¿Quién será?", se preguntó, y gritó desde la cocina: "Ya va, un momento". Rápidamente cerró la canilla, se sacó los guantes, el delantal y se secó las manos con un repasador: "Ya va", repitió. "¿Quién es?". Una voz joven, un poco ronca, le respondió del otro lado de la puerta: "Soy Javier, ¿se encuentra Claudia?". "Esperá un segundo que ya te abro", contestó Rita que se acomodaba el cabello frente al espejo del aparador del living. Descorrió el cerrojo y abrió la puerta con la llave.

Javier era alto y delgado, llevaba pantalón gris, camisa blanca y un saco azul. Una corbata bordeaux asomaba apenas de uno de los bolsillos del saco. Al pasar el umbral le sonrió y la saludó con un beso en la mejilla. Rita se sonrojó un poco pero en el acto sonrió y le ofreció asiento en una de las sillas que rodeaban la mesa del living comedor. "Claudia debe estar por llegar, sentate. ¿Querés tomar algo? Perdoná

si demoré en abrirte pero hoy me tocan las tareas domésticas", dijo Rita en un tono que pretendía ser alegre. Javier le dijo que no se molestara por él y ella le contestó que no era molestia. Fue a la cocina y le trajo un vaso de Coca. Se sentó frente a él y comprobó que el rostro de Javier era agradable; sus ojos eran castaño oscuros, inteligentes y algo sombríos. Rita lo conocía del comité de base, era camarada de la Juventud, por su hermana sabía que estudiaba en un Preparatorio de curas que había en el barrio, a cuatro cuadras de allí y a unas pocas también del comité. "Qué elegante es", pensó. "Qué manos tan delicadas", y de inmediato las comparó con las de Ricardo tan ásperas y descuidadas. "Un nenito bien", pensó. Siempre le habían intrigado aquellos jóvenes vestidos con ropas caras que hablaban tan bien y con tanta vehemencia de la revolución, como si tuvieran alguna necesidad de hacerla. "Son una lacra, unos ambiciosos", decía Ricardo irritado, categórico. "Está detrás de Claudia y ella se muere por él. Es la segunda vez que viene a casa. Sin duda tenemos romance en puerta", malició Rita. "Militan para conseguir mujeres, en el fondo nos desprecian y van a ser los primeros en traicionarnos en las difíciles", sentenciaba Ricardo. "Pura envidia", pensó ella. A su madre le había causado una buena impresión; charló mucho con él cuando estuvo la vez anterior y no perdió la oportunidad de mostrarle fotos y contarle de sus tiempos de bailarina, cuando tenía un brillante futuro y todos la trataban como a una princesa. A Rita le caía muy simpático, le gustaba su cálida sonrisa, que fuera tan atento, tan comedido, y la expresión melancólica que a veces como una ráfaga le cruzaba el semblante en vez de desfavorecerlo lo hacía más atractivo. "Se nota que tiene clase", y la imagen de Ricardo se le presentaba otra vez con sus maneras toscas, sus expresiones vulgares. Le hubiera gustado saber lo que opinaba de ella. ¿Estaría enamorado de su hermana? Nunca se sabía lo que tenían en

mente esos nenes de mamá... sí, ya veía, también a ella le era difícil pensar en estos tipos sin resentimiento. "De cualquier forma es agradable", pensó. "Los camaradas lo tienen bien conceptuado".

—¿Vas a venir esta noche al acto? -le preguntó Javier.

—Sí, claro -contestó Rita-. A las ocho, ¿no?

Javier le contestó afirmativamente y se lanzó a hablar del acto de la Coordinadora al que acudiría el presidente del Frente Amplio. En el momento político que estaban viviendo era muy importante su palabra y esperaban que asistiera mucha gente. "No habla como otras veces, no parece tan entusiasmado... ¿será el amor? Se le nota ese no sé qué que dan los privilegios", pensó Rita, y recordó la obsesión de su padre por llegar a tener lo que Javier ya tenía asegurado desde la cuna. El pobre regresaba rendido de su trabajo, pero todavía con fuerzas suficientes para encerrarse en su taller y seguir trabajando para los clientes que conseguía escamotearle a la joyería. No se podía negar que gracias a su esfuerzo durante un tiempo había podido darles una buena vida. Después misteriosamente el dinero comenzó a faltar e ineludiblemente aparecieron las desavenencias, las discusiones. Él siempre había sido muy posesivo y celoso, pero entonces las recriminaciones se hicieron recurrentes e interminables, y sus borracheras, sus arrebatos violentos cada vez más frecuentes. Era su madre con sus sueños de grandeza y ellas con sus exigencias las que tenían la culpa de todo, nunca lo habían apoyado, nadie lo comprendía, todas ellas eran un estorbo, no querían que triunfara. Luego se había precipitado el final al descubrirse su afición por el juego. Y Rita se preguntaba: ¿para eso tantos sacrificios?, ¿para terminar así, destruyendo todo lo que había amado? Los hombres podían ser terribles, no

cabía duda, sus obsesiones los podían consumir y aniquilar, y los que no se volvían locos por la plata los trastornaba el alcohol, las drogas o el sexo, y acerca de esto último tenía varios ejemplos porque para su desgracia en su adolescencia su físico había madurado muy pronto y abundantemente en los lugares claves de su anatomía y desde ahí los tipos la perseguían como lobos hambrientos. En ese momento la puerta tembló y se oyó el ruido de una llave hurgando en la cerradura. Claudia con un bolso en una mano y las llaves en la otra, agitada por los dos pisos de escaleras, apareció... rubia, vaporosa, hermosa como siempre. No esperaba encontrarse con Javier y se puso colorada, luego sonrió, los saludó a ambos alegremente con sendos besos, bromeó acerca de la desgracia de ser pobres y vivir en un edificio sin ascensor, abandonó lo que traía en las manos encima de la mesa y se sentó junto a Javier. Enseguida se estableció entre los dos una conversación relacionada con lo acontecido el día anterior en el Parlamento donde se estaba discutiendo la implantación del "estado de guerra interno" con el propósito de combatir a la guerrilla tupamara, aunque en realidad según su hermana era una forma solapada de iniciar una guerra contra toda la izquierda. Rita como habitualmente le sucedió cuando hablaba de esta clase de temas, se sintió incómoda, ignorante y fuera de lugar, así que con la excusa de cambiarse de ropa se dirigió a su cuarto desanimada y de pésimo humor. Que otro se ocupara de la cocina y de las malditas empanadas. Se dejó caer en su cama y corrió las cortinas para que no entrara la luz del día. Con la mirada fija en el techo, juró por lo más sagrado, que nunca se casaría con Ricardo... aunque le tuviera pena.

CAPÍTULO IV

El doctor Arana, abogado de profesión, condujo el coche al interior del garaje. Las luces largas de los faros iluminaron el amplio recinto, y, como todas las noches descubrió las paredes blancas, los caños del techo, la agónica lamparita que enviaba su luz desde una esquina, los coches que en su mayoría ocupaban ya sus respectivos lugares. Tuvo que maniobrar para estacionar y sintió con alarma como su corazón se aceleraba en forma desmedida. Diez años atrás, apenas, los que lo conocían decían que el doctor era una persona enérgica, positiva, con el carisma necesario para convertirse en una figura pública de primer nivel de haberlo deseado. Con dinero, apellido, estampa y una honradez a toda prueba que avalaba una impecable trayectoria, no hubiera tenido demasiados obstáculos si hubiera decidido lanzarse a la arena política. “Su único defecto es que no le gusta sobresalir, que no tiene ambición. Es una persona sociable, inteligente, encantadora, pero le falta algo, llega un momento que pone una barrera que ni yo he podido romper”, le decía su mujer a sus amigas. “Hay veces que lo noto angustiado, por más que trate de disimularlo. Tal vez lo marcó el suicidio de su padre cuando apenas tenía diez años, claro que el pobre hombre estaba atravesando por una grave enfermedad y en definitiva fue una salida digna, pero de cualquier manera fue muy duro de sobrellevar para él que era apenas un niño”. Martha, la prima de la señora Arana, era psicóloga y afirmaba que era muy probable que por esa causa fuera un poco depresivo, y Graciela, secretaria del doctor hacía muchos años, una mujer que siempre profesó una sospechosa y molesta admiración por su mari-

do, le dijo una vez, sin poder reprimir que un dejo romántico alterara su voz, que había personas que veían más allá que el resto y seguramente lo que él veía detrás de la política era demagogia y ambiciones desmedidas y por eso no le interesaba. Por supuesto que esto último era una tontería, decía la señora Arana, que se inclinaba por esa zona oscura en el alma de su marido. Desgraciadamente, después de los graves problemas que afectaron su salud hacía tres años (un riñón extirpado por un tumor y una hemorragia digestiva), gracias a Dios superados, esa parte que consideraba tan negativa de su personalidad había ganado terreno. Actualmente el doctor, en el umbral de los sesenta, parecía una triste caricatura de lo que había sido. Toda su figura, antes tan atractiva, parecía maltrecha como si de pronto la vejez se hubiera arrojado sobre él sorprendiéndolo desprevenido. Seguía trabajando, y hasta se podía decir que dedicaba más horas a su profesión que de costumbre, pero sin la misma pasión, sin el entusiasmo que siempre lo había caracterizado. Era notorio que físicamente ya no era el mismo, se cansaba con facilidad, todo le costaba más, pero lo que su mujer pensaba, y eso era lo que más le preocupaba, era que también su espíritu parecía enfermo. Su vida social antes tan intensa ahora se reducía a los compromisos ineludibles que se las ingeniaba para que fueran cada vez menos. También el año pasado había comenzado a limitar sus viajes a la estancia que antes le producían tanto placer y sólo iba cuando era absolutamente necesario, dejando el resto de los asuntos en manos de su capataz, hombre antiguo en el establecimiento en quien confiaba plenamente. “Lo peor es que no acepta lo que le pasa. Encuentra excusas para todo. No puede admitir que ya no tiene fuerzas ni ganas”, pensaba su mujer. El doctor descendió trabajosamente del coche y encendió el último cigarrillo de un paquete que estrujó y tiró al piso. Hacía un año, para contentar a su esposa, que insistió con verdadera obsesión sobre

el tema, había prometido no volver a fumar, pero ni siquiera lo intentó, simplemente fumaba cuando ella no estaba presente, y muchas madrugadas, cuando no se podía dormir, se levantaba de puntillas y furtivamente se desplazaba hacia el escondite entre los libros de la biblioteca para poder aspirar casi con desesperación el humo tibio, bienhechor, que mantenía largamente en los pulmones y exhalaba con una lenta bocanada mientras contemplaba los edificios oscuros y la calle solitaria desde el ventanal. Ahora apretaba el botón del ascensor y miraba estático el extremo del cigarrillo ardiendo en la semioscuridad. Aquella noche como otras antes, se había retirado más temprano del Estudio sin volver directamente a su apartamento. Todo había comenzado siete meses atrás cuando Rafael Fagúndez, uno de los socios del Estudio se lo contó. “Una experiencia increíble de verdad, de esas que lo rejuvenecen a uno. Claro que yo soy hombre sin compromisos y puedo hacerlo, pero si querés...”. No dijo nada más, pero lo sorprendió dándole una tarjeta con un nombre y un teléfono. “Pero Rafael. Vos sabés que esto no es para mí”, protestó él con la tarjeta en la mano, tratando de no ser descortés. La colocó sobre el escritorio cambiando inmediatamente de tema para ahorrarle a Fagúndez la vergüenza por el error cometido. Luego le había resultado difícil tratar de entender la oferta de su socio. Lo conocía hacía más de cuarenta años, habían ido juntos a Facultad, si bien no fueron nunca íntimos se podría decir que tenían una vieja amistad basada no sólo en la familiaridad que dan los años sino en el mutuo aprecio que siempre se manifestó en un trato cordial y respetuoso. Era especialista en Derecho Penal (él se había dedicado a la parte civil), un profesional de gran inteligencia con una vida muy distinta a la suya. También su forma de ser más extrovertida los había diferenciado. Actualmente a pesar de ser de su misma edad su socio todavía era un hombre apuesto, con la clase de reciedumbre que le gusta-

ba al sexo opuesto. Hacía veinte años que había quedado viudo y no se había vuelto a casar (su esposa, una mujer bellísima, había muerto de cáncer de seno). Desde entonces anduvo con muchas mujeres pero sin formalizar con ninguna. Más de una vez el doctor le había escuchado anécdotas de sus aventuras amorosas, contadas no con afán de fanfarronear, sino por necesidad de comunicarse (el doctor pensaba que era un tipo solitario a pesar de su forma de ser), y él siempre lo había escuchado como el hombre liberal que era, ante todo como un amigo comprensivo, pero nunca como un compinche y eso era algo que Fagúndez lo sabía de sobra. Si incluso en un primer momento había pensado que se trataba de una broma. Todos los que lo conocían sabían que el doctor Arana era una persona amplia, con la que prácticamente se podía bromear y hablar de cualquier tema, pero también era conocida la rectitud de su conducta y a nadie se le hubiera ocurrido plantearle algo así en serio. Por eso había sido una extraña desubicación la de su socio que lo llevó a preguntarse por qué, en aquella circunstancia, después de tanto tiempo de conocerse le había parecido oportuno actuar así, y justamente después de relatarle una experiencia que no era de las más comunes. ¿Tan decaído lo notó que pensó que de esa forma lo podía ayudar? ¿O simplemente fue todo producto de un impulso ante una vivencia diferente y por un momento se le pasó por la mente que él podría querer compartirla? Sí, de pronto esa era la explicación, pero ahí no terminaban las dudas: alguien que lo conocía había pensado que él era capaz de involucrarse en algo así, había abierto una puerta, dado a luz a una posibilidad que nunca creyó que podría existir. Hasta esa fecha el doctor, sorteando oportunidades y deseos, se había mantenido fiel a su mujer. ¿Por amor, por principios, por falta de imaginación, por ese algo de asceta que había en él? ¿Pero por qué en ese preciso momento de su vida, con tantos años a cuestas y una

salud que no era la mejor, la tentación había sido tan fuerte? ¿Qué clase de fuerza lo atrajo haciéndolo guardar la tarjeta en su agenda cuando Fagúndez se retiró de su despacho? ¿Qué lo mantuvo atormentado hasta que se decidió? ¿Se habría enterado su socio alguna vez? ¿Ellas se lo habrían contado? Era probable, pero si fue así jamás lo dejó entrever, jamás se tocó nuevamente el tema entre ellos. Las imágenes frescas en su memoria de dos mujeres jóvenes en la penumbra de una habitación, juntando sus senos, besándose ardorosamente, volvieron y el doctor se estremeció. Desde un rincón llegaba una luz rojiza, mortecina que la daba relieve y fascinación a la escena. Las muchachas gemían, jadeaban, exageraban entre sonrisas para complacerlo, y una de ellas con una voz susurrante le había dicho: "Vamos doctorcito, acérquese, no me diga que hoy vino con vergüenza... vamos, vamos papito, no seas así, tan malo, no nos haga sufrir..." Sin dejar de acariciarse suspiraban, sollozaban, se turnaban una encima de la otra, y él sentía que sus sienes latían dolorosamente, parecían explotar. El ascensor llegó con un sonido seco y el doctor aplastó el cigarrillo contra el piso. Se encontraba algo sofocado, el eco de su tos resonó en todo el ámbito como si fuera de otra persona. Por un momento temió que fuera a sucederle algo en ese mismo instante, en un lugar tan inhóspito, pero al fin y al cabo, se dijo, qué importaba donde uno muriera. Seguramente su cadáver lo encontraría el vecino del diez que siempre llegaba después que él, o el portero que en breves minutos acomodaría la basura. Se aflojó el nudo de la corbata y entró en el ascensor. Mientras éste se elevaba hacia el onceavo piso, se acarició con afecto las mejillas ásperas y recordó de pronto el spray con perfume que llevaba en el bolsillo y se roció el rostro, el traje y las manos para evitar que el olor a cigarro lo delatara. Pensó en su mujer, sin emoción, la costumbre había hecho que cuando se la imaginaba no la pudiera separar de los

demás objetos que poblaban su casa: ella estaba siempre allí, esperándolo... A esa hora casi con seguridad estaría mirando la televisión; recordó que hoy pasaban una de esas viejas películas musicales de Hollywood, "Sombrero de copa", creía. Esto la pondría nostálgica; él, por su parte, muy pocas veces evocaba sus años juveniles; siempre había recelado de los recuerdos, lo pasado era mejor dejarlo descansar en paz por más que el presente no fuera del todo satisfactorio. Además era un error muy común idealizar épocas pasadas, como si los momentos felices al igual que la juventud se pudieran recuperar. Para él era mil veces mejor la aceptación, por dura que fuese, que la inmadura rebeldía en que caían algunas personas ante lo que él llamaba los hechos de la vida. A la salida del ascensor escuchó un confuso sonido de voces. Apenas abrió la puerta la televisión calló y una mujer aproximadamente de su edad, alta y gruesa, se dirigió hacia él.

—Querido, qué tarde llegaste -le dijo besándolo en la mejilla, riñéndolo y perdonándolo al mismo tiempo. Desde hacía años, después de sus quebrantos de salud, su mujer controlaba estrictamente sus horas de llegada, lo llamaba al Estudio varias veces al día, se había vuelto muy susceptible, le costaba controlar sus nervios.

Lo ayudó a sacarse el saco y el doctor lanzó su corbata sobre la mesa del comedor y se sentó pesadamente en una de las sillas. Emitió un largo suspiro que pareció una orden para la mujer que salió impelida del comedor para reaparecer minutos después con un vaso de whisky en la mano. El doctor se lo agradeció con una breve sonrisa y luego de saborear el primer sorbo le pareció sentirse mejor (su médico se lo había permitido después de mucho tiempo, una medida con bastante hielo por día nada más) y miró con franca satisfacción hacia los grandes ventanales

que daban a la plaza. Había sido un acierto mudarse de la vieja casa de la Aduana a un departamento céntrico. Al contrario que su padre que fue un hombre de campo, a él lo atraía el bullicio de la ciudad, su actividad, su vida desbordante, los restaurantes, los cafés, la barra de amigos... pero esos habían sido otros tiempos.

—¿Y los muchachos no volvieron? -preguntó poniendo un semblante sombrío.

—No, ninguno. Pablo está en lo de Marcelo y Javier no llamó todavía. ¿Te sentís bien viejo? -lo interrogó su esposa, y al doctor que estaba esperando que se lo preguntara le hubiera gustado decirle cuánto le molestaba que repitiese la misma pregunta tantas veces al día, pero prefirió callarse.

—La verdad es que no tengo muchos motivos para sentirme bien -dijo el doctor levantando su voz-. A Javier lo expulsaron del Instituto por más que ese cretino del director haya dicho que lo dejaban libre para que eligiera otro lugar donde se sintiera más cómodo. Y el otro está hecho un vago, no le gusta estudiar, le saca el cuerpo al trabajo, aunque supongo que tarde o temprano se encaminará porque siempre fue sensato, pero Javier...

El doctor guardó silencio. Le costaba mantener su indignación, concentrarse en lo que decía. Sin proponérselo, no sabía si para defenderlo o hundirlo aún más, su memoria lo llevó irremediabilmente hacia los momentos vividos horas atrás cuando él, tembloroso, también se había desnudado, esforzándose por respirar, sin importarle las risitas burlonas de las dos muchachas, y de pronto sintió aquel malestar que lo hizo retroceder a tiempo de encontrar una silla en la que sentarse. Ellas dejaron de jugar y ya no

se reían. Lo rodeaban preocupadas, atemorizadas al verlo tan pálido, con la cabeza gacha entre las manos, posiblemente calculando lo qué dirían a la Policía si aquel viejo se les moría en su casa. Le trajeron un vaso de agua. "No se nos vaya a morir aquí papito. ¿No es cierto que se siente mejor? ¿Quiere que llamemos una ambulancia?, lo que quiera doctorcito pero díganos algo, no nos asuste así", dijo la mayor de las dos. Pero ya estaba bien, que no se preocuparan, un simple mareo, abrió la billetera y aquí tenían, las llamaba la semana que viene.

—De pronto los consentimos demasiado -dijo la mujer interrumpiéndolo-. Son muy buenos pero están en un periodo muy difícil. Siempre lamenté que dejaran de ir a la Iglesia, que se hayan alejado de Dios...

El doctor se levantó con brusquedad de la silla, recuperando su enojo. Habló con firmeza mirando la plaza con la fuente de colores en el centro mojando un monumento ecuestre.

—Eso no tiene nada que ver. Les hemos dado la mejor educación, posibilidades para progresar que muchos quisieran tener, una niñez feliz... no, no es la falta de Dios, son los tiempos confusos que corren, es la situación del mundo, son las extravagantes ideas del comunismo, esa nueva religión, esa droga nociva, despersonalizante, embrutecedora, que enloquece a Javier como a tantos jóvenes. Estoy seguro que algún día no va a quedar ni rastro de este nuevo delirio, pero mientras tanto jode. Por eso Javier no quiere escuchar, ni razonar, como si estuviera poseído. Da la impresión que sintiera vergüenza de su familia, por pertenecer a determinado nivel social... Somos los explotadores, los enemigos de la clase trabajadora; te juro que si no fuera mi hijo me daría risa. Javier está malgastando su

inteligencia, su sensibilidad y su vida, además de exponerse a un serio peligro porque la situación política y social en este país es explosiva. Por eso creo que tenemos que hacer algo. Yo estuve pensando que de pronto un viaje, conocer un poco el mundo, otras culturas, podría ampliar sus horizontes, abrir su mente...

El doctor se interrumpió. Había olvidado los nervios de su mujer. Hacía un par de meses tuvo un desmayo por una discusión entre él y Javier, y aquella tarde, después que el doctor volvió al Estudio de la entrevista con el director del Instituto, al que le habló en un tono muy duro, había escuchado a su mujer llorar desconsoladamente en el teléfono después de enterarse por Javier de la noticia. Así era ella: podría ser muy dura, fría y decidida, pero a veces inesperadamente se derrumbaba cargándolo con todo el peso de los problemas.

—Bueno, vamos a dejar este tema para otro día. Lo mejor que puedo hacer es irme a acostar. No te molestes en prepararme nada porque no tengo hambre -le dijo el doctor, y antes que ella comenzara a hablar la besó y salió del living con el vaso en la mano pensando que no le habían aconsejado el whisky con el estómago vacío.

La mujer se quedó unos minutos inmóvil, sentada en el sillón del living, tratando de serenarse. Luego se levantó y elevó apenas el volumen del televisor. Sacó del baúl una pequeña manta con la que se tapó las piernas y se sentó de nuevo tratando de concentrarse en las imágenes que se movían en la pantalla. Pero no podía, estaba alterada por lo ocurrido con Javier y se había quedado pensando en lo último que dijo su marido. No quería que ninguno de sus hijos se fuera del país si era posible evitarlo. En eso sintió el ruido del ascensor y se levantó ansiosamente con la intención de dirigirse hacia la puerta principal, pero en el

camino se dio cuenta que eran los vecinos de arriba y volvió al sillón. Javier estaría por llegar y cuando lo hiciera aprovecharía para hablarle, sí, hoy le hablaría. Pero le hablaría esta vez sin nervios, con serenidad, no se le escaparía como esa misma tarde luego que le contó lo de la expulsión. Le diría que estaban muy preocupados por él... por su futuro, que lo que le había pasado en el Instituto era una verdadera desgracia y un gran disgusto para todos, pero tenía que servirle de enseñanza y hacerle comprender el daño que se estaba haciendo y se haría de continuar por ese camino. Ansiaba ver el día en que de una vez por todas recuperara el sentido común y volviera a ser el de antes, el día en que se reconciliara con su padre y pudieran hablar de nuevo sin discutir, como personas racionales. Si consiguiera hacerlo sería tan beneficioso para él. Porque su papá era un hombre de mundo, un hombre inteligente que podría aportarle muchas cosas si lo escuchaba. Además antes que nada era su padre y no quería otra cosa que su felicidad. Por eso esa postura rebelde que adoptaba contra él de un tiempo a esta parte era pura inmadurez y lo perjudicaba. Que se pusiera a pensar. ¿Había algo que le pudiera achacar a su papá?, ¿no lo protegió y defendió siempre? Es cierto que tenía defectos, muy pocos, pero quién no los tenía. Los defectos y las debilidades eran propios de la naturaleza humana y reconocerlos ayudaba a no ser rígido con los demás, a no juzgar al prójimo. ¿Por casualidad sus amigos comunistas no tenían defectos?, ¿no eran humanos también? Había muchas cosas sobre el mundo y sobre sí mismo, Javier, que desconocía, muchos sentimientos, muchas situaciones, muchas vivencias que no había tenido. ¿Acaso sabía lo que sentía un padre o una madre por un hijo?... ¿qué habría ocurrido que no llegaba?... si se hubiera quedado en la casa de Lalo hubiera llamado antes para avisar, tendría que tener el teléfono, no entendía cómo podía relacionarse con esa gente en vez de estar en otro

ambiente más provechoso, con personas de su nivel... Sí, tendría que escucharla. Cómo podía permanecer distanciado, ser tan desconsiderado con una persona que, como su padre, había hecho tanto por él. Debería estar agradecido por tener una familia decente que le había brindado tanto afecto, tanta comprensión, que nunca le había negado nada. ¿Por qué no lo podía intentar entonces? ¿Por qué no tener el coraje de cambiar? Ni siquiera hacía falta un gran esfuerzo, nada más que un poco de buena voluntad, algo de humildad, dejar aflorar sus mejores sentimientos, y por sobre todas las cosas, dejar de lado a los comunistas y todas sus falsedades. No se daba cuenta adónde lo habían llevado aquellas ideas nefastas... a perjudicarlo en sus estudios, a comprometer su futuro. Aquel era el momento ideal para reaccionar y no seguir hundiéndose, estaba segura de su capacidad para salir adelante, ¿lo haría?, ¿le prometería por lo menos intentarlo? No podía ser tan difícil, ¿su padre, ella misma, no se merecían por lo menos ese gesto? Algún día miraría hacia atrás y vería que todas aquellas vicisitudes le parecerían locuras de juventud y se sentiría orgulloso de haber tomado las decisiones correctas. Estaba convencida que lo haría, siempre sucedía; por eso no tenía que perder más tiempo y empezar ya. Que pensara en todas las cosas que podría lograr. Siempre se había vanagloriado de él, de su inteligencia, siempre soñaron en lo qué podría llegar a ser. ¿No le parecía un crimen que desperdiciara su vida con ideas y con gente que no valían la pena? Que lo meditara, Javier... ella rezaba mucho y tenía fe en que Dios no lo abandonaría, pero todo dependía de él, porque Dios ayudaba a los que se ayudaban, y él ya no era un niño sino una persona responsable. Por eso que se tomara su tiempo, que mirara en el fondo de su alma y considerara qué era lo mejor para él y para su familia. Estaba segura que no los defraudaría.

CAPÍTULO V

Los primeros años en el colegio le habían parecido eternos. El tiempo pasaba despacio y los días eran largos y las impresiones que dejaban más profundas. Sin embargo los recuerdos eran muchas veces borrosos, imprecisos, pensaba Pablo, se amontonaban sin orden y era difícil diferenciarlos dándoles una fecha aproximada.

En general los fines de semana en primavera y en verano, sus padres los llevaban a la estancia que quedaba a ciento veinte kilómetros de la capital, en el departamento de Florida. Iban en una vieja camioneta Ford porque los caminos eran pésimos y muy a menudo los acompañaban Nacho y Enrique cuyos padres tenían campos lindando con el suyo. La estancia era para ellos lo más parecido a un paraíso: tenía un hermoso casco, cancha de tenis, frontón y una enorme piscina para bañarse en verano; también había cañadas para pescar y perdices, liebres, mulitas y carpinchos si se les antojaba ir de cacería. Nunca faltaba algo emocionante para hacer. ¡Cómo se divertían con Javier! Claro que en aquella época su hermano era muy distinto y desempeñaba a la perfección el papel de hermano menor, siguiéndolo en todas sus correrías y tratando por todos los medios de imitarlo. La verdad era que ya se notaba que era cerebral y un poco reservado y algunas veces a pesar de estar divirtiéndose se escabullía por el simple gusto de estar solo, pero no por eso se podía argumentar que era raro. Una de sus escapadas preferidas, por ejemplo, era irse con su yegua alazana a una cañada que corría detrás de un monte arbolado. Ahí se quedaba tendido en la orilla

durante horas, enfrascado en la lectura de alguna novela de la colección de su padre. “No puede negar sus genes. Su papá era idéntico”, decía su abuela paterna ya fallecida. A él en cambio siempre lo atrajo la acción, le encantaba rodearse de amigos, y era más directo y hasta cierto punto más sociable que su hermano. De pronto por esas mismas diferencias, pensaba, se complementaban y tuvieron pocas peleas de niños. Habían sido sin lugar a dudas buenos tiempos, los mejores creía Pablo, pero como todas las cosas de la vida, tenían su lugar en el tiempo y no volverían. Con el paso de los años tanto él como Javier fueron perdiendo el interés por ir con sus padres al campo (aunque siguieron acompañándolos a veces por darles el gusto), y llegó la adolescencia que transitó con cierta melancolía y también con algo de desconsuelo porque comprendía que era un camino sin retorno hacia formas de vida y compromisos que no estaba muy seguro de querer adoptar. Por eso fue que por la época de los primeros bailes, los primeros tímidos flirteos y las primeras cervezas y peleas nunca sintió la nostalgia que le provocaba la evocación de su niñez. ¡Ni siquiera le interesaba tener novia como al resto de sus amigos! Y eso que todo el mundo parecía haberse puesto de acuerdo para hacerlo cargar con Elena, la hermana de Nacho, que era apenas un año menor que ellos. Miren qué linda parejita hacen esos dos, no sería lindo que terminaran juntos, ahí van los novios, parecen hechos el uno para el otro, tan lindos, tan rubiecitos, decían los viejos de las dos familias. Y no era que no le gustara Elena, al revés, era realmente hermosa, pero le resultaba imposible separarla en la práctica de aquel ambiente prejuicioso que lo aburría mortalmente. Además no le veía ningún sentido a un noviazgo formal a aquella edad, aunque si hubiera sido por Elena estaba seguro que no habría habido ninguna objeción, lo que por otra parte era lógico puesto que así eran las mujeres: desde muy temprano, mientras ellos se entregaban a sus

intrascendentes juguetos infantiles ellas ya estaban maduras para gloria de la especie. Claro que si hubiera sido un poco más astuto, de pronto, a pesar de la estrechez de Elena, no habría sido difícil engañarla, pero gracias a su inexperiencia la única vez que logró llevarla a un monte de eucaliptos venciendo su natural desconfianza y burlando la vigilancia de la tía Adelina (que era la encargada de velar por la virginidad de Elena), ella tan desfachatada, tan graciosa e ingeniosa en las fiestas, se puso rígida y aterrorizada rechazó todos sus intentos de desabrocharle la blusa o bajarle los vaqueros mientras le repetía al borde del llanto que no estaba nada bien lo que estaban haciendo, que no era lugar seguro (a pesar de estar a dos kilómetros de las casas), y además él ni siquiera le había propuesto que fuera su novia, y aunque lo hiciera y se diera el caso que ella aceptara, que no sabía, para qué tanto apuro si tenían toda la vida por delante para esas cosas. No hacía falta forzar mucho la imaginación para comprender que a esa altura, entre los catorce y quince años, la masturbación era una de sus actividades predilectas. ¡Qué verdadero desperdicio de energías! ¡Qué tardes mojadas hojeando las revistas que le robaban al hermano mayor de Enrique! ¡Cuántas tetas exuberantes, pubis que se abrían como plantas carnívoras mostrando una geografía desconocida de rosados pliegues húmedos, parejas haciéndolo en una cantidad de poses que Pablo trataba de memorizar para que ninguna mujer lo agarrara desprevenido! El y sus amigos, condenados a ser autodidactas, vivían en una efervescencia continua, eran un volcán a punto de estallar, un peligro para la vida civilizada, y ni soñar en pisar los quilombos todavía; eran tan vírgenes como la Inmaculada y, según Enrique divagaba caricaturizando el hablar ostentoso del profesor de Historia Natural, si estaban pálidos y sudorosos como a menudo se los hacían notar sus madres, no era por la anemia, no, sino porque sus tumultuosos fluidos sexuales, eran tan

abundantes y urgentes que, al no dar abasto los canaliculos y otras vías de salida naturales para expulsarlos, se les escapaban a chorros por los poros de la piel otorgándoles ese tinte blancuzco a sus caras. Recién en cuarto de liceo comenzó a avivarse con las mujeres y no por iniciativa propia sino gracias al flaco Marcelo. Este, según supo más adelante, venía de otro liceo de Carrasco del que pidió a sus padres que lo sacaran. "Me aburría terriblemente allí. Mis compañeros eran todos unos idiotas que se pasaban jugando al rugby. También era de curas. Mi padres no son religiosos y me dejan hacer lo que quiero, pero piensan que queda más distinguido, en fin, les gusta codearse con las clases altas, y como a mí me da lo mismo, porque odio estudiar en cualquier lugar que sea, les sigo la corriente para que sean felices". Apenas lo vio el primer día de clases se dio cuenta que era diferente a los demás. Los miraba a todos con un gestito sobrador, con una sonrisita de desprecio que parecía decir que eran todos unos niños de pecho a su lado. "¿Quién es?", le preguntó Nacho. "Es uno nuevo", le respondió éste, "un pillado, menos mal que está en otro salón". "Mientras no moleste", dijo él. Y la verdad es que al principio le era completamente indiferente, y si bien era cierto que la actitud del flaco provocaba bastante rechazo entre algunos compañeros, éstos habían sido los menos porque en general caía bien y tenía una legión de fieles admiradores que festejaban sus chistes y le creían al pie de la letra sus fabulosas hazañas con las putas. Pero aquellos que se sentían invadidos por su popularidad (entre ellos sus amigos Nacho y Enrique) lo detestaban y como no se atrevían a hacerle frente porque era alto y de buen físico, pretendían que él, que era también muy popular en el colegio, los representara animándose a lo que ellos no tenían el valor de hacer. Al principio la situación le pareció absurda. ¿Por qué tenía que enfrentarse con alguien que apenas conocía?, ¿porque era un advenedizo hijo de un

gángster que se había hecho rico con el bagayo?, ¿porque era un fanfarrón?, ¿y a él que le importaba? Tanto le llenaron la cabeza contra él que en los recreos cuando se ponían a jugar un picado en el patio (al flaco no le gustaba el fútbol), o tomaba algo en la cantina o simplemente conversaba con sus compañeros, notó, o por lo menos así lo interpretó, que el nuevo lo miraba con cierto aire burlón de desafío, y a veces sonreía y a veces lo miraba fijamente, e insensiblemente, sin haber tenido oportunidad de dirigirle la palabra, sin al menos poder decir que le había caído antipático, se fue creando una tensa situación entre los dos. Dos meses después del comienzo de las clases por una casualidad tuvieron la ocasión de verse las caras. Se había quedado castigado después de la misa de los viernes cuando el flaco entró en el salón por el mismo motivo, dijo hola y se sentó en un pupitre vecino al suyo. Pablo no le contestó el saludo, bostezó despreocupadamente y sin dignarse a mirarlo abrió un libro y fingió que se concentraba en la lectura, pero ya todos sus músculos se habían tensado en situación de alerta. Así que sin más ni más cuando el flaco le dijo: “¿Qué te pasa? ¿Tenés algún problema conmigo que no me querés saludar?”, sin ponerse a considerar el tono con que se lo había dicho (más bien arrogante pero no definitivamente agresivo) le dio un roscazo detrás de la oreja tirándolo al suelo con pupitre y todo. Enseguida se incorporó para salir del salón antes que apareciera algún cura, pero en la mitad del recorrido hacia la puerta unas manos huesudas pretendieron asfixiarlo apretándole el cuello con verdadera aplicación. Como no se lo esperaba, le costó reaccionar y a duras penas logró zafarse de aquel ataque con un codazo que le dio al flaco en pleno vientre e hizo que trastabillara y él pudiera darse vuelta para pelearlo de frente. Empezaron entonces a forcejear y consiguió finalmente hacerle una zancadilla y los dos trenzados cayeron y comenzaron a revolcarse por el suelo. Mientras tanto el ruido

había atraído a algunos estudiantes que los observaban deleitados desde la puerta sin la menor intención de intervenir. Cuando llegó el portero Pablo había conseguido tomar la iniciativa, pero el maldito borracho se puso a gritar como un poseído hasta que dos curas vinieron y lograron separarlos, no sin antes propinarles algunas patadas alevosas que después les resultaron más dolorosas que cualquier golpe recibido durante la pelea. Recién ahí se enfriaron lo suficiente como para darse cuenta de la situación comprometida en la que se encontraban. A él le dolía el cuello y el flaco se masajeaba con preocupación la espalda, los curas en tanto los reprendían a gritos empujándolos hacia el despacho del director. Por suerte, éste, sorprendentemente, fue más comprensivo y benévolo de lo esperado tomándose el incidente con mucha calma, sin dramatizar, limitándose a reprenderlos con un duro sermón, donde no faltaron las amenazas de expulsión, y al final les exigió que se estrecharan las manos (a la postre la pena se reduciría a la consabida nota y una observación que fue en el carnet de calificaciones). Ese día salieron del colegio tocándose las partes doloridas y el flaco ya no tenía el aire burlón que usaba habitualmente con sus enemigos y parecía confundido y con ganas de decirle algo, así que se lo facilitó diciéndole que lo lamentaba, que no había estado bien que lo atacara de esa manera y que no tenía la menor idea de por qué lo había hecho, pero que después de todo no había sido tan mala pelea. Terminaron riéndose por lo ridículo del asunto y al llegar a la esquina se despidieron sin rencores con un nuevo apretón de manos. Pablo reconoció que le caía bien aquel tipo cuya actitud había sido tan generosa teniendo en cuenta que el pobre no había sido el agresor, y se reprochó por haberse dejado llevar por los idiotas de sus amigos. Sin embargo sin querer éstos le habían hecho un gran favor, porque a partir de aquel incidente el rumbo de su vida cambió aceleradamente. Al poco

tiempo con el flaco se habían hecho inseparables y paralelamente Pablo se fue distanciando de Nacho y Enrique que no podían entender ni perdonarle que anduviera de amigo con un “terraja”, o sea un tipo sin apellido ni prosapia, aunque tal vez no era eso lo que más los irritaba, sino el hecho de que el padre de aquel “terraja” en cuestión tuviera más dinero que todas sus aristocráticas familias juntas. Casi todas las tardes se reunían en su casa o en la del flaco con el pretexto de estudiar, pero era lo que menos hacían porque el tiempo se les iba hablando de planes, metas, de sus respectivas familias, de deportes como el boxeo y el automovilismo que al flaco le apasionaban, aunque la cuestión central hacia la que recurrían inevitablemente todas las conversaciones era siempre la misma: las mujeres, de cómo conquistarlas, de cómo tratarlas, de cómo cogerlas, de la necesidad de conseguir un bulín más adelante donde llevarlas. Los dos estaban igualmente obsesionados con el tema, aunque la gran diferencia entre ellos era que el flaco ya había tenido algunas experiencias, casi todas con putas, y él era, para su vergüenza, totalmente virgen. Al principio se propuso no confesárselo a su amigo y relatarle como propia la experiencia que el hermano mayor de Enrique les había contado de su primera visita a un quilombo, pero después se le antojó que era más indigno mentirle en esa materia que decirle la verdad. “Bueno”, le dijo el flaco al notar su embarazo. “Tampoco es algo tan grave. Además no es una cosa que no se pueda arreglar”.

En aquel tiempo todavía vivían en la casona de la Aduana, comprada por su abuelo paterno y construida hacía más de cuarenta años. Era verdaderamente enorme, de techos altísimos rematados con vitrales y claraboyas. El flaco decía que ahí se podía quedar pernoctando cualquiera y si era discreto nadie se daría cuenta, y efectivamente su abuela había encontrado a un hombre que en la época

en que las puertas estaban siempre sin llaves ni cerrojos había dormido durante semanas en uno de los cuartos deshabitados sin ser descubierto. En el piso superior, al que se subía por una majestuosa escalera de madera, había dos dormitorios, dos baños, living y una gran terraza, y en la planta baja seis habitaciones sin uso, que comunicaban entre sí, rodeando una hermosa escalera de mármol que ascendía desde la puerta de calle a un corredor al que daban un gigantesco comedor, el cuarto de piano donde de niños tomaban clases con una viuda cincuentona dos veces por semana, otra habitación grande en que se encontraban los escritorios para las tareas escolares, y terminaba en un amplio patio donde la luz del día se despeñaba atenuada desde unas altas claraboyas, en el que se abrían la cocina, la despensa y dos escaleras simétricas que llevaban a las dependencias de servicio. Aparte desde el comedor una puerta comunicaba con la biblioteca de su abuelo, desde la cual a su vez se accedía a un sótano que era un laberinto polvoriento con el techo cubierto de cañerías.

Su amigo Marcelo, por su parte, vivía en una mansión en una exclusiva zona de Carrasco demasiado nueva y reluciente para tener secretos y excitar la imaginación. Siempre pensó que aquellas casas se parecían mucho a sus respectivas familias: la suya antigua y tortuosa, la del flaco moderna y frívola. A él le agradaba; no había oscuros muebles antiguos que recargaran la atmósfera, y el aire y la luz llegaban sin dificultad a todos los rincones. La familia del flaco también le gustaba, sobre todo su mamá, hija de un contador, una mujer distinguida y sensual, rubia, alta, de unos cuarenta años, que se conservaba en excelente forma. Su marido, obeso y corpulento, le llevaba alrededor de veinte años y era un hombre de modales rústicos, alguien “hecho de abajo”, como solía decir él, pero de carácter abierto y jovial. El flaco decía que sus padres siempre habían esta-

do muy enamorados, y no lo dudaba en cuanto al marido, pero observando a su mujer, con aquel cuerpo y aquella forma de andar que parecía estar invitándolo a uno, le parecía que tal vez su amigo podía estar algo confundido con respecto a su mamá. Una mujer con todas las letras, sí señor, pensaba, aplomada, digna, con una mirada calculadamente cortés que descendía de unos maravillosos ojos azules en los que en alguna ocasión, muy fugaz y rara, le había parecido entrever una chispa que abría las puertas a otras posibilidades. Con su único hijo era un poco más tierna que con su marido, lo que no quería decir mucho, pero siempre manteniendo una fría distancia que lo había sorprendido. Esa señora conversaba con ellos con naturalidad, abordando cualquier tema sin prejuicios y sin hacer pesar la diferencia generacional, pero todo lo hacía desde un plano absolutamente inaccesible para él, sin acercarse realmente, sin establecer una corriente de simpatía que le hiciera sospechar que dentro de aquella hermosa frente hubiera lugar para las emociones. Sin duda tendría su problemática, ¿quién no?, tribulaciones que con bastante esfuerzo podían deducirse de sus casi imperceptibles cambios de humor, pero con él seguramente no le interesaba compartir tales intimidades, y lo cierto es que era una pena porque desde que la conoció se había convertido en la más vívida de sus fantasías sexuales. Había imaginado con la mamá de su amigo una tórrida relación (luego de una afiebrada declaración frente a la cual ella no había podido resistirse), una aventura secreta en la que entraban a escondidas en hoteles de lujo que ella pagaba con su inagotable chequera, tomaban champán desnudos en una bañera con espuma, lo hacían en una cama de agua, en un piso ricamente alfombrado, sobre una mesa con restos de manjares, y, arrastrados por tal frenesí libidinoso, hasta en la propia casa con el ingenuo esposo en una habitación contigua hablando de negocios por teléfono, con un final pleno

de romanticismo en el que huían con todo el dinero del viejo bagayero (así le decían en el colegio al padre del flaco) para instalarse cómodamente en una isla tropical y llevar una vida de perezosa lujuria. Lamentablemente aquellos eran sueños imposibles porque no existía la más mínima posibilidad de que la citada señora se fijara en un torpe y ridículo adolescente que no tenía la menor idea de cómo tratar a una mujer de su clase.

En cuanto a su esposo se podía decir que se conservaba bien y no aparentaba la edad que tenía. Siempre de traje y corbatas no muy a tono, robusto y perfumado, abundante cabello canoso engominado, monologaba animadamente de política sobre todo, y al parecer estaba bastante interiorizado en el tema y según el flaco tenía muchos contactos y amigos en el gobierno, incluso el mismo presidente, que le debían favores. Realmente le simpatizaba aquel tipo. Cuando se servía whisky no le daba a su hijo pero sí a él, como si fuera una persona mayor, y una vez en el medio de una conversación tomándolo de los hombros lo zarandeó y dándole fuertes palmadas en la espalda afirmó: "Flor de amigo te conseguiste, Marcelo, se toma dos whiskys y no se le mueve ni un pelo".

Pero lo que más le extrañaba y le gustaba de aquella familia era la libertad que le daban al flaco. Cada uno comía a la hora que se le antojaba y cuando coincidían en un almuerzo o cena no era algo buscado sino por pura casualidad. Nunca estando él presente había presenciado ninguna discusión entre ellos, ningún reproche y ni soñar con preguntarle al flaco a dónde iba ni a qué hora pensaba llegar. Como si esto no fuera suficiente todos los meses el padre del flaco le daba a éste puntualmente una cantidad exorbitante de plata sin importarle en lo que fuera a gastarla. ¿Se podía pedir algo más?, pensaba. El flaco Marcelo

era sin duda el tipo con más suerte del mundo y de verdad lo envidiaba.

Una tarde, después de un partido de tenis, devoraban la merienda en la casa de Pablo cuando apareció la empleada. Era una negra que trabajaba en su casa hacía dos años y se llamaba Matilde. Sorda de nacimiento, apenas articulaba algunas palabras con una voz estridente que contrastaba con la expresión pacífica de su cara. Rondaría los veinte años; abandonada por sus padres había sido criada por los caseros de una estancia cercana para los que al parecer también era una carga porque le solicitaron a su padre ayuda para conseguirle trabajo en Montevideo. Este se compadeció sabiendo de buena fuente los maltratos que recibía, y luego de convencer a su madre que había puesto algunos reparos, la tomaron como empleada con cama aprovechando que se había marchado hacía poco la que tenían. Por si no alcanzara además de sorda Matilde era epiléptica. Pablo una vez la había observado maravillado en plena convulsión, mientras sacudía la cabeza y todo el cuerpo, con los ojos en blanco, echando una espuma sangrante por la boca, como si hubiera sido poseída en un ritual diabólico y desenfrenado. Por cierto que sus padres la hicieron tratar con un neurólogo y a la sazón estaba medicada, controlada y hasta la propia señora Arana admitía que era limpia, ordenada y trabajadora como pocas. Al pasar frente a ellos se detuvo unos segundos sonriéndoles bobamente. Silenciosamente levantó tazas, frascos, cubiertos y platos con restos de tostadas, manteca y mermelada, y se dedicó a lavarlos, enjuagarlos y secarlos en la pileta. Enseguida desapareció como un fantasma sin volver la cara hacia ellos. El flaco la miró de pies a cabeza mientras se alejaba, como un crítico de arte valorando una escultura. “La sierva tiene un lindo culo. Es increíble que no te la hayas cogido todavía”. El se rió pensando que era una broma, pero su amigo permaneció serio y le contó que en su casa habían

tenido una empleada de la misma edad que la negra que estaba tan buena que casi todas las noches se la llevaba a su dormitorio. "Al final la dejé embarazada y mi padre le pagó un aborto y le consiguió otro trabajo. Mamá creo que ni se enteró o por lo menos no se dio por enterada. En realidad eso es lo peor que te puede pasar pero ya ves que tiene solución. También podés usar condón, pero claro, no sentís lo mismo".

Esa noche, cuando el flaco se fue, Pablo no podía dejar de pensar en las palabras de su amigo. Realmente no entendía por qué no se le había ocurrido antes fijarse en Matilde, porque si lo consideraba bien no estaba nada mal, y hasta de cara era bastante pasable. Una idea se abrió paso en su cerebro e intentó alejarla, incluso luego de acostarse hizo lo imposible para que le viniera el sueño. Pero alrededor de las doce todos en su casa estaban durmiendo y él seguía con los ojos abiertos. Sentía la respiración de Javier en la cama de al lado, el tic tac del reloj en la mesita de luz, todo lo demás era silencio. Se levantó con sigilo, se puso las zapatillas, y en calzoncillo y camiseta recorrió el pasillo hasta llegar a la escalera que conducía a la planta baja. La bajó en puntas de pie, sin poder evitar que a su paso cada escalón crujiera de una forma alarmante. Andando a tientas tomó el corredor y llegó a la cocina. No había luna o estaba tapada por las nubes porque de la claraboya sólo descendía una débil claridad que no alcanzaba a definir los objetos. Si bien sabía lo que iba a hacer no se había puesto a imaginar los detalles. Lo impulsaba sólo en parte el instinto y más que nada lo motivaba la sensación de estar aceptando el reto implícito que contenía la frase del flaco cuando le dijo que era increíble que todavía no se hubiera cogido a la negra. Reconoció que lo que se proponía era muy temerario, sobre todo porque era muy probable que Matilde no reaccionara pacíficamente a la presencia de un intruso en su cuarto. Además, estaba el tema de

su enfermedad, de sus ataques. Hubiera sido diferentes si ella fuera una persona sana, si oyera, si se le hubiera insinuado, si lo hubiera invitado de alguna forma por lo menos. Estaba tiritando (se había terminado el invierno pero en las noches refrescaba), no conseguía resolverse, las escaleras que subían al cuarto de la empleada le parecían un límite infranqueable, estaba demasiado nervioso, sentía su corazón funcionando a un ritmo vertiginoso y se dijo que así lo más seguro era que no pudiera hacer nada. Ese pensamiento lo sublevó y sacando fuerzas de flaqueza arremetió contra su propio miedo pensando que si había tenido el valor de decidirse y llegar hasta allí sería bochornoso retroceder. Después de realizar una honda inspiración subió las escaleras. Si la negra hacía un escándalo simplemente se escaparía y más tarde negaría todo, igual era sorda y no podía hablar. Al llegar al rellano vio que el cuarto de Matilde tenía la puerta entreabierta, la empujó delicadamente con su cuerpo y se metió adentro como si estuviera introduciéndose en el mismísimo infierno. La oscuridad era total; en el espeso silencio su propia respiración simulaba un ronquido desmedido. Se detuvo un momento para tomar aliento; su visión se fue acostumbrando y pudo deducir un armario de la forma grosera que se alzaba a un costado; de pronto oyó, sobresaltándose, un ruido de alambres que se estiraban y un murmullo, ¿de alarma?, ¿de pánico?, que le hizo preguntarse si ella ya estaría despierta y a la expectativa de cada uno de sus movimientos. Le temblaban las piernas y las gotas de sudor le resbalaban por la frente a pesar del fresco de la noche... si seguía así, tan nervioso, todo se echaría a perder no había duda... qué cobarde, qué vergüenza. Avanzó unos pasos más y sus piernas hicieron contacto con un borde duro. Tanteando con las manos se arrodilló sobre la cama y sin más se lanzó sobre la sombra incierta que abultaba entre las frazadas. Matilde evidentemente estaba despierta porque cuando le

cayó encima inmediatamente empezó a forcejear y a emitir unos sonidos terroríficos que él con sus sentidos alterados hacía llegar hasta el lejano dormitorio de sus padres en la planta alta. Con una mano le buscó la boca, pero al tratar de tapársela recibió un doloroso mordiscón y por reflejo con la otra le dio una fuerte bofetada e intentó levantarle el camisón y bajarle la bombacha pese a que ella se revolvía con un vigor extraordinario y lanzaba sus puños al aire logrando golpearlo. Se vio obligado entonces a atenazarle una muñeca con cada mano y mantenerla con los brazos extendidos contra la almohada. ¿Adónde iba a terminar aquello? De veras estaba enardecido, empecinado, pero que él supiera hasta el presente no había violado ni matado a nadie. ¿Iba a ser el inicio de su carrera delictiva? Repentinamente su determinación desapareció, su ardor se enfrió, y cuando ya estaba a punto de desistir y salir a la disparada del cuarto, notó que la lucha de Matilde por liberarse y hasta los ruidos grotescos de desesperación que salían de su boca habían cesado. Ahora se encontraba muy quieta, respirando agitada debajo de él, articulando con tenue y extraña entonación unos sonidos parecidos a las palabras que trataban de expresar, ¿una sorpresa agradable?, ¿le estaba preguntando algo?, pero que obviamente no era socorro lo que pedían. ¿No sería el preludio de un ataque?, no, no creía. Desconcertado Pablo permaneció unos minutos más en la misma posición, sentado sobre el vientre de su empleada, sujetándola de los puños, dándose cuenta por primera vez que la oscuridad se había despejado lo suficiente y podía ver sus facciones, presumir por la dirección de su cabeza que lo estaba mirando, seguramente con incredulidad, sin rastros ya de temor, con una creciente ansiedad. Por lo tanto se animó a soltarla y ella se quedó inmóvil, con las palmas hacia arriba, en posición de absoluta entrega, y comenzó a acariciarla dulce, muy dulcemente, y la negra ya no se oponía, en tanto él le susurraba

al oído como si pudiera oír: “Soy yo Matilde, no va a pasar nada, no te quiero lastimar, vas a ver que te va a gustar”. Su piel despedía olor a jabón de tocador, y cuando le sacó definitivamente el camisón, la bombacha y el sostén y empezó a chupar los pezones erectos de sus grandes senos, lo invadió una placentera corriente de calor y desaparecieron los nervios del principio. Para entonces su pija había dejado de ser una cosa flácida e inservible para convertirse en la gran protagonista de los acontecimientos. Sintiendo que controlaba la situación le separó las piernas, y ella misma, tomando delicadamente su miembro tieso y palpitante, con una experiente habilidad que lo dejó atónito, se lo introdujo en su chorreante vagina. Enseguida, al tiempo que lo rodeaba con los brazos, ella flexionó sus caderas y rodillas y él al comenzar a moverse sintió que el placer lo desbordaba. Como estaba hiperexcitado y además no se le había pasado por la mente hacerlo durar, todo se limitó a unos cuantos movimientos de avance y retroceso tras los cuales desahogó la enorme tensión acumulada. Ya no tenía nada que hacer allí..., sin embargo Matilde no parecía pensar lo mismo pues sus brazos seguían aferrados a su espalda y continuaba moviéndose, seguramente en busca de lo que él ya había obtenido. Apenas pudo desembarazarse de ella, se incorporó, se subió los calzoncillos y salió del cuarto sereno y victorioso, feliz porque su virginidad había quedado atrás y orgulloso al pensar en su extraordinario coraje que al otro día ostentaría como un trofeo frente a su nuevo amigo. Cuando se lo contó antes de entrar a clases el flaco se moría de risa. “Sos grande. Ya sabía yo que eras grande”, le dijo palmeándolo, entusiasmado, riéndose a carcajadas, mientras él se sentía como si hubiera aprobado un complicado examen y el flaco fuera un distinguido profesor que lo felicitara. A la salida su amigo le anunció que había estado pensando en un plan sensacional y le soltó que si aquel sábado su familia se iba para el campo, fuera como

fuera, debían aprovechar el momento psicológico en el que según él se encontraba la negra, para organizar una fiesta íntima entre los tres. Le dijo que nunca lo había hecho pero que siempre había querido, y aquella parecía una oportunidad excepcional que se les ofrecía en bandeja y sería un crimen desaprovecharla.

El invierno se había despedido y con los primeros días primaverales sus padres habían reanudado sus idas a la estancia. Así que para aquel sábado inventó una excusa para quedarse mientras el resto de su familia, Javier incluido, partía temprano en la mañana dejando como de costumbre a Matilde al cuidado de la casa. Otra empleada, llamada Cristina, la ayudaba a limpiar y le hacía compañía esos fines de semana por si se atacaba de su enfermedad. Esto no fue ningún obstáculo, llamó a Cristina y le dijo de parte de sus padres que no viniera (después les inventaría algo para justificarlo). Ya nada podía interponerse en sus planes. Hasta el día parecía estar a tono: el cielo estaba despejado, el sol brillaba, la temperatura era agradable, por más que en este caso a ninguno de los dos le preocupaba en lo más mínimo el clima dado que carecía de importancia para lo que pensaban hacer (aunque sí había servido para que su familia no se arrepintiera de viajar al campo). Estaban al borde del delirio, a tal punto entusiasmados que apenas probaron el almuerzo que la cocinera les había preparado en la casa del flaco cuyos padres habían salido a comer afuera. Cerca de las dos de la tarde se dirigieron a la casa de la Aduana en el Volkswagen escarabajo cero kilómetro que el padre le había regalado al afortunado de su amigo para su cumpleaños hacía unas semanas, sin darle relevancia al hecho que con apenas quince años no tuviera permiso para conducir. Desde que se encontraron en la mañana no habían parado de aconsejarse mutuamente acerca de cómo tenían que actuar para que todo

saliera como querían, pero cuando llegaron a su casa y hallaron a Matilde lavando el piso de la cocina, ajena totalmente al mundo, pasando el trapo enjabonado inclinada de una forma torpe, algo viril, no pudieron evitar sentirse desconcertados. ¿Era posible realizar lo planeado? ¿No habían sido demasiado imaginativos? Ella tenía puesta una túnica de trabajo celeste que le llegaba hasta la mitad de las piernas y calzaba unas chancletas que dejaban ver unos pies pequeños y bien formados con las uñas pintadas de rojo chillón. Pablo, que había sido el primero en sobreponerse a ese destello con que la realidad desanima los mejores proyectos, le tocó el hombro para anunciarse y ella pegó un brinco soltando el lampazo. No bien se dio vuelta y los vio, amagó una sonrisa que no llegó a concretarse y balbuceando algo incomprensible bajó la vista y se dispuso a proseguir con su trabajo. El se lo impidió cortándole el paso, y luego de agacharse para ponerse a su altura, le sonrió con simpatía y por señas le hizo entender que querían café. Ella se retiró y mientras les preparaba el café los dos se instalaron en el comedor. El flaco, que no podía disimular su nerviosismo, a pesar de haber sido el inventor y entusiasta promotor de la idea, le expresó con preocupación las dudas que lo habían asaltado. De pronto no estaba tan seguro, no era miedo, no, no, pero... ¿no sería mejor dejarlo para otra ocasión?, porque la negra tenía una pinta bárbara de retardada y las cosas podían complicarse con alguien así. “Vos dejalo en mis manos. Está todo bien. Si no quiere seguirnos la corriente nos vamos y a otra cosa”, le dijo él con tranquilidad. Al rato apareció Matilde con una bandeja con las tazas de café, las cucharas y el azucarero. Tenía la costumbre de bajar la vista delante de la gente, pero cuando depositó la bandeja sobre la mesa del comedor levantó los ojos hacia ellos y por un segundo les sonrió con una expresión atontada mostrando una dentadura blanquísima y extrañamente sin defectos. Pablo se preguntó

otra vez si ella lo habría reconocido la otra noche. Según el flaco, al que le había planteado la misma pregunta en la mañana, era indudable que sí. “¿No me dijiste que no había una oscuridad total y ella te había mirado? Por eso no se resistió viejo, porque eras el patrón, porque eras el amo y le estabas haciendo el favor de fornicarla. Aunque sean algo retrasadas esas tipas saben perfectamente lo que les gusta y lo que hacen. ¿No me contaste que te la agarró con habilidad, con sabiduría?”. Cuando Matilde iba a darse vuelta para volver a la cocina él se levantó, la tomó de un brazo y le hizo señas para que ocupara su lugar mientras se sentaba en una silla contigua. Matilde obedeció sumisa, sonriéndole a la alfombra, y se sentó entre los dos. Pablo sin rodeos comenzó a acariciarle la nuca y vio que ella seguía sonriendo con la misma expresión atolondrada, sin despegar los ojos de la alfombra. No oponía la menor resistencia, no expresaba la menor protesta, más bien parecía que le gustaba porque cerraba los ojos balanceando la cabeza que cedía blandamente a la presión de su mano. El flaco no podía contener la risa pero él estaba serio. Al preguntarle a su amigo de qué se reía, éste le dijo que era un tipo increíble porque hasta hacía poco era virgen e inmaculado y ahora de repente se comportaba como si aquello fuera cosa de todos los días. “Naciste para macró, no hay caso. Sería un desperdicio que te dedicaras a otra cosa”, le dijo. Mientras tanto él seguía acariciándola y logró que ella recostara la cabeza en su hombro siempre sin mirarlos y sin dejar de sonreír mansamente. El flaco, recuperado su entusiasmo, ya participaba activamente desde su silla levantándole la túnica y las polleras, acariciándole los muslos. Fue entonces cuando ella levantó su cara y contrajo sus facciones de una forma tan extraña, podía decirse macabra, que se asustaron pensando en la posibilidad de un ataque, pero no, qué alivio, los gestos raros cesaron y ahora en una brusca transformación ella los miraba sin timidez y sus

ojos bailaban pícaramente yendo y viniendo entre los dos. Todo iba viento en popa; había llegado el momento de pasar a otro nivel. Sin dificultad la condujeron hasta la planta alta subiendo la imponente escalera, pegados a Matilde como dos animales en celo. El flaco sugirió en el camino que la bañaran primero, por si las moscas, aunque parecía una tipa limpia nunca se sabía. Sin dejar de manosearla, urgidos por la excitación que sentían, la llevaron primero al baño donde la desnudaron encontrando que debajo de la ropa de trabajo había un cuerpo firme, bien contorneado, con senos grandes, consistentes, una cintura de avispa y una cola firme, succulenta y perfectamente paradita. La metieron debajo de la ducha y el flaco que era el más interesado en el tema la enjabonó minuciosamente, luego la enjuagaron, la secaron y le echaron encima todos los perfumes que encontraron en el tocador de su madre, que ella olía fascinada.

Más tarde, en la cama de matrimonio de sus padres, extenuados, con Matilde en el medio embalsamada con los perfumes maternos, se sentían como dos rajas y comentaron que esa era la vida que les gustaría llevar hasta el fin de sus días. La negra se había portado maravillosamente haciendo todo lo que ellos querían, y cómo había gozado, como si fuera una persona diferente, como si el placer hubiera logrado disminuir su grado de estupidez. Por otro lado no se podía negar que era excitante verse mutuamente haciéndolo, y aunque en algunos momentos la presencia del otro resultaba embarazosa y algo chocante, en general habían sabido superar esos instantes de impaciencia encontrando que esa actitud había fortalecido los lazos entre ellos.

Tan estimulante había sido la experiencia que se quedaron encerrados con Matilde hasta el domingo a mediodía. Ella siguió en la misma postura, atendiendo solícitamente

cualquiera de sus requerimientos. Les preparó la merienda, la cena y al otro día el desayuno, con su sonrisa tonta habitual (fuera de la cama misteriosamente volvía a ser la Matilde que conocían), como si se tratara de una jornada cualquiera y estuviera cumpliendo con sus deberes de doméstica. “Es la mujer perfecta”, decía el flaco. “No habla, siempre está sonriente, tiene buen cuerpo, y hace todo lo que uno quiere”. Pero su cualidad más importante, seguramente fruto de su intrínseco alelamiento, resultó ser su discreción, porque después que volvió su familia del campo y regresó a la rutina seguía siendo la misma y en su comportamiento era imposible observar la menor evidencia de lo sucedido. Por eso se animaron a repetirlo el próximo fin de semana, pero descubrieron algo que ya intuían: que pasada la novedad la situación había perdido gran parte de su atractivo y no compensaba los riesgos que corrían. Por lo tanto acordaron en dar por finalizada aquella épica peripecia y fijarse metas más estimulantes. Una noche, semanas después, mientras miraban un partido de básquet en la tele, sintieron un estruendo proveniente de la planta baja, como de vajilla que se rompía. Se asomaron al barandal desde donde se divisaba parte de la cocina y como no vieron nada preguntaron inútilmente en voz alta qué estaba pasando, pero como abajo al ruido había sucedido un silencio mortal, bajaron corriendo la escalera y cuando llegaron a la cocina vieron a Matilde contrayéndose en pleno ataque, rodeada de un montón de vasos y platos rotos. Sin saber lo qué hacer decidieron esperar a que las convulsiones cesaran, lo que sucedió después de unos minutos. Matilde parecía haberse quedado dormida, estaba inmóvil, con los ojos cerrados y los dos se miraron comprendiendo que estaban pensando lo mismo: la negra se había ido para siempre, abandonado definitivamente aquel mundo cruel, estaba muerta. Sin embargo tales pensamientos se disiparon al buscarle el pulso y encontrarlo, y al constatar que

aunque muy levemente también respiraba. En ese momento escucharon la voz de su padre que llegaba del Estudio y preguntaba, al ver las luces prendidas de la cocina, quién estaba allí. Fueron a su encuentro y le informaron lo que pasaba; segundos después entre los tres levantaron a Matilde y la trasladaron al comedor donde la acostaron en un diván. Su padre estaba muy preocupado por la tardanza de la negra en volver en sí, y su madre, que sin haber oído nada desde su cuarto por casualidad había bajado con intención de ir a la cocina a vigilar la cena, cuando se encontró con aquel panorama se quedó horrorizada y unos minutos después muy nerviosa exigía que se llevaran de inmediato a Matilde de allí para ver a un médico antes que se muriera en su casa. Javier también había aparecido entretanto y permanecía silencioso presenciando lo que pasaba. Lo más atinado era no perder el tiempo y trasladarla a la emergencia de la mutualista, dijo su papá. Así que Pablo y el flaco tuvieron que cargar con Matilde, que no se aguantaba en pie aunque había abierto los ojos e intentaba algunos movimientos, y estuvieron a punto de caerse por la larga y empinada escalinata de mármol de la entrada. Su padre los esperaba con la puerta abierta del coche estacionado frente a la casa, y ellos la depositaron en el asiento trasero. Se sentaron junto a ella y el flaco, antes que su padre subiera, le manifestó con un tono por demás sospechoso que si Matilde se moría le iba a quedar un complejo de culpa para toda la vida. El lanzó una carcajada y le dijo: "Pero culpa de qué flaco. No ves que es una enferma". Por suerte para la conciencia del flaco a las pocas horas de ingresada en la mutualista, Matilde estaba completamente recuperada. Pero esto no le bastó al sensiblero de su amigo que más tarde tuvo la conmovedora idea de llevarle a la habitación un ramo de claveles rojos que ella recibió sonriente con su tonta e impenetrable actitud de costumbre. Aquella fue la última vez que la vieron y dadas las circuns-

tancias se sintieron contentos de que así fuera. Les estaba resultando bastante incómodo tener que verla cumplir con su trabajo como si las recientes orgías perpetradas jamás hubieran tenido lugar. No era normal; les daba que pensar; algo podía suceder; ¿cómo podían predecir cuál podía ser su conducta más adelante?, si había alguna posibilidad que los delatara, si podía perjudicarlos de algún modo, envenenándoles la comida, acuchillándolos o lo que fuera, más teniendo en cuenta que su mente era un verdadero enigma para ellos. Por eso se habían sentido sumamente aliviados cuando a los pocos días del ataque de Matilde su madre contrató a una señora de mediana edad para ocupar su lugar y explicó que a la criatura, para tenerla mejor atendida y controlada, la habían llevado a una obra dirigida por unas monjitas buenísimas, las cuales con verdadera dedicación se ocupaban de casos tan desafortunados como el suyo. Estas la cuidarían y no les tocaba a ellos, que ya habían hecho todo lo que estaba a su alcance, preocuparse en el futuro por su bienestar.

CAPÍTULO VI

Un ruido ensordecedor, mezcla de gritos y aplausos se elevó de la multitud que agitaba manos, carteles y banderas, cuando el líder de la izquierda, el General Seregni, se incorporó para comenzar su oratoria. Javier pidió a un camarada que lo reemplazara en su puesto de vigilancia junto al estrado, le dio su brazalete rojo y atravesó parte de aquel mar humano para reunirse con Claudia, Rita y Ricardo que estaban a mitad de la calle a dos cuadras del orador. Desde allí la tribuna resplandecía rodeada de una aureola luminosa. Todo había salido bien, era una verdadera respuesta a los intentos de la reacción, le dijo Claudia gritándole al oído, mientras el General en la tribuna desarrollaba su discurso.

Javier tenía motivos para estar satisfecho, el acto por el que tanto habían trabajado había sido un éxito. A su alrededor la gente estaba eufórica, había un clima de fe, de solidaridad, de alegría. Sin embargo él se sentía tan indiferente como al mediodía cuando escuchaba la perorata del director. Por más que se esforzaba no podía compartir el entusiasmo de los demás y esto lo hacía sentir molesto y confundido. La expulsión del Instituto podía ser una buena excusa frente a otros, pero él sabía que había una causa más profunda para lo que le estaba pasando, algo que se arrastraba desde tiempo atrás y ya no podía ignorar como si se tratara de un malestar pasajero. Lo peor era que todas las respuestas que ensayaba no lo conformaban o lo que era peor le parecían inútiles. Siempre había creído que sus acciones eran guiadas por la razón y siempre había encon-

trado alguna explicación, alguna idea que funcionaba y en el momento oportuno lograba alejar cualquier sombra de duda, pero este mecanismo tan valioso esta vez no podía ayudarlo, esta vez no identificaba ninguna duda, nada preciso, ninguna idea concreta que pudiera enfrentar. Recordaba cuando había comenzado a militar con los socialistas, el año pasado, fue apenas empezaron los cursos de primero. Como ya tenía algunas ideas propias le discutió al profesor de Filosofía que se había ensañado contra el marxismo, y como por arte de magia a los pocos días aparecieron ellos, salieron a flor de tierra cálidos, firmes, dialécticos, lo invitaron a reuniones, conferencias, le dieron material de lectura. Luego, como si hubiera nacido para eso, se lanzó a la lucha política seguro de haber encontrado allí una causa a la que podía entregarse, un motivo válido para vivir, y en ningún momento se le había ocurrido cuestionar o rever sus actos. Tampoco dudó cuando a mitad de año dejó a los socialistas para unirse a la Juventud Comunista. Había discutido, pensado lo necesario, se había dejado convencer. Todo el proceso había sido para él tan evidente, sus decisiones tan categóricas, que los argumentos parecían apoyados por una fuerza más poderosa, superior a cualquier razonamiento. En Primero, con Lalo y Carlos (el camarada que lo había afiliado a la Juventud y actualmente estaba en facultad de Derecho), formaron un círculo de siete miembros del que estaban orgullosos; habían revolucionado el Instituto reuniendo a otros grupos de izquierda y fundando un Comité de Base que hasta ese momento enviaba sus delegados a la Coordinadora de la zona. Además militaba en el círculo de la Juventud del Comité de Base del barrio (que era el barrio donde estaba el Instituto), donde la lucha política era mucho más trascendente que en el preparatorio de curas. Cuanto más pensaba más ridículo le parecía todo, lo único que sabía era lo que sentía. El lo llamaba "indolencia", como si lo hiciera todo mecánicamen-

te, como si hubiera perdido el interés por lo que antes lo atraía, pero también había otra palabra que se acercaba bastante a definir su estado de ánimo: desconfianza, si... pero no una desconfianza de personas, ni siquiera particularmente de ideas, sino una desconfianza que iba más allá y apuntaba a las mismas causas de lo que hasta ese instante lo habían motivado. ¿No era aquello demasiado rebuscado, demasiado extremista? Era evidente que había mucho de sí mismo que desconocía y eso lo estaba perjudicando en lo que hasta entonces más le importaba: su militancia. Era por demás fastidioso, a esa altura, tener que replantearse cuestiones que parecían ya dilucidadas. Además, ¿era posible en realidad conocerse?, y si fuera posible, ¿valía realmente la pena? Sin embargo si lo pensaba bien era una necesidad, la única forma de poseer cierto dominio sobre sí mismo... “Una crisis camarada, no se podía esperar otra cosa de un burgués como usted, debería avergonzarse de mirarse tanto el ombligo y pensar en los dramas que vive la gente real”, se reprochó. ¿Pero él no era real también? ¿O no tenía derecho a resolver sus problemas porque otros estaban peor? Sí, nada era fácil para él. Mientrás tanto, alrededor suyo la vida no se detenía. Claudia, a su lado, escuchaba con atención al orador que se aprestaba a rematar su discurso. ¿Era ella la causa? Cuando elevaba sus brazos para aplaudir lo rozaba con su hombro y su presencia adquiría un carácter mortificante. ¿Era tan simple la explicación? Tenía los cabellos rubios sueltos hacia la espalda y escuchaba con expresión concentrada el discurso que resonaba en los altavoces. Por momentos, demostrando una íntima satisfacción, se sonreía y unas finísimas arrugas le aparecían al costado de los ojos. “No sé lo que estoy esperando... mis manos quieren tocarla pero siempre hablamos y hablamos con el pretexto de la militancia”, pensaba Javier contrariado cuando una mano le estalló en el hombro y lo obligó a volverse.

—Te estuve buscando por todos lados -gritó Lalo con su ronco vozarrón-. Sos el rey de los chiflados, viejo. Primero nos dejás plantados a la salida del Instituto y después me paso llamando por teléfono durante toda la tarde a tu casa y el nene no está. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

Lalo saludó a los demás y Javier lo llevó unos metros aparte. No quería que Claudia oyera. No le quiso contar lo sucedido en el Instituto cuando le fue a visitar al mediodía a su casa. Ganas no le faltaron, porque necesitaba desahogarse, pero temía que ella se decepcionara al saber que se resignó a que lo expulsaran sin luchar.

— Mirá que sos pesado -le dijo a un Lalo sorprendido, aunque en ese momento, más atento a la explicación que iba a recibir, no se preocupó por sonsacarle la razón de su reserva-. Me echan del Preparatorio... ¿te enteraste? -Javier al ver que Lalo asentía con la cabeza continuó-: y todavía vos pretendías que yo estuviera disponible para hablar en un mitin callejero. Mi viejo estaba que hervía de bronca, mi madre cuando se lo conté se puso a llorar. Si no nos comunicamos por teléfono fue simplemente porque mi madre, que como sabrás te apreciaba mucho, no me habrá pasado las llamadas.

—Sí... ya sé, ya me imaginaba... -le dijo Lalo comprensivo pero manteniendo su tono de reprobación-. Te imaginarás que sin la presencia del que iba a ser orador, o sea la tuya, no hubo ningún mitin a la salida y yo quedé repegado con todo el mundo. Yo sé que te afectó el asunto, pero podías haber tenido la amabilidad de avisarme, pero no, decidiste plantarnos, desaparecer, entregarte. De verdad que no te entiendo, Javier. Yo calculé que algo había pasado y al no poder localizarte en tu casa volví al Instituto más

tarde a ver si conseguía informarme a través del cura Revello, que siempre cuando lo necesitamos nos da una mano, y me contó lo que pasó y que tu viejo hacía unos minutos había salido del despacho del Padre Director dando un portazo.

Cerca de las dos de la tarde, luego de regresar de lo de Claudia, Javier se había encontrado con su padre que estaba por salir para el Estudio. No tenía más remedio que enterarlo de la noticia de la expulsión y aquella era una buena ocasión para hablar a solas aprovechando que su madre no estaba presente, seguramente durmiendo su acostumbrada siesta. Se sentaron en el living y a medida que le relataba lo acontecido en el Instituto, espiaba los cambios que se iban produciendo en el rostro de su padre. Vio como resoplaba, movía la cabeza negando, hacía muecas de disgusto y repetía con voz apenas audible: "Es increíble, increíble". Cuando Javier se calló su padre se había lanzado a argumentar con furia, pero extrañamente no había cargado la responsabilidad sobre él sino sobre la Dirección del Instituto. Dijo que había sido una medida inaceptable, inconcebible, totalmente desmesurada y que si había culpables no eran exactamente unos chiquilines que no sabían ni donde estaban parados sino aquellos que desde el año pasado les habían dado a los estudiantes libertades que antes se cuidaban expresamente de prohibir. Si hasta en la clase de religión se hablaba de política, si le habían dicho también que en la cartelera del patio se denunciaba a la "rosca oligárquica" y se hacía propaganda contra el gobierno. Ellos, la Dirección, habían fomentado el actual estado de cosas y ahora como la experiencia les había salido mal querían expulsarlo a Javier como si fuera la causa de todos los males. No, no, no había derecho, había levantado la voz, aquella no era la forma cristiana de proceder, si algunos estudiantes habían abusado era porque ellos les habían dado alas con sus actitudes permisivas, o qué esperaban que su-

cediera con el clima de enfrentamiento que se vivía en el país. Era inconcebible, repetía, inconcebible que él estuviera pagando para que su hijo estudiara en un ambiente tranquilo, al margen de los conflictos estudiantiles, a salvo de los demagogos, y esos curas con sus mentes iluminadas les dieran pasto a los que los pervertían y todavía en una medida sin precedentes decidieran expulsarlo sin una amonestación previa, sin darle siquiera la posibilidad de corregirse. Él mismo le había replicado hacía poco al Director, en la última reunión de padres, cuando éste afirmó que ellos nunca habían permitido las actividades de grupos políticos y que sólo les interesaba que los estudiantes estuvieran más en contacto con la realidad, que de qué realidad le hablaba Padre, de la que ellos se encargaban de interpretar, porque realidades podían haber muchas de acuerdo a quien las concibiera. Y ahora resultaba que después de tanta sensibilidad social, de tanta humanidad, su hijo, un adolescente que usaba un lenguaje aprendido de memoria, era un conspirador, un estratega de la revolución mundial, la manzana podrida de la que había que deshacerse para que no corrompiera a los otros estudiantes. Su padre se tomó un respiro y antes de desaparecer volvió a la carga diciendo que era totalmente absurdo y que no lo iba a tolerar, y que se lo iba a decir hoy mismo a ese cura director y sería mejor que no le viniera con esos aires de suficiencia porque podía perder la paciencia. Durante todo aquel tiempo, Javier no había intentado interrumpir el acalorado discurso de su padre que daba la impresión que en el fragor de su exposición se olvidaba que él se encontraba allí escuchándolo, porque había entendido que más allá del contenido de sus palabras, de cualquier idea que expresara, estaba el hecho que en aquellos momentos lo estaba defendiendo porque era su padre, y eso al fin de cuentas, era algo elemental que se desprendía de su actitud y lo reconfortaba.

—Los sobrepasó y quisieron terminar con todo. Vos fuiste

la víctima ideal -dijo Lalo.

—Así que soy el chivo expiatorio de una siniestra confabulación. Nunca pensé que fuera tan importante -dijo Javier sonriendo con amargura.

—No lo tomes en broma -dijo Lalo con seriedad-. Ahora todos tienen miedo y fuera del Círculo no hay nadie que quiera mover un dedo por vos. Pero que no sueñen que los vamos a dejar salirse con la suya. Esta noche sacamos una pintada en la misma pared del Instituto. Por eso quería hablar con vos, ¿qué te parece?... “Basta de expulsiones. Abajo el fascismo”. Nos tenés que acompañar, esta vez no voy a dejar que te escapes viejo.

—¿A qué hora -preguntó Javier mientras volvían donde estaba Claudia y los otros.

—A eso de las dos, es la mejor hora -le contestó Lalo.

—Sí -dijo Javier.

—Tengan cuidado -dijo ella mirando a Javier, y enseguida aplaudió junto a los demás cuando el General dijo que el pueblo unido no iba a dejar que le arrebataran sus conquistas y su libertad, pero él vio que se había sonrojado.

—Está muerta con vos, galán -le susurró Lalo al oído, cuidándose de que Claudia no oyera-. No te demores mucho porque hay unos cuantos tiburones al acecho.

El acto no se prolongó mucho más. Al finalizar la gente se fue dispersando lentamente aunque algunos grupos se quedaron conversando en la calle salpicada de papeles. Lalo, Javier y dos camaradas de la Juventud que se ofrecieron

para hacer de campanas, se metieron en un bar para ultimar detalles de la pintada y después caminaron hasta el local del Comité que distaba a unas cinco cuadras del lugar del acto. Apenas entraron encendieron las luces y subieron por una tambaleante escalera de caracol a una buhardilla donde Lalo guardaba celosamente sus materiales de propaganda. Los tenía en un viejo baúl bajo candado, y luego de abrirlo se puso a preparar la pintura. Como recién eran las doce los dos camaradas se fueron prometiendo que serían puntuales y a las dos en punto estarían en los lugares acordados. Era mejor así porque si salían los cuatro del Comité a esa hora podían llamar la atención. La situación política no era nada favorable, además. Pintar una pared de un particular siempre era un delito y si el que lo cometía era comunista peor aún, dijo Javier. Tenían que tomar todas las precauciones. "Por favor no nos fallen", les gritó Lalo a los camaradas mientras éstos bajaban la escalera, y volvió a concentrarse en los preparativos en tanto Javier lo observa recostado en un catre fumando el último cigarrillo que le quedaba.

Lalo no fumaba, ahora mismo dispersaba con disgusto el humo que iba inundando la pequeña buhardilla. Javier recordó el día que lo conoció en su primera reunión de la Juventud en el Instituto. Desde el principio experimentó una gran simpatía por él. Lo consideraba un tipo noble, sin dobleces, con una franqueza casi brutal a veces. Era un fanático de todo lo que tuviera relación con la propaganda política; le apasionaba dibujar, pintar y lo hacía extremadamente bien. Era en lo único que se mostraba escrupuloso, casi obsesivo. No tenía inconveniente en quedarse noches enteras picando matrices, cortando volantes, pintando fajas y carteles. Sus padres decían que si hubiera puesto el mismo empeño para estudiar el año pasado hubiera salvado todos los exámenes y no hubiera tenido que pasarse el verano entero preparando las materias perdidas. Pero

Lalo odiaba estudiar ("No sé cómo hacés vos que apenas estudiás y aprobás todo. Yo soy un burro", se quejaba entristecido), tanto como a los curas. Era un problema de piel, no los soportaba. Decía que todos eran unos enfermos y no entendía por qué sus padres que eran del Partido lo habían enviado a un preparatorio católico. Javier tampoco lo entendía y sin embargo había conocido casos similares. Lalo argumentaba que las familias de sus padres eran muy beatas y por ahí les vendría el resabio; además, el hecho de que estuvieran afiliados no quería decir nada porque el de ellos siempre había sido un compromiso superficial, nunca militaron, y por lo tanto no sentían la obligación de ser consecuentes.

Vivían en una casa antigua en el Prado, venida a menos más por descuido que por falta de dinero, y los dos trabajaban en el mismo banco hacía quince años. Javier les tenía afecto, eran gente bohemia, tranquila, pasaba mucho tiempo con ellos, más por cierto que en su propia casa donde vivía irritado, metido dos por tres en discusiones que después lamentaba, cansado de la desaprobación permanente, callada o expresa de sus padres, y sin poder soportar a su hermano que se unía a ellos pero de una manera cínica y agresiva. Bostezó y se acomodó en el catre; lo último que pensó fue que estaba extenuado y que el lecho del catre cedía demasiado. Lo despertaron los bruscos sacudones que le propinó Lalo y oyó su voz que le anunciaba que faltaban siete minutos para las dos de la madrugada. Javier, alarmado, se incorporó recriminándole a Lalo que no lo hubiera despertado antes y lo ayudó a colocar las latas con sus respectivos pinceles en dos bolsas de plástico. Enseguida salieron del Comité. Afuera la temperatura había bajado bastante y Javier se detuvo unos segundos para subirse el cierre de la campera. La noche se presentaba propicia. La luna estaba tapada por espesos nubarrones y en la cuadra, que sabían escasamente iluminada, el muro

que pintarían estaría en penumbras. “Todo está quieto. Deben ser casi las dos. No hay un alma en la calle”, dijo Lalo que llevaba su bolsa del lado de la pared y respiraba agitadamente. Al llegar a la esquina del Instituto vieron al primer campana en su puesto en la parada de autobuses. Habían quedado en que Lalo pintaría la primera parte de la consigna que terminaba en “expulsiones” y Javier al mismo tiempo, a partir de la mitad de la pared, comenzaría con la otra que era tres letras más corta. Apuraron el paso y ya en la vereda frente a la fachada del Instituto vieron al segundo campana. La faja blanca de pared bajo las ventanas de las aulas del primer piso como calculaban sólo se distinguía a escasos metros de distancia. Según lo acordado los campanas se habían desplazado hasta el borde mismo de la vereda para ser mejor distinguidos y si llegaban a cruzar debían dejarlo todo aunque no hubieran terminado.

—Manos a la obra -dijo Lalo con voz firme.

Cruzaron la calle, cada cual con su bolsa. Delante de la pared se distanciaron y empezaron a pintar las consignas con largas pinceladas. La pintura negra resaltaba sobre la blancura del muro. Javier iba más rápido, Lalo con su afán de perfección se demoraba en repasar cada letra. “Ya terminé, apurate Picasso”, lo apremió Javier en voz baja cuando al levantar la vista vio que uno de los campanas atravesaba la calle. “Lalo, el campana está cruzando”, le gritó esta vez, “qué mierda estás haciendo”. “Ya termino”, le contestó Lalo que seguía pintando temerariamente. “Te volviste loco”, le dijo Javier, y como todavía le faltaban dos letras, lo ayudó a terminarlas e inmediatamente patearon las latas y se pusieron a caminar rápidamente en dirección del Comité. “Alguien viene detrás nuestro”, dijo Javier, y estaban atravesando la primera bocacalle cuando sintieron una voz enérgica que les ordenaba: “Alto ahí, alto o disparo”. Los dos muchachos se que-

daron clavados en su sitio. Hasta aquella noche sólo en las películas habían escuchado semejante orden. Lalo hizo el ademán de correr pero Javier lo sujetó con decisión de un brazo. “Querés que te maten idiota”, le susurró sacudiéndolo al tiempo que alguien se acercaba desde atrás respirando reciamente. “Las manos contra la pared”, ordenó por segunda vez la voz y los dos obedecieron en el acto. Sintieron sucesivamente cómo los pateaban para que abrieran las piernas y en seguida la sensación de dos manos expertas que los cacheaban minuciosamente. En aquella posición Javier se animó a torcer levemente la cabeza para mirar de reojo, viendo que el hombre era de su estatura, vestía de particular y llevaba un revólver en la mano. No pudo evitar pensar en la posibilidad que lo fueran a matar ahí mismo contra la pared en aquella noche otoñal fresca y oscura. “Otro joven mártir asesinado”, pensó y por un instante pudo imaginar su ataúd llevado en andas seguido por una multitud silenciosa. “Por lo menos después de mi muerte mi vida tendrá algún significado”, se dijo.

—Ahora van a caminar bien despacio delante de mí hasta la Comisaría -volvió a decir la voz-. Yo les digo por donde. Y nada de mirar para atrás. ¿Lo tienen claro?

Se apresuraron a decirle que sí.

CAPÍTULO VII

En el calabozo había un olor inmundado que lo mantenía recostado contra la puerta desde que el milico la cerró tras él. No se animaba a dar un paso, había moscas zumbando a su alrededor, hacía frío... si al menos pudiera ver algo, pero la oscuridad era total y todavía cuando lo empujaron desde un patio pobremente iluminado no había conseguido distinguir las características del sitio donde ahora estaba encerrado, sólo un hueco negro que no parecía tener fondo. "Malditos milicos", pensó Javier, pero su rabia se desvaneció en el acto siendo sustituida por un sentimiento de ridículo que lo perseguía desde el mismo momento en que fue detenido. Se quedó aún unos minutos más sin moverse, espantando las moscas que planeaban exasperadas en torno a su cabeza, rígido, intentando consolarse con la idea de que no estaría allí por mucho tiempo, diciéndose que al fin y al cabo no era para desesperarse, que debía conservar la presencia de ánimo, que lo más sensato era inspeccionar el lugar para tener una noción de sus dimensiones. Primero extendería sus brazos hacia los costados, así estaba mejor, la anchura del calabozo no llegaba a dos metros. Ahora caminaría hacia adelante, primero un paso, y otro, y otro, y al cuarto su rodilla chocó contra una superficie dura que al tantearla resultó ser un tablón empotrado en la pared. Lo próximo era concentrarse y no pisar la causa de aquel olor. Siguió avanzando con cuidado, los brazos estirados al máximo hacia delante, esperando de un momento a otro encontrar la pared del fondo con el extremo de sus dedos, pero antes su pie derecho resbaló, se hundió y el cayó hacia atrás sin tiempo de poner las manos y amortiguar el

golpe. "Un agujero, esto es una letrina", masculló y maldijo su estúpida decisión de salir de pintada con el poco ánimo que tenía. "Así como estoy, soy un imán para la mala suerte". El golpe había sido muy fuerte y lo había dejado atontado. Le costó unos minutos reaccionar y entonces fue retirando lentamente el pie de la superficie resbaladiza que rodeaba el hoyo descubriendo que le dolía mucho el tobillo derecho apenas lo movía. Al palpárselo sus dedos resbalaron por una sustancia blanda y pegagosa. "Estoy lleno de mierda", pensó mientras el olor lo inundaba descomponiéndolo. Se le contrajo el estómago y una arcada lo dobló por la mitad haciéndolo arrojar un líquido amargo; se sintió mareado y creyó que se iba a desmayar. Haciendo un esfuerzo se sobrepuso y trabajosamente se puso en pie, comprobando con alivio que pese al dolor podía apoyar el tobillo lastimado. Buscó el tablón; cuando lo encontró se tumbo a lo largo del mismo; tuvo que flexionar las rodillas porque era demasaido corto para él. "Tengo que pensar que es sólo por unas horas, los compañeros ya se estarán moviendo por nosotros, todo se va a arreglar pronto". Era cuestión simplemente de conservar la calma, se dijo, debía tratar de respirar con tranquilidad... "Papá estará durmiendo hace horas, roncando plácidamente, pero no mamá, ella estará a su lado esperando, preguntándose por dónde andarán sus hijitos, preocupada y ansiosa, leyendo alguna novelita rosa para mantenerse despierta, luchando contra un cabeceo obstinado, cada vez más frecuente que no tardará en convencerla que ya no puede dominar el sueño y la obligará a levantarse presurosa e ir a la cocina a calentar café. La veo tomándolo sentada, silenciosa, pensando para distraerse en la comida que ordenará mañana, en los quilos demás que el médico le aconsejó que rebajara, en su primo que se le declaró cuando tenía dieciocho años y ella lo rechazó porque ya le había echado el ojo al hijo de un estanciero que estudiaba para abogado. El pobre primo murió la se-

mana pasada, un “tiro al aire” que se casó cuatro veces, y a mamá le vendrán ganas de llorar, y lo hará, y recorrerá el deparamento entre lágrimas buscando sus pastillas para los nervios que siempre guarda en lugares diferentes, y cuando Pablo llegue unánimemente borracho de alguna fiesta, ella le recalentará el café y se lo servirá callada, reprobatoria, tenaz, y Pablo le dirá arrastrando las palabras sólo unas copitas de más mamá, no es para tanto, sólo me gusta divertirme, como a todo el mundo mami, y tomarán café que estará dulce, caliente y todo será tan normal, tan trivial como siempre...”.

Las moscas lo martirizaban empecinadas en posarse sobre su cara. Se incorporó por un instante para sacarse la campera y la usó para taparse la cabeza. “Pablo piensa que soy un estúpido, un santurrón, y lo más grave es que de pronto tiene razón... lo que sí no cabe duda es que soy un tipo patético, inseguro, un débil... ¿qué idea se habrá hecho Claudia de mí?, ¿la del gran revolucionario consustanciado con la causa de los pueblos?, ¿que haría si supiera que estoy aquí?, ¿vendría?, ¿me defendería con gesto impetuoso, vehemente...? Tal vez le ruegue señor comisario déjelo libre, mire que es un muchacho realmente fino, de abolengo, uno de los mejores militantes de la Juventud Comunista, además no se olvide que su padre es un importante hacendado, un abogado renombrado e influyente, en fin, señor comisario, un oligarca de la peor especie”.

Javier tenía la capacidad de aislarse de las situaciones que le resultaban crueles, separándolas como si le sucedieran a otro; así lograba que sus ideas fueran en otras direcciones. Por eso dejando de lado el olor, las moscas y los ramalazos de dolor que le llegaban del tobillo, ya se estaba adormeciendo en medio de palabras y pensamientos oscuros cuando llegó a sus oídos un persistente golpeteo. Eran series de cua-

tro o cinco golpes seguidos que cesaban y a los pocos segundos volvían a comenzar. “Vienen de la pared, están golpeando la pared”. Golpeó a su vez con los nudillos la fría pared y del otro lado le respondieron de igual forma. “Es Lalo”, pensó, “el pobre debe estar como yo... por lo menos así no estamos tan solos”. Repitió aquel diálogo rudimentario varias veces más y reconfortado volvió a cerrar los ojos. Debían ser como las cuatro de la madrugada o más. “¿Cuándo vas a terminar de meterte en política?, hay otras formas más satisfactorias de ayudar a la gente, te lo digo por experiencia, pero no te gastes papá, no ves que es un bolche imbécil, un sabelotodo incapaz de acercarse a una mina. ¿no viste los pasquines para retardados que lee? y por favor señor comisario, entiéndame, soy su madre, prométame que tendrá cuidado con lo que le dan de comer, mire que los mariscos y el chocolate lo hacen brotar todito”. Javier ya no sentía los golpes esporádicos de Lalo. Se había metido lentamente en un sueño de frases entrecortadas, donde su propia imagen parecía irse diluyendo hasta desaparecer en otra más atractiva, atemporal, ubicua, sin puntos de referencia con la que todos los días en la vigilia proyectaba hacia los demás. Súbitamente se encontró sentado en el comedor de su apartamento y había varias personas hablando mientras almorzaban. De lo poco que pudo recordar después, cuando despertó, fue que esa gente le era completamente desconocida. Tenían diversas expresiones pero lo que él adivinaba en todos ellos, y por eso los observaba con recelo, era una siniestra complicidad en su contra. Bruscamente una de las caras arrojó un vómito rojizo con restos de alimentos sobre las demás y todas se pusieron a gritar al unísono, a insultarse ferozmente. Javier también se sintió salpicado por el vómito y corrió durante lo que le parecieron horas hasta que la escena cambió y se encontró de repente sumergido en un espacio luminoso que se parecía a los valles perfectos de los posters publicitarios. Respirando a pleno pulmón un aire purísimo avanzó hacia un arroyo en el

que reverberaba el sol a tal punto que lo cegaba su intenso resplandor. Fue ahí cuando vio, como si saliera del agua, de toda aquella luz, a una mujer bellísima que a pesar de ser muy joven reconoció como su madre. Estaba totalmente desnuda y lo miraba sin demostrar ninguna emoción, como un zombi de una película de terror, pero cuando habló, lo hizo con un tono imperativo y sus ojos se fijaron en él pareciéndole que su mirada lo recorría como un incendio. Maravillado, descubrió en él un temor y una ansiedad que no experimentaba desde que era un niño pequeño. Ante sí había alguien cuyo poder era capaz de aniquilarlo u otorgarle en forma benevolente la posibilidad de existir. “Te he elegido entre todos los demás”, dijo la mujer-madre, y repitió como si fuera algo que no debiera olvidar: “Entre todos los demás”.

El sueño se desvaneció con el chirrido de la puerta al abrirse, un vozarrón prepotente lo despertó del todo y torpemente se puso en pie: “Afuera que el comisario te quiere ver”. La luz del día se metió de lleno inundando el calabozo y tuvo que restregarse los ojos. Tenía frío y tiritaba. Era increíble que hubiera podido dormir tanto. El milico lo observaba con escaso interés pero al fijarse en sus zapatos volvió a hablar en el mismo tono: “Pero estás todo lleno de mierda... A ver seguime”. Javier obediente lo siguió, poniéndose la campera, hasta un baño mugriento en cuya pileta introdujo uno tras otro los pies y las piernas y dejó que corriera el agua mientras limpiaba, luchando contra las náuseas que lo invadían, la mierda pegoteada de sus pantalones y zapatos, con el trapo, cepillo y jabón que el milico le había facilitado. Luego se lavó las manos y la cara y se secó con una toalla sucia que había colgada de un clavo. Apurado por el milico lo siguió esta vez hasta el despacho del comisario.

Su padre estaba sentado de espaldas a él conversando

con el comisario. Apenas lo vio, éste le hizo una señal amistosa para que se aproximara. Su padre se volvió y pudo ver en sus ojos una chispa de furia que lo hizo desviar la mirada en el acto.

—Hola -dijo Javier con voz apenas audible.

—A ver cabo, acérquele un asiento al muchacho -dijo el comisario con el rostro sonriente en el que bailaban un pequeño bigote y una gran papada. El cabo le acercó con desgano una silla que estaba en un rincón de la habitación y Javier se sentó a una distancia prudencial, a la derecha de su padre-. Así que resultaste ser el hijo de Pablo. Recibí unas llamadas a primera hora preguntando por la situación tuya y la de tu compañero, y al oír tu nombre se me ocurrió que podías ser el hijo de mi amigo. Me dije, ¿Javier Arana?, y recordé que alguna vez habíamos comentado con tu padre que teníamos hijos con el mismo nombre. Entonces me fijé en tu cédula y al ver el apellido de tu madre lo llamé enseguida. Nos conocemos hace mucho con tu papá, aunque él es rico y yo soy pobre. -El comisario lanzó una risa estentórea para festejar la ocurrencia-. Jugábamos juntos al fútbol cuando tu viejo estuvo practicando en Wanderers y también me ha tenido como cliente en más de una ocasión.

Javier podía ver de perfil la cara perfectamente afeitada de su padre, sus manos entrelazadas sobre el gabán azul que descansaba doblado sobre sus rodillas, su mirada que iba del rostro del comisario a la punta de sus lustrosos zapatos negros. Vestía un fino traje gris, camisa blanca, corbata azul con delgadas rayas rojas. Si bien no le había dirigido la palabra desde que se sentó, por la mueca de desagrado que no disimulaba cuando miraba de soslayo hacia donde él estaba, era seguro no sólo que estaba enfadado con él, sino que había visto sus pantalones y zapatos mojados y olfateado el

tufo a jabón y mierda combinados que despedían.

—En cierto modo es lamentable que hayas tenido que pasar por esto -prosiguió el comisario-. Pero recién le decía a tu padre que hay que tomarlo como una advertencia recibida a tiempo.

Dicho esto hubo algunos segundos de silencio y el comisario retomó la palabra preguntándole al doctor por el resto de la familia y de ahí la conversación derivó a otros temas actuando los dos como si Javier no estuviera presente. “Entre todos los demás... No sé por qué pero no parece una frase muy alentadora. Más bien indica un peligro, una amenaza”. La impresión del sueño que había tenido en el calabozo había sido lo suficientemente fuerte para que aún lo recordara. De todos modos, a pesar de lo sugestivo que pudiera ser, se dijo que era inútil y arbitrario tratar de interpretarlo porque los sueños eran puro caos. Un golpe en el escritorio y una carcajada del comisario lo sacaron de sus pensamientos.

—Bueno no te quito más tiempo con mis anécdotas, Pablo -dijo el comisario poniéndose de pie-. Espero que la próxima vez nos encontremos por un motivo más grato-. Y dirigiéndose a Javier en tono paternal -: Y vos chiquilín, a ver si no le das más problemas a tu viejo. Usá un poco la cabeza y olvidate de los bolches.

El hombre estrechó las manos del doctor y las de Javier sucesivamente y los acompañó hasta la puerta del despacho.

—Perdone -dijo Javier de improviso-. ¿Puedo saber qué va a pasar con mi amigo... el que está en el calabozo?

— No te preocupes -contestó secamente el comisario cam-

biando su semblante amable-. A ese lo soltamos en cuanto vengan sus padres a buscarlo.

El doctor había hablado lo imprescindible con el comisario y ahora estaba silencioso. Se había puesto el gabán y aflojado la corbata para desabrocharse el cuello de la camisa. Su cara tenía una expresión de disgusto y su respiración era ronca y entrecortada. "Está avejentado, le cuesta respirar... debe estar furioso.

Parece que esta vez no habrá sermones ni discursos. Sabe que así es peor". Salieron de la Seccional y ya en el auto Javier incómodo y atormentado dijo algo que al instante se reprochó pero que lo hizo sentirse mejor.

—Lo lamento papá, no pensé que te iban a molestar, no sabía...

Pero el doctor no le contestó ni lo miró siquiera. Durante todo el trayecto permaneció en silencio lo que hizo que a Javier le pareciera eterno. "A pesar de las ganas que tiene de matarme maneja despacio, frena con prudencia en los cruces y se detiene puntualmente con las luces rojas de los semáforos".

Fuera del auto el tráfico era todavía escaso, lo normal para un sábado temprano en la mañana. Cuando llegaron al Centro tomaron por una calle paralela a la avenida principal, y el sonido característico de fondo hecho de motores en distintas marchas, traspasado de bocinas y chillidos de frenos, se hizo más denso. Algunos comercios estaban abriendo sus puertas, los kiosqueros ordenaban sus revistas y periódicos en las esquinas: el centro de la ciudad se desperezaba acelerando a cada momento su ritmo. Javier no podía saberlo ni nunca lo sabría, pero mientras los coches los pasaban rasantes por la izquierda, la mente del

doctor, dejando en suspenso su enojo, corría con devoción tras la joven desnuda que hundía su cabeza entre los muslos de una espléndida adolescente; y al mismo tiempo que dominaba el volante y miraba empecinado a través del parabrisas un punto indeterminado en la calle, ellas, ya estaban besándose enardecidas, frotaban sus vientres lascivos y descontroladas, pero para Javier él era sólo la imagen de un padre disgustado con su alocado hijo que, con la mano derecha un poco temblona, se llevaba un cigarrillo a los labios tras cortos intervalos en los que el humo ascendía remolineando por la curva del cristal. Cuando estacionaron y Javier abrió la puerta para bajar del auto, el doctor le dijo con aspereza: "Entrá al bar de la esquina y pedí lo que quieras. Yo voy a tu cuarto y te traigo ropa limpia para cambiarte. Tu madre no durmió en toda la noche. Por suerte atendí yo cuando llamó el comisario y no se enteró de nada. Le dije que llamaste para avisar que te quedabas en lo de Lalo", y como Javier indeciso amagó a hablar se le adelantó diciéndole: "Qué estás esperando, apurate que no tengo todo el día. Ahora no es momento de conversar".

El doctor no se bajó enseguida, y en tanto su hijo se alejaba en dirección al bar, permitió que volvieran aquellas imágenes que guardaba con tanto fervor, que para él representaban muchísimo más que la primera aventura de un hombre respetable y viejo. Vertiginosamente, como si estuviera caminando al borde de un abismo, volvió a verlas y a verse a sí mismo acechando a una corta distancia de la cama, esperando una señal que no llegaba, y cuando no pudo dominarse más se había acercado, arremetido, pero al tratar de separarlas ellas se habían resistido protestando sordamente, gimiendo, hasta que en vez de rechazarlo lo atrajeron, y él pudo al fin tocar, besar, penetrar, llegar conteniéndose al umbral de una nada irresistible, manteniéndose ahí, lo más posible, hasta que el tiempo y el espacio vacilaron, hasta que la desesperación que lo impulsó en

vilo y vivo al fin, a ese punto, tembló herida de muerte dejándolo abandonado, burlado y ridículo en la penumbra de la habitación, mientras las mujeres habían enlentecido sus caricias y él las observaba sin pasión, como entonces desde el auto a la silueta de Javier que desaparecía en el interior del bar, otra vez hueco, vencido.

Segunda Parte

CAPÍTULO I

Evidentemente Javier era diferente a él. Por más que entendiera que ninguna persona tenía las mismas experiencias que otra a pesar de tener la misma educación, a su criterio ya eran distintos por naturaleza. No es que quisiera decir con esto la tontería de que el destino estuviera marcado en sus genes, pero estos sin duda influyeron. Para Pablo no era casualidad que todos los años su hermano fuera el primero de su clase y saliera en el cuadro de honor con las felicitaciones del Superior. Los curas lo creían poco menos que un genio y su madre afirmaría más tarde, en más de una ocasión, que si no lo hubieran echado a perder los comunistas habría llegado a ser una persona notable. Definitivamente era el orgullo de la familia e invariablemente lo elegían para recitar en la fiesta de fin de curso, para llevar la bandera en los desfiles, para leer desde el púlpito el Evangelio durante la misa de los viernes. Todos le auguraban un brillante futuro y él se sentía algo así como su obtuso perro guardián ya que sus padres le repetían constantemente: "Cuidá a tu hermano, vos que sos el mayor".

Pablo no sabía exactamente lo que había pasado con Javier al terminar el liceo, cómo se desbarrancó de esa manera, pero sospechaba que todo empezó en aquellas reuniones con la gente de la parroquia. El sabía bien de qué cosas se hablaban allí porque una vez lo invitaron y fue pensando que podía levantarse alguna minita, pero no señor, en esas reuniones sólo se trataban de temas profundos y las mujeres que iban allí le hacían recordar a una tía suya que no se perdía un velorio y siempre estaba a la expectativa de

algún acontecimiento desgraciado. Esas tipas eran parecidas, para que se interesaran por alguien por lo menos el sujeto debía tener algún drama existencial que comunicar o en su defecto haber intentado suicidarse un par de veces.

En aquellos verdaderos conciliábulos se hablaba de los pobres y se denunciaban las injusticias sociales, se atacaba al gobierno y se fomentaba la intoxicante idea de que los cristianos debían comprometerse con la sociedad tomando partido por los cambios que proponía la izquierda marxista. No podía ser pura casualidad que fuera justamente en tal época en que Javier cambió su conducta volviéndose huraño, arrogante y discutidor. Por ejemplo su papá, que era simpatizante del Partido Colorado (por más que nunca había querido militar en política), tenía la costumbre de leer el periódico en voz alta durante la sobremesa haciendo comentarios sobre noticias de diversa índole. Estaba acostumbrado a que el resto de la familia no lo escuchara y más que nada lo hacía para sí mismo o tal vez imaginando un complaciente auditorio. Por eso fue una sorpresa que de un día para otro Javier interrumpiera atrevidamente sus soliloquios. Cuando lo que leía su padre tenía algún parentesco, aunque sólo fuera lejano, con cuestiones sociales o políticas el insolente emitía su opinión, y por más que a su papá esto no lo hubiera alarmado al principio, de pronto sintiéndose orgulloso de tener un hijo tan inteligente al que era preciso orientar, cuando las opiniones de Javier fueron empeorando tornándose más tajantes y agresivas no pudo menos que preocuparse. ¿Qué le estaba pasando a su hijito menor que ahora le daba por defender con tanto ímpetu los postulados de los comunistas? Primero fue con la reforma agraria en cuya defensa daba cifras y porcentajes proclamando inmoral el latifundio por generar pobreza y ser una traba para el desarrollo del campo. Después, por más que manifestaba no estar de acuerdo con recurrir a las armas dadas "las condiciones objetivas", defendía a ultranza

los fines que perseguía la guerrilla tupamara declarando que era la violencia de las injusticias lo que generaba la violencia política. Al final luego de un breve proceso terminó como Fidel Castro y se confesó abiertamente marxista leninista dejando a sus padres al borde del colapso.

Pero lo más triste del caso, pensaba él, no era el histerismo revolucionario que se había apoderado de su hermano, sino que también su papá fue variando gradualmente su conducta. Inicialmente armaba sesudos discursos contra el comunismo denunciándolo como un sistema totalitario donde el patrón absoluto era el Estado, donde la gente no tenía posibilidades de elegir ni disentir, donde al ser abolida la propiedad privada la iniciativa individual no existía y eso empobrecía a las personas en todos los aspectos quitándoles lo máspreciado que era su libertad en beneficio de una utopía que en los hechos, por desconocer la naturaleza de los hombres, se había transformado en los países en que dominaba en abominables dictaduras, etc., etc. Pero como sus laboriosas argumentaciones Javier las interrumpía acaloradamente exponiendo sobre las leyes de la historia, la lucha de clases, la forma en que la burguesía manipulaba el poder político, enrostrándole que la libertad de la que tanto hablaba era una mentira burguesa, que era libertad para ser explotado, para pasar hambre, su papá en vez de tomárselo con calma como hubiera hecho por ejemplo frente a las argumentaciones de otro colega en un juicio, no, con su hijo se enfurecía, con su hijo vociferaba, le gritaba que era un ignorante, que no sabía nada de historia, que le habían lavado el cerebro, y como Javier se mantenía contestatario y desafiante, llegaba a perder totalmente la línea amenazándolo con echarlo de casa para que se fuera a vivir con sus maravillosos camaradas y en varias ocasiones estuvieron a punto de irse a las manos.

A Pablo le costaba entender cómo su padre, un hombre

lúcido, culto, un abogado, no se daba cuenta que ese acné mental que sufría su hermano no duraría, que era una fantasía que la realidad se encargaría de destruir, que con paciencia, sin tomarlo en serio, sin atacarlo o perseguirlo, impediría que asumiera un papel de víctima que haría la cura más difícil. Por eso él le tomaba el pelo cuando le venía a recitar con tono sabihondo algo recién aprendido en esos libros bolcheviques que devoraba como si encerraran la verdad revelada. “¿Javier, es cierto que Marx y Engels eran pareja? ¿Es verdad que si uno es un cerdo capitalista se va derecho al infierno?”, y el muy insulso ni una sonrisa. “A vos no te importará de nadie, pero algún día te vas a dar cuenta que tu vida es una mierda y va a ser tarde”, le había dicho una vez. Y él pensaba qué melodramático, qué conocedor del alma humana, y sobre todo qué necio se había vuelto su pobre hermanito. Más adelante, tenía que confesarlo, él también llegó a molestarse y tuvieron algunos enfrentamientos, pero no por sus ingenuas ideas, ni porque lo tratara con esa desafiante y absurda superioridad que daba pena, sino porque el clima familiar se había trastocado y sus padres vivían envenenados pensando que el nene iba a arruinarse la vida. Esto sí que lo fastidiaba, y no es que fuera o pretendiera ser un modelo para nadie, pero por él sus padres no tenían miedo, sabían que terminaría siendo razonable pese a cualquier desvío transitorio, pero en cuanto a Javier sentían que estaba fuera de control.

Una vez dejaron de hablarse durante meses y todo porque pensó que su hermano se había ido a la estancia con sus padres y la casa estaba libre. Con el flaco habían llevado dos minas y estaban gozando de la buena vida todos desnudos en unos colchones tirados en el piso del living, tomando el whisky de su papá y fumando un poco de marihuana comprada por el flaco, cuando apareció. En el momento que descubrió su presencia, Javier estaba obser-

vándolos mortalmente pálido desde el umbral de la puerta con una expresión de espanto. El se sintió bastante cohibido, pero prestamente se incorporó y cuando pretendió hablarle Javier se dio media vuelta y lo dejó con la palabra en la boca. Así como estaba, desnudo y bastante mareado, corrió tras él, y al alcanzarlo en el pasillo que llevaba a la escalera balbuceando le dijo sin segunda intención: "Che Javier, ¿qué te pasa?, ¿no querés fumarte uno?". Pero a Javier al parecer no le cayó en gracia su invitación porque al darse vuelta lo miró con tanto odio que Pablo sorprendido, instintivamente retrocedió. "No tenés vergüenza borracho y fumando esa mierda, trayendo a esas putas a casa. Sos una porquería de tipo, habría que...", le espetó Javier en plena cara. "Habría qué, tarado de mierda, a ver decime", le gritó él, ya totalmente despabilado, rojo de ira. Entonces su hermano que se había quedado mirándolo sin pestañar, retándolo, hizo un movimiento con los labios y algo húmedo y tibio se estrelló contra su cara a la altura de la mejilla. Si hubiera podido pensar de repente sólo lo hubiera agarrado por el cuello, sacudido e insultado, pero en aquellas circunstancias reaccionó brutalmente derribándolo de un puñetazo y en el suelo le siguió pegando con fiereza, completamente enceguecido y menos mal que llegó el flaco, que con mucha dificultad consiguió apartarlo de su hermano, porque no sabía adónde podría haber terminado aquello. Javier había quedado aturdido en el suelo, tirando manotazos al aire incorpóreo, con los ojos tumefactos y sangrando por la nariz. Viendo que la situación estaba fuera de todo cauce, con él que seguía fuera de sí, el flaco lo llevó empujándolo a un pequeño depósito contiguo al living procurando que se calmara. "Basta Pablo, ¿qué querés, asesinarlo? Mirá como le dejaste la cara, no ves que está conmocionado, que no se puede levantar. Ahora vamos a tener que llevarlo a un médico", le dijo, y él le contestó gritando: "Llévalo vos si querés, por mí que reviente. ¿Quién

piensa que es ese pendejo de mierda para escupirme?”. “Ya sé que tu hermano es de otro planeta, viejo, pero eso no quiere decir que lo puedas matar”, dijo el flaco palmeándole la espalda. Se sentaron en dos sillas destartaladas y estuvieron sin hablarse unos minutos. Cuando al flaco le pareció que los ánimos se habían apaciguado, le preguntó si estaba mejor, y al obtener un cabeceo confirmatorio de su parte le propuso volver al pasillo donde vieron que Javier intentaba incorporarse. El flaco lo ayudó y lo acompañó hasta el baño frente a la escalera, donde Javier le dijo que gracias, que estaba bien, que lo dejara solo y se encerró con llave. Ellos volvieron al living donde las mujeres que habían presenciado todo el espectáculo estaban vestidas y decididas a marcharse. A duras penas las convencieron para que se quedaran asegurándoles que todo estaba bajo control y que el muchacho al que Pablo le había pegado era un hermano lunático pero inofensivo que ya no molestaría. Mientras encendía un resto de cigarrillo apagado el flaco le manifestó con cara de preocupación que lo mejor sería que fuera hasta el baño para ver cómo estaban las cosas. Al volver le contó que había pegado el oído contra la puerta sin poder escuchar nada y que al preguntarle en voz alta si se encontraba bien no había recibido ninguna respuesta. “Siempre el mismo animal. No sabés contenerte. Si le pasó algo qué hacemos, ¿eh?”. El flaco estaba totalmente en lo cierto, pensó él, pero tampoco tenía por qué tolerar que Javier lo insultara así y encima lo escupiera santamente indignado por una situación que a él no debería molestarlo porque no era asunto suyo ni lo perjudicaba al muy enfermo. En ese momento oyeron abrirse la puerta del baño, unos pasos precipitados en la escalera que llevaba a la planta baja, y después de un breve silencio la puerta de calle se cerró con estrépito. “Volvamos a lo nuestro”, dijo el flaco tratando de sonar entusiasta, pero el daño estaba hecho y aunque lo intentaron al rato reconocieron que ya no esta-

ban de humor para la diversión, así que despidieron rápidamente a las minas y se dedicaron a vaciar lo que quedaba de la botella de whisky. Esa noche Javier no había regresado, pero al otro día a la hora de la cena apareció con los ojos hinchados y una curita sobre la ceja izquierda y con gran gallardía explicó a sus padres que la noche anterior una patota lo había asaltado para robarlo, y después de confirmar que no llevaba encima ni un peso lo habían golpeado de aquel modo.

Pablo estaba seguro que una buena parte de la culpa de lo que le pasó a su hermano la tuvieron los curas. Tanto pecado, tanto amor al prójimo, y al final lo habían atontado. Los curas y su madre malcriándolo lo convirtieron en un rebelde que no sabía lo que le convenía. Porque si uno se ponía a pensar, ¿acaso todo el mundo no ambicionaba lo mismo? Por más que no lo admitieran, ¿no querían todos a distintos niveles poseer, conquistar y dominar personas y cosas? ¿No era así la naturaleza humana? ¿Acaso los deseos, hasta los más complejos, no perseguían de alguna forma un interés egoísta? Por lo tanto de qué avergonzarse, ¿por qué inculcar tanta virtud, tanta moral si todas las acciones eran de la misma naturaleza? Era un error y poco práctico además montar un tremendo aparato de ideas sobre tanta mentira. Lo que conseguían las ideologías, los dogmas y todas las ideas disparatadas que pululaban por ahí era confundir a los instintos haciéndolos incontrolables y peligrosos, y aunque de pronto este fuera un pensamiento muy simple, ¿la historia del mundo no lo confirmaba con numerosos ejemplos? A ellos en particular les había tocado vivir un período en que muchos fueron atrapados por la mística de la revolución comunista. Para su hermano era mucho más estimulante convertirse en un Mesías, en un émulo del Che Guevara, que en un simple abogado como su padre. Tampoco se podía descartar que se sintiera

culpable por pertenecer a una familia acomodada de clase alta cuando tantos lo pasaban tan mal. Comprometerse políticamente en tal caso significaba para él calmar su conciencia, pero al mismo tiempo lo transformaba ante los demás, y también ante sí mismo, en una especie de enviado que se dignaba a descender desde alturas resplandecientes para terminar con las injusticias del mundo. Y como cualquiera a esas edades tendría deseos normales, ganas de tener una mujer, necesidad de independencia, un cierto afán de aventuras; después de todo era comprensible que la vida en su casa le resultara insoportablemente aburrida al igual que la lejana perspectiva de una profesión universitaria que le proponían sus padres. Si se juntaban todos esos elementos la explicación de lo que lo había llevado a militar con los comunistas siendo un "señorito" era bien clara: por orgullo y también como una salida, como un desahogo, pero no por altruismo. Conociéndolo, podía decir que su posterior desertión era también comprensible: su hermano no era un típico creyente, era demasiado intelectual, y como sus contradicciones lo llevaban a pensar más que las personas comunes, se obsesionaba hasta la neurosis cuando algo no se correspondía con sus esquemas y eso a la larga fue minando su voluntad de militar. Si había fracasado estrepitosamente en su intento de convertirse en revolucionario había sido porque la duda no era un defecto admisible para los que pretendían consagrarse a una causa. A Javier le faltaba el ingrediente sin el cual las dudas corroen las más febriles y candorosas creaciones del espíritu, o sea, la fe. El creía que por eso mismo no hubiera sido necesario que la democracia comenzara a tambalearse para que su hermano abandonara la militancia. Cuando los militares dieron el Golpe de Estado en el 73, ya hacía algún tiempo que estaba alejado de la actividad política, hasta había reiniciado sus estudios abandonados cuando lo expulsaron del Preparatorio (con el consiguiente bene-

plácito de sus padres que daban gracias al cielo por haberlo rescatado de las garras del mal), y una tarde lo había sorprendido caminando por la calle de la mano de una preciosa rubiecita que luego, cuando la presentó, resultó llamarse Claudia. ¿Quién podía poner en duda ya, con tales avances, que la paz había vuelto de la mano del hijo pródigo?, pero la esperanza les infundió tanta confianza como les quitó sagacidad para entender un principio elemental: que ningún cambio importante en la vida se producía sin que el pasado dejara secuelas, sin que un proceso doloroso trastornara la nueva conducta adoptada. El propio flaco Marcelo con mucha perspicacia se lo advirtió: "Esto no puede durar demasiado, acórdete. No creo en los cambios radicales". Y lamentablemente su pronóstico había resultado certero. Sin embargo ese período de estabilidad en la vida de Javier duró mucho más de lo que las palabras del flaco hacían prever: alrededor de tres años.

Un tipo particular su amigo el flaco, no sería un gran pensador pero a veces demostraba una gran sabiduría. Pablo encontró en él a un verdadero amigo y le agradaba recordarlo porque siempre disfrutó de su compañía. Si tuviera que definirlo diría que como el resto de las personas el flaco era muchas cosas pero ante todo se destacaba por su simpatía y por ser experto en relaciones públicas. En una de las contadas ocasiones en que habían perdido el tiempo filosofando, su amigo le dijo que era inútil buscarle un sentido a las cosas, que a lo máximo que podían aspirar en este mundo era a gozar lo más posible, para lo cual se debía aprovechar al límite cada oportunidad, cada momento, ya que cuando uno se quería acordar la juventud se había evaporado y la parca ya andaba al acecho con su afilada guadaña. Para cumplir ese objetivo se necesitaba dinero y si uno podía obtenerlo con el menor sacrificio posible mejor. Esos eran en resumidas cuentas sus pensamientos,

muy graves y espirituales por cierto, pero la verdad es que su amigo no lucía extenuado como podía esperarse de alguien que ha realizado semejante esfuerzo mental, pues, sin darle tiempo a que se recreara con su metafísica pasaba directamente a contarle sobre la última hembra que se había levantado o de un famoso corredor de Fórmula Uno que había cambiado de escudería. Además era un verdadero libidinoso: no sólo le gustaba hacerlo sino observar mientras otros lo hacían. Cuando alquilaron el bulín, que era un pequeño departamento de un dormitorio en el Buceo, a media cuadra de la playa, con la plata que aportaba el viejo del flaco mensualmente, su amigo se escondía en el placard y él tenía que ejecutar un show completo de poses sobre la cama y establecer con la mina diálogos propios de una película porno para divertirlo. “Sos un animal”, le decía. “Las matás. Si todos fueran como vos volveríamos a la época del Imperio Romano”.

No obstante su morbosidad tenía sus límites, mejor dicho el flaco tenía sus límites, y esa cualidad que felizmente poseía les había evitado más de un problema. Por ejemplo una vez se llevaron al bulín una tipa que se levantaron en un pub; estaban los tres pasados de alcohol y se habían desnudado en el diminuto living del departamento. El flaco había sacado de la heladera una botella de champán francés y la vaciaba encima de la mina empapándola, mientras él le lamía las tetas diciendo que era un crimen desperdiciar esa delicia. Ella se reía a carcajadas y ya la estaba empujando lentamente hacia el dormitorio cuando el flaco, que en el pub le había susurrado que la tipa estaba “sonada” y era famosa porque le gustaba que los machos le movieran el esqueleto, dijo en voz alta guiñándole un ojo: “Yo creo que a esta nena habría que darle un escarmiento por ser tan mala”. Así que él, como bromeando, le siguió el juego al flaco dándole unas cachetadas suaves a la mina, pero después todo se había nublado en su cerebro y sólo

recordaba que le dolían las manos y ella aullaba histéricamente con la cara ensangrentada, en tanto el flaco, delante de sus ojos, le gritaba que la estaba lastimando en serio. “¿No dijiste que le gustaba?”, le había dicho, pero la tipa tenía un labio partido y algunos moretones y estaba chillando que iba a hacer la denuncia a la policía. Su amigo tuvo que emplear toda su capacidad de persuasión para que desistiera, pero por las dudas, antes de irse, la habían amenazado que si llegaba a contar algo también ellos le podían decir a sus desinformados papis lo escandalosamente puta que era su hija. “Pensar que yo te eduqué”, le dijo el flaco riéndose cuando se quedaron solos. “A veces tengo remordimientos porque he ayudado a engendrar a un verdadero monstruo”.

Algunos años después de conocerse su amigo le presentó a Víctor, un primo lejano que había vivido en Estados Unidos. Era un tipo de mundo con mucha pinta, un vividor que siempre se las ingenió para zafarle al laburo, pero la ingrata suerte le había vuelto la espalda y en ese momento hacía un año que estaba en el Uruguay sin posibilidad de retorno, luego de cumplir una condena en Los Angeles por un asunto relacionado con drogas. Aquel incidente había cambiado radicalmente su vida y a los cuarenta y tantos años se había visto obligado a vivir a costa de sus padres jubilados, y por más que no lo admitiera y de continuo estuviera fantaseando con proyectos millonarios (cuando en realidad muchas veces no tenía ni para pagarse un taxi y lo poco que conseguía era lo que podía sacarle a sus viejos), estaba irremediabilmente venido a menos. Les contaba que todas las noches se embetunaba el cutis con cremas hidratantes para mantener su piel lozana, pero su rostro maduro ya no congeniaba con su cabello teñido prolijamente de negro. Su única esperanza, según el flaco, era encontrar alguna vieja con plata o que sus ancianos progenitores aban-

donaran aquel ingrato mundo para poder vivir de las rentas de algunas propiedades que estos tenían alquiladas. Mientras tanto, no carente de buen gusto y cierta sofisticación, se contentaba con aparentar, con su prestancia y caradurismo habitual, que su carrera de play boy estaba intacta pese a los reveses con el Tío Sam. Para eso mentía constantemente, mentía sobre dinero, sobre mujeres, sobre sus relaciones con personas importantes, y a Pablo le parecía que él mismo había llegado a convencerse de sus historias y vivía en una completa irrealdad. De cualquier forma, pese a ser un perfecto imbécil, ellos lo soportaban porque tenía contactos que les eran valiosos. Se movían en un submundo (en el que era el rey indiscutible, creador de fantasías y más que nada alcahuete) de bohemios, veteranos adinerados, maricas refinados con alguna pasta, prostitutas de cierta categoría, mujeres de todas clases que se acercaban atraídas por la fama de las fiestas de Víctor, además de oportunistas de diversa índole entre los que se encontraban. Ese ambiente nuevo para ellos se les hizo imprescindible porque se convirtió en una fuente inagotable de lo único que les importaba en aquel entonces: el sexo femenino. A esa altura, el flaco libre de toda presión familiar prácticamente se había mudado para el bulín, mientras que él se devanaba los sesos para justificar cada noche que no dormía en su casa. Lo peor era que pasaban los años, había abandonado los estudios en preparatorios después de tres años en que siguió rindiendo exámenes de vez en cuando para hacer tiempo, no trabajaba (lo hizo en una agencia marítima de un pariente de su madre pero el ímpetu le había durado un mes), y ni siquiera había tenido la delicadeza de simular que intentaba hacer algo de provecho. Él mismo parecía que se lo estaba buscando, porque no se necesitaba ser vidente para predecir que no estaba lejos el día en que su padre se hartara y tomara una decisión con respecto a su persona, pero en vez de hacer algo

para evitarla o retrasarla, su conducta se asemejaba a la del fanático que aguarda con resignado fatalismo el fin del mundo, convencido no sólo que no hay escapatoria posible sino que si la hubiera ésta no tendría razón de ser. Por fortuna su papá no era muy determinado cuando se trataba de sus hijos; varias veces le había preguntado si le gustaba el campo para trabajar y él otras tantas le había respondido que prefería quedarse en Montevideo; así que pasó un tiempo más en que se limitó a hostigarlo de tanto en tanto con preguntas cada vez más apremiantes acerca de sus planes de futuro (que él se limitaba a contestar con evasivas y promesas de buscarse seriamente un trabajo además de milagrosos exámenes libres), hasta que llegó, como esperaba, la hora del ultimátum: o se encontraba a corto plazo algo útil para hacer en Montevideo o comenzaría un curso en una escuela agraria en el Interior que lo capacitara para trabajar en la estancia. De ahí en adelante su viejo adoptó la postura de no dirigirle la palabra, lo que era de pésimo pronóstico y lo obligaba a limitar sus encuentros a los imprescindibles pasando la mayor parte del tiempo en la casa del flaco o en el bulín. Para rematarla como a su papá ya no podía pedirle plata y menos el auto sin graves riegos de precipitar una resolución, con veintidós años no tenía ni para el ómnibus y se veía obligado a vivir a costillas del flaco que, para no avergonzarlo, había optado por dejarle una o dos veces por semana algunos billetes en una lata que decía "gastos" en la cocina del bulín diciéndole que era para las emergencias y cualquiera de los dos podía disponer de aquel dinero. Si sería buen tipo y excelente amigo ese flaco. Nunca se cansaría de elogiarlo. Si tuviera que elegir una de sus virtudes creía que la más admirable era su hipocresía, porque siendo tan holgazán como él, al maldito simulador jamás lo habían asociado con su vagancia. Realmente disfrutaba haciéndose pasar delante de su familia por el hijo modelo que ayudaba a su

gangsteril pero rehabilitado padre en sus intachables negocios actuales y vivía pendiente de los más ínfimos deseos de su madre. Su propia mamá se lo ponía a la altura de Nacho y Enrique que estaban haciendo Facultad de Agronomía, y el absurdo había llegado al colmo cuando su papá un día lo llamó a su Estudio para pedirle muy seriamente que por favor le hablara a Pablito para que reaccionara, él que era su mejor amigo, y tratara de hacerle comprender las ventajas de seguir con sus estudios y tener una vida más productiva como la que él, refiriéndose al flaco, tenía (se habían reído todo un día de aquello). Por si estas virtudes fueran pocas su amigo además era un especialista en mediar en cuanta discusión se presentara a su alrededor (y naturalmente en las que en una época menudearon en su casa), sin tomar partido por nadie pero dejando la impresión a cada una de las partes que estaba de su lado, con el resultado de que a todo el mundo le caía bien. El pensaba que si bien el flaco gozaba con la comedia que representaba, dado que poseía un agudo sentido del humor y le gustaba divertirse a costa de la tontería ajena, en el fondo no es que fuera un farsante simplemente, sino que a veces había tenido la impresión de que realmente no pretendía otra cosa de la gente que una relación placentera y superficial, donde siempre fuera bienvenido y aceptado, y esa era la verdadera razón para que no se comprometiera con ninguna opinión. El único altercado serio que recordaba haber tenido con él, después de la pelea en el salón de clases, se produjo durante una fiesta en el departamento de un marica amigo de Víctor. Al anfitrión todo el mundo lo conocía como Luisito y era un decorador de renombre de unos cincuenta años, con una abultada cuenta bancaria y un impulso sexual hipertrofiado y orientado decididamente hacia su propio sexo. Víctor ya se los había presentado en otra ocasión y esa noche les había dicho que Luisito tenía un regalo especial para ellos. "Siempre usa la misma

táctica", le dijo Víctor. "Primero les presenta unas minas para hacer amistad y después trata de que ustedes le devuelvan el favor". "Todo depende de los que nos presente", dijo el flaco muy grave, dándole un codazo. "Sí, claro", corroboró él recordando que el flaco le había contado que una vez mamado su primo dejó que Luisito se la chupara. "Un favor no se le niega a nadie, pero vos ya sabés de eso, ¿no Víctor?". Este con su carpeta habitual absorbió el golpe y se limitó a decirles que fueran que iba a valer la pena porque el puto en esas cuestiones no defraudaba a nadie. Así que fueron, y esa noche cuando Luisito les abrió, vestido elegantemente con una camisa de seda verde limón, zapatos y pantalones negros, luego de abrazarlos y besarlos efusivamente, les dijo susurrándoles al oído que tenía algo selecto para ellos, dos auténticas "mantequitas", y arqueando las cejas pareció que iba a decir más pero se limitó a lanzar una risita y pedirles que entraran. Los acompañó a un cuarto donde dejaron sus abrigos y momentos más tarde cuando les presentó a las dos minas tuvieron que admitir que no les había mentido. Una de ellas, la que se llamaba Susana, tendría dos o tres años menos que treinta, era alta, con el cabello rubio y corto, atlética, y llevaba un vestido rosa pálido que le llegaba unos milímetros por debajo de la bombacha. Era la que hablaba por las dos, con una aplomada fluidez que en primera instancia no levantó sus sospechas, por más que le pareció poco espontánea no ocurriéndole como después la palabra "profesional" que lo hubiera aclarado todo. La otra, Laura, parecía no tener más de diecisiete años, aunque había declarado veinte, su pelo castaño le caía un poco más abajo de los hombros y tenía la tez pálida y un rostro extremadamente hermoso; llevaba un vestido tan corto como el de su amiga pero blanco y permanecía sin saber qué decir con una media sonrisa entre desconfiada y temerosa. Más que tímida parecía idiota, había pensado él. Luego de las presentaciones se senta-

ron todos en un enorme sofá color turquesa y una moza de uniforme rojo y negro, joven y atractiva, les trajo bebidas. Al poco tiempo el flaco se reía a carcajadas con la mayor, que ya iba por su segundo whisky, y él había conseguido iniciar una conversación con su amiguita a la que al principio tuvo que sacarle las palabras casi a la fuerza, pero después cuando se fue soltando, con un vocabulario limitado y una pronunciación tosca, llegó a relatarle los pormenores de la angustiosa huida de su hogar, que compartía con una madre y un padrastro borrachos, y de lo buena que había sido su amiga Susana dándole casa y comida (además de un medio para ganarse la vida según se enteró más adelante). A todo esto Luisito se meneaba incansablemente atendiendo a sus invitados, ligero, relajado y locuaz, y de a ratos los visitaba para asegurarse que estuvieran confortables y bien servidos. "Ah pillines, ya veo que han encontrado a sus medias naranjas... no, no, no se preocupen por mí, sigan, sigan...", les dijo en la última de sus visitas y echando los hombros hacia atrás lanzó una carcajada teatral mientras se alejaba para seguir charloteando con el resto de la gente.

El departamento donde estaban ocupaba todo un octavo piso y era tan grande y caro como el de su familia, pero en vez del decorado antiguo de su casa, allí el estilo era ultramoderno. De las paredes blancas inmaculadas del inmenso living colgaban cuadros abstractos de llamativos colores, y la luz provenía de lámparas de pie y algunos globos de vidrio transparente distribuidos sabiamente para crear espacios más íntimos en el vasto ambiente. El piso estaba enteramente cubierto por una gigantesca alfombra azul y en una esquina había un pequeño bar con una estantería repleta de botellas, vasos y copas donde las dos mozas que servían iban a buscar bebidas. A medida que pasaban los minutos la atmósfera pulcra del apartamento

se enrarecía con el aliento y el humo de los cigarrillos. Se oían risas, trozos de conversaciones, resaltando del murmullo de voces que nacía de varios grupos de invitados dispersos por la sala. Como el alcohol ya empezaba a ejercer su influjo benéfico, todos se mostraban muy relajados y sociables. A su lado el flaco, que nunca perdía el tiempo cuando se trataba de mujeres, ya estaba manoseando a la tal Susana, pero él con la tontita, a pesar de haber empleado todos sus trucos no había conseguido avances significativos. Cada vez que le ponía una mano encima o le pasaba el brazo por los hombros se acurrucaba todita y buscaba con la mirada a su amiga que, muy entretenida con el flaco, parecía no interesarse en lo que ella hacía. En ese momento recordó que tuvo la impresión de que el marica había puesto una cara misteriosa cuando había dicho que eran algo especial y se preguntó si no estarían en presencia de una dulce parejita de tortilleras. De todas formas, sin importar lo que fueran, él ya se había encaprichado y no iba a darse por vencido así nomás, así que se limitó a esperar, tratando que ella siguiera hablando al mismo tiempo que se aseguraba que vaciara cada vaso de whisky que él solícitamente se preocupaba en servirle. Por fin fue notando en ella una ligera languidez, una sonrisa más fácil, una gozosa modorra, señales todas que indicaban que podía volver al ataque. Así que al abordarle nuevamente no tuvo problemas para acariciarla y besarla a capricho. Fue entonces cuando se dio cuenta que la amiguita que hasta ese instante los había ignorado, desviaba permanentemente la mirada hacia donde estaban ellos y ya no se reía con las gansadas que decía el flaco. Alguien estaba derrumbando las honestas barreras de su hembra y la disfrutaba fuera del horario de trabajo, lo que no le gustaba nada a la grandísima puta que estaba a punto de reventar de celos. No pudiéndose contener, se levantó del sofá con la excusa de ir al baño y al pasar frente a él se detuvo, y haciendo un

esfuerzo para conservar el equilibrio, le dijo articulando con suma dificultad: "Así que vos sos el hijo del doctor Arana, qué casualidad, ¿no? Hace tiempo que no nos visita tu papito... Antes venía todas las semanas a jugar con nosotras. No sabés lo vicioso que es y cómo le gusta bajar al pozo al viejito". Y para que todo el mundo lo oyera: "Si quieren les hacemos precio especial porque sos el hijo de un cliente, pero nada de usar la mercadería antes de pagarla". Estaba borracha, es cierto, pero eso no la disculpaba. El también había tomado lo suyo y desde el momento que ella había parado de hablar tenía problemas para acordarse de todos sus movimientos sino a grandes rasgos. Si el whisky todavía no había terminado con su lucidez, después de escucharla había desaparecido la poca que le quedaba. Por eso aún le extrañaba verse arrastrando de los pelos a la marimacho sobre la alfombra del marica, gritándole maldita puta, qué te pensás que sos, maldita puta, delante de un concurrido auditorio que no podía dar crédito a sus ojos, mientras la bobita los miraba aterrada, toda encogida en el sofá y se oían los aullidos de Luisito pidiendo que alguien interviniera y otra voz de mujer reclamando que llamaran a la policía. Finalmente el flaco entró en escena procurando sujetarlo por detrás, pero en el forcejeo su amigo tropezó con una mesita y en su caída empujó uno de los globos de luz que se hizo añicos frente a la desolación del dueño de casa. Sólo entonces aunque de mala gana la soltó, y tambaleándose enfiló hacia la puerta principal seguido de cerca por el flaco que rengueaba de una pierna y le gritaba que esperara. Ya estaba fuera del departamento, a punto de subirse al ascensor, pero cuando escuchó que el flaco decía: "¿Te volviste loco, Pablo?, ¿querés terminar preso?, ¿qué te importa lo que haga tu viejo por ahí?", se dio media vuelta y tomándolo de la camisa lo levantó del suelo y lo aplastó contra la pared del descanso mientras le mostraba los dientes como una fiera. "No te atrevas a nombrar a mi

padre, imbécil. Si a vos no te importa del tuyo a mí sí", le gritó, y enseguida lo soltó y se metió en el ascensor. Momentos más tarde salía al frío invernal en mangas de camisa sin importarle haber dejado la campera en el departamento del marica. Estaba tan ofuscado que no sentía el cambio de temperatura, las palabras vulgares, insultantes de la mujer, con el inmerecido desprecio que contenían, aún taladraban sus oídos y no lo dejaban pensar. No conseguía entender cómo su padre podía estar mezclado con aquella basura, no podía imaginárselo haciendo el ridículo con aquellas mierdas. Con gusto hubiera matado a la puta, borrado definitivamente ese gesto de burla que tanto le había dolido. ¿Quién se creería que era esa tortillera con cerebro de mosquito para reírse de un hombre mil veces superior a ella? Recién después de caminar un largo rato se sintió más despejado y consiguió calmarse. Todavía mareado por el alcohol volvió a su casa muerto de frío, y, apenas entró en su cuarto, se tiró en la cama sin desvestirse y se quedó dormido. Al otro día lo primero que hizo al levantarse, antes incluso de ir a mirarse las huellas de la resaca en el espejo del baño, fue a llamar a su amigo para excusarse y agradecerle haber evitado un desastre. Este le contestó que no tenía que disculparse con él, que lo único que había intentado era que no se perjudicara por una asquerosa puta. Aquella noche se encontraron en el bulín y fue cuando el flaco le comentó, entre otras cosas, que sus padres pensaban ir a España, donde tenían familiares, en mayo del año próximo, y él también iría. De lo acontecido en la fiesta de Luisito no volvieron a hablar y durante un tiempo todo siguió como siempre. Meses después de aquel episodio, una mañana de ese fatídico 1976, poco antes de los tristes sucesos que se desencadenaron en abril de ese mismo año y enlutaron a su familia, todavía estaba en la cama cuando su padre irrumpió en su cuarto para anunciarle, rompiendo su largo mutismo, que se hiciera a la idea ya que el

próximo mes (estaban a fines de verano) comenzaría los cursos en una escuela agraria del norte de la República. Simplemente le dijo que su paciencia había llegado al límite y lo hacía por su bien, que a pesar de que no era partidario de negarle a sus hijos la libertad de elegir, como él con la edad que tenía no aportaba ninguna iniciativa, permitir que siguiera de vago indefinidamente hubiera sido imperdonable. Pablo que ya se lo esperaba aceptó con resignación la determinación de su padre y se dispuso a obedecer. Hubiera sido absurdo rebelarse y ni por un momento lo consideró. Durante años había hecho una vida que disfrutó pero sabía que tendría a su fin porque no conducía a nada. A su padre le asistía toda la razón: se había convertido en un verdadero vago y no estaba en posición de protestar. Además desde que tenía memoria sabía, no obstante la declaración de su padre acerca de la libertad de elección, que era él y no Javier el que estaba destinado a ocuparse de las cosas del campo. Y a veces se preguntaba si ese destino, que no era otra cosa que la expresión del deseo de sus padres, no había marcado a fuego sus respectivas personalidades. Desde un principio, sin necesidad de ser planeado o discutido, sino como algo conocido desde siempre, parecía decidido que él iría al campo, a criar hijos y hacer prosperar la hacienda, mientras que a Javier, la lumbrera de la familia, le había tocado el papel más difícil: debía convertirse en un profesional prestigioso, querido por todos, en un hombre ejemplar a imagen y semejanza de su padre. Su hermano, por una u otra razón, no estuvo dispuesto a representar su parte, y por esa deserción tuvo que pagar un precio inusitado, un precio que nunca hubiera imaginado.

CAPÍTULO II

—Justo hoy te tenés que ir -protestó Javier.

Claudia se volvió y alargó los labios dibujando una sonrisa conciliadora.

—Lo prometí -dijo incorporándose en la cama.

—¿Pero no te das cuenta del peligro que corrés? -dijo Javier alzando la voz.

—Les dije que iría -replicó Claudia decidida, levantándose. Se puso de pie, se agachó sobre su cartera tirada al costado de la cama, y le dio la espalda, desnuda frente al espejo colgado en la pared. Comenzó a peinarse con movimientos rítmicos e inclinaba la cabeza hacia un lado u otro según los vaivenes del cepillo que se demoraba en su cabello rubio y lacio. Sus pies estaban apenas separados y sus tobillos eran delgados y hacían resaltar sus gráciles talones. Desde allí el armonioso contorno de su figura se elevaba hacia las piernas, quebrándose hacia adentro en las rodillas para luego ensancharse voluptuosamente en los muslos y la firmeza más blanca de las nalgas. Al moverse mostraba por momentos sus pequeños senos firmes con los rosados pezones apuntando graciosamente hacia arriba. ¡Era tan bella! Podía quedarse una eternidad mirándola. Sintió otra vez la desazón y la rabia porque se estaba yendo justo cuando todo era perfecto. Claudia abandonó su imagen y con movimientos rápidos y enérgicos se vistió

y con una sonrisa insinuada, creada para consolarlo, se acercó al borde de la cama para besarlo.

—¿No estarás enojado Javier, ¿no? -dijo frunciendo la nariz.

Javier hizo una mueca de disgusto y se dio por vencido; la besó y ella se fue agitando su mano hasta la puerta y la cerró sin ruido. Desde que se acostaban juntos, hacía algunos meses, aquel hotel se había constituido en el refugio de los viernes. Esas noches eran casi sagradas; allí se sumergían en un ambiente íntimo, lujurioso y la habitación se convertía en un santuario que los preservaba de las inclemencias e incertidumbres del mundo. Por eso le daba rabia. "Ella me tiene perdido y lo sabe... Pero supongo que ella también me quiere y esto la hace feliz... ¡Pobrecito Javier!". Se levantó de un salto de la cama. El calor era asfixiante y el aire estancado en la habitación resultaba irrespirable. Encendió un cigarrillo y se asomó a la ventana desde la cual, encima de los muros que rodeaban un patio con dos claraboyas, se veía un trozo del cielo encapotado. Su rostro se humedeció por las primeras gotas que empezaban a caer. La mayoría de las ventanas que daban al patio tenían levantadas las persianas, las luces apagadas y se oían murmullos esporádicos de conversaciones, toses, risas y elásticos de camas vencidos por efusivas parejas. A Javier le resultaba insoportable la idea de quedarse encerrado en el cuarto esperando a Claudia, así que dejó la ventana, se vistió y descendió a la planta baja en un vetusto ascensor que vibraba peligrosamente.

En el vestíbulo pasó frente al encargado que roncaba sentado en la recepción con la cabeza inclinada sobre el pecho, y al salir a la vereda desierta de transeúntes, quedó inmerso en la neblina violácea que resplandecía alrededor

del anuncio luminoso del hotel. Pegado a la fachada de los edificios, envuelto por una fina llovizna ondulada por suaves ráfagas de viento, avanzó lentamente con el propósito de dar un breve paseo. No lo molestaba mojarse un poco, además le gustaban los días lluviosos. Algunos de sus poemas preferidos tenían a la lluvia como tema. ¿Cómo empezaba aquél de García Lorca?... ah, sí, “la lluvia tiene un vago secreto de ternura...”, recitó en voz alta. Lo interrumpió la estruendosa bocina de un ómnibus y casi tropezó con un bichicome que arrastraba una misteriosa bolsa de arpillera. Siguió adelante e involuntariamente vino a su mente una noche parecida a aquella pero en la estancia. Era extraño porque habían pasado varios años: estaban en el campo cazando y su padre sostenía un farol en sus manos mientras él apuntaba con el rifle a una liebre encandilada a pocos metros de distancia. Estaba totalmente paralizada y enseguida de apretar el gatillo el impacto de la bala la hizo saltar y caer fulminada en su sitio. Su padre lo había felicitado con unas palmadas en la espalda y le prometió que le regalaría un rifle para su cumpleaños. Ahí terminaba el recuerdo y Javier se preguntaba cuál era su importancia para que lo hubiera retenido y justamente apareciera en esos momentos. Alguien señalaría que la alegría por el reconocimiento de su padre dominaba la escena y la determinaba, pero si lo meditaba bien la frialdad para disparar sin importarle en absoluto la suerte del animal y la satisfacción que sintió después, al verlo caer muerto gracias a su puntería se destacaban primero, antes que la felicitación de su papá. Y eran sentimientos como éstos, tan sólidos e incuestionables en su estructura, los que más de una vez le habían dado qué pensar, no obstante suscitarle cierto grado de mala conciencia. Cómo no preguntarse cuál sería su vida si pudiera recuperar algo de esa pureza, o si tuviera otro sentido ético, o simplemente si no lo tuviera. Era un tema fascinante y las posibilidades eran atrayentes.

tes, sobre todo porque muy a menudo su conciencia se comportaba como un fiscal incómodo e implacable haciéndolo perder tiempo y energías en inútiles justificaciones. De todas formas se daba cuenta que todo era muy incierto y peligroso en aquella esfera. ¿Acaso la vida no enseñaba que era un error creerse omnipotente, que el que lo intentaba debía pagar un precio muy elevado? ¿O eran miedos irreales, inculcados...? Durante su niñez y parte de su adolescencia había llegado a envidiar a su hermano Pablo, había deseado ser como él, pensado que no le vendría mal tener por lo menos un poco de su fuerza, de su seguridad para encarar el mundo. Era verdad que durante mucho tiempo lo había odiado por ridiculizarlo y no respetar las ideas en torno a las cuales había logrado afirmar su personalidad, pero últimamente no podía dejar de sentirse como un tonto, no por haberse independizado de su influencia, lo que consideraba natural y positivo, sino por haberlo juzgado poco menos que un demonio desde una estrechísima moral que lo avergonzaba. Ahora sin esas ideas de las que tanto se había jactado, su pretendida superioridad ética había desaparecido y sólo quedaban preguntas y más preguntas y un largo camino que recorrer.

La calle en subida por donde transitaba desembocó de golpe en una plaza cuadrangular rodeada de edificios desiguales. Uno de ellos, la casa de gobierno, estaba fuertemente custodiado por soldados de a pie y en jeeps apostados en las calles adyacentes. En una esquina había una librería y un bar abiertos, y en el centro de la plaza, intensamente iluminado, se elevaba el monumento del prócer a caballo, humedecido y brillante bajo la fuerte luz. La lluvia era una densa cortina de gotas lentas que parecían suspendidas en el aire creando en la plaza una atmósfera de alarmante inmovilidad. "Claudia ya habrá llegado a la reunión. Estamos cerca de fin de año así que ella hará la

evaluación final del funcionamiento de su Círculo en el Preparatorio nocturno con lucidez y precisión... tantas volanteadas, equis cantidad de pintadas, ¿cuatro? nuevos afiliados, un comportamiento ejemplar durante la huelga general posterior al Golpe de Estado, la preparación de una jornada para el próximo domingo donde se leería y discutiría el último informe del Comité Ejecutivo del Partido desde la clandestinidad. Y claro, vendrán otros informes, otras intervenciones, todo muy ordenado, sí, muy científico, pero ya a esta altura es imposible que alguno de los camaradas presentes no hayan tenido tiempo de sobra para deleitarse con sus bien delineadas piernas, y cuando se levante la reunión y todos se preparen para irse, probablemente uno de ellos, el más decidido, seguramente alguno de esos arrogantes dirigentes estudiantiles, haciéndose el distraído se le acercará para conversar sobre lo tratado, la halagará alabando el contenido de su informe y luego, con la naturalidad propia de los grandes líderes, le preguntará si va muy lejos y se ofrecerá amablemente a acompañarla dado lo avanzado de la hora. Casi con seguridad, ella al principio le dirá que no... que no es necesario, que igual iba a tomarse un taxi, pero como él insistirá bromeando, poniéndola al tanto de los peligros que corren las mujeres que se aventuran a andar solas de noche, diciéndole que si algo le llegara a suceder se sentiría culpable toda la vida, ella se reirá y para no desairarlo ni quedar como una pequeña burguesa tonta le dirá que sí, que bueno y entonces el camarada, todavía con la mente puesta en sus hermosas piernas, la llevará por el camino más largo hasta la parada de taxis, gentil y verborrágico, comentando los progresos de la lucha clandestina y la intrínseca debilidad del gobierno militar que no tardará en caer. Tal vez mientras él le habla, ella lo mire sonriente con la misma dulzura que tiene para mí, emocionada por esas convicciones que ya no soy capaz de ofrecerle; tal vez se le erice la piel cuando por casualidad él

con sus manos roce las suyas al encenderle un cigarrillo... tal vez en vez de retirarlas...". Estaba cruzando frente al monumento en dirección a la librería pensando que esas elucubraciones no eran propias de personas saludables, cuando una camioneta de la policía, de esas que llamaban "camellos", surgió de una de las bocacalles y empezó a rodear la plaza. "Si están de razzia no me salvo. Además dejé los documentos en el hotel". Lentamente dio media vuelta y volvió sobre sus pasos tratando de dominarse y caminar con naturalidad. Bajó por la misma calle por la que había subido momentos antes sin animarse a mirar atrás por miedo a parecer sospechoso, rogando que el camello no hubiese girado en la esquina tras él y esperando oír en cualquier instante la voz cascada del altavoz ordenándole que se detuviera. Providencialmente la llovizna cedió paso a un fuerte chaparrón y al ver que se estaba empapando y eso le daba un buen motivo apuró el paso, dejando ya toda precaución, y recorrió a la carrera las tres cuadras que lo separaban del hotel sin detenerse a comprobar si lo seguían. Con un hondo suspiro de alivio entró en el vestíbulo chorreando agua y pasó otra vez delante del encargado que continuaba roncando en la misma posición. Entró al ascensor que dio un brusco salto y lo llevó en cámara lenta al segundo piso. Ya en la habitación se desnudó y se metió entre las sábanas impregnadas con el perfume de Claudia. Más sereno encendió un cigarrillo y volvió a ver y a sentir el cuerpo tibio de la muchacha resbalándole mansamente entre las manos; su boca entreabierta se conmovía con los ímpetus del aire que respiraba anhelosamente, y sus ojos estaban cerrados, como si el placer la hubiera abismado en un mundo subterráneo y secreto. Recordándola desnuda, peinándose frente al óvalo del espejo, lejana y totalmente indiferente al impacto que provocaba su abrumadora sensualidad, inmersa en una indescifrable intimidad que la ambigua relación con su reflejo reforzaba, Javier pensó que

seguramente la vida, cualquiera fuera el destino que tuviera reservado para él, difícilmente sería capaz de ofrecerle momentos tan llenos de profunda belleza, tan reveladores y definitivos, como los que había experimentado en una vieja habitación de hotel aquellas noches en que hasta la propia felicidad parecía al alcance de la mano.

CAPÍTULO III

—¿Por qué no me lo preguntaste antes de decírselo? -dijo Rita. ¿Te creés que soy una desgraciada que necesita que le consigan con quién salir? ¿Quién te pensás que sos para hacer algo así sin consultarme?-. Caminaba de un extremo a otro del cuarto que compartía con Claudia, se retorció los dedos, movía rápidamente la cabeza afirmando y negando, miraba a su hermana furiosa y le repetía -: Sos una atrevida, eso, eso es lo que sos.

—Pensé que si mamá y Cosme se iban a la casa de unos amigos te ibas a quedar sola... No quise ofenderte -dijo Claudia para serenarla. Estaba sentada en la cama, con la espalda apoyada contra la pared. Mientras hablaba observaba el rostro de Rita congestionado por la ira. Es solamente salir a dar una vuelta y distraerse. No creo que eso tenga nada de malo, ¿no? Pero no hay problema, si no querés llamo a Javier para que le diga a Pablo que no podés y a otra cosa.

Claudia había hablado con Javier el día anterior: "Ya sabés que no somos muy compañeros con Pablo, pero si insistís tanto le digo, te advierto que no sé si querrá. Además no se toma nada en serio... está en otro ambiente... no sé si es una buena idea", había dicho él. "Es únicamente para que salga y se divierta un poco. Desde hace tiempo, prácticamente desde que rompió con Ricardo, cuando no trabaja se pasa encerrada en casa. Últimamente le ha dado como una manía por la limpieza... nunca el apartamento estuvo tan limpio como ahora. Estuve pensando y ya que

tu hermano no tiene novia y parece agradable... Además no se me ocurrió nadie más, todos los camaradas que conozco tienen pareja", había argumentado ella.

Rita dejó de pasearse por el cuarto. Se detuvo en el estrecho espacio que había entre las dos camas y se sentó frente a su hermana. El otro mueble que había en la pequeña habitación era un armario de pino con dos puertas y dos largos cajones. Una ventana dejaba vislumbrar entre sus cortinas amarillas parte de un edificio vecino. Por encima de la cabeza de Claudia había un reloj cucú colgado en la pared y Rita pudo ver que faltaban diez minutos para las dos de la tarde.

—¿Qué piensa él? ¿Qué le dijo a Javier? -preguntó Rita que de pronto se olvidó de su enojo y se mostraba interesada.

—No piensa nada, sólo dijo que sí, que no había problema. Es lo único que sé. Javier me lo acaba por decir por teléfono -contestó Claudia y estornudó dos veces seguidas. Tenía los ojos irritados y la punta de la nariz enrojecida y húmeda; con el pañuelo que tenía en la mano se la secó.

—No lo tendría que haber hecho... -dijo Rita moviendo la cabeza con resignación-. Ni siquiera lo he visto una vez, ¿y si es un pesado? Además debe estar acostumbrado a las pituitas, ya sabés cómo son esa clase de tipos... no lo digo por Javier, no me interpretes mal.

—A mí no me desagrada. En realidad no lo conozco bien. Javier no me ha contado mucho de él. Es muy simpático, pero claro, eso no quiere decir nada -dijo Claudia distraída, pensando que la última frase que se le había escapado a su hermana seguramente reflejaba su verdadera opinión sobre Javier-. Es muy buen mozo, un poco más bajo que

Javier, pero más ancho de espaldas, rubio, con los ojos verdes como su padre... muy buen mozo de verdad -recalcó Claudia con toda intención. Y gracioso -añadió-. Siempre está haciendo bromas.

Rita ya no se esforzaba por disimular su interés. La atraía la idea de conocer a alguien como el hermano de Javier, por lo menos significaba salir de la rutina en la que vivía y de paso recuperarse del mal momento que Ricardo le hizo pasar días atrás. Además era una manera de relajarse ya que en su casa estaban todos muy nerviosos, y no era para menos. La semana pasada dos "tiras" habían detenido a Cosme a la salida de la obra en que trabajaba, lo encapucharon, lo metieron en un auto y lo llevaron hasta un lugar donde lo estuvieron interrogando dos días. Lo habían golpeado, picanado, casi asfixiado haciéndole el "submarino", pero él se mantuvo firme, sin delatar a nadie, y cuando ya se había convencido que lo seguirían torturando hasta matarlo, volvieron a meterlo en un auto y lo arrojaron en una calle del Centro. Su madre, como era natural, estaba conmocionada y muy preocupada. Temía que cualquiera de ellas tres pudiera convertirse en la próxima víctima. Rompía los ojos que la dictadura se había consolidado y la represión, pese a las promesas de elecciones nacionales para el año entrante, se hacía cada vez más dura. A todo esto, Ricardo, al que por desgracia había vuelto a ver después de varias semanas y que al igual que su madre y Claudia seguía militando clandestinamente -lo que Rita juzgaba una locura-, parecía estar en su ambiente bajo aquella atmósfera de miedo y acechanzas que se había apoderado del país. Hacía casi dos años que ella había puesto fin a su relación con él, si podía llamarse así a lo que tuvieron, pero Ricardo no perdía las esperanzas. De tanto en tanto iba a visitarla en plan de amistad, aunque invariablemente sacaba el mismo tema, insistente: que lo intentaran

de nuevo, que no fuera caprichosa, ¿acaso tenía otro? Y ella otra vez obligada a repetir las mismas palabras, casi los mismos gestos: que no eran afines, que lo de ellos nunca fue en serio, que en el tiempo que estuvieron juntos se había peleado y dejado durante semanas, meses, tantas veces, que no se podía decir que hubieran sido una verdadera pareja, que lo mejor sería que quedaran como amigos. La semana pasada, con la excusa de ver a Cosme, que estaba muy golpeado y debía hacer reposo en cama por orden del doctor, Ricardo acudió a su casa todos los días y ella ya se lo veía venir, aunque jamás de la forma que ocurrió. De todos modos estaba verdaderamente raro, no sabía si porque realmente lo emocionaba la coyuntura política, o se estaba aprovechando de la misma para interesarla. Lo cierto es que se comportaba con inusual reserva, ponía caras misteriosas, le hablaba a medias como si no le estuviera permitido decir en qué asuntos estaba involucrado, dejaba en suspenso frases dando la impresión que estuviera colaborando en un plan ultrasecreto de aplicación inmediata. Al pensar en Ricardo, por unos instantes revivió la vergüenza, la frustración, la bronca que había sentido por su culpa dos días atrás. Fue el jueves por la tarde, recién había vuelto de trabajar. Cosme ya estaba mejor y había salido; estaba sola en el departamento. Casualmente Ricardo había llegado, preguntado por su tío y después de un rato de charla sentados frente a la mesa del living, inesperadamente la tomó de las manos e intentó besarla. "Ricardo, por favor, no, no quiero, está loco, te digo que no, soltame, soltame", le dijo incorporándose de la silla y retrocediendo, pero él estaba descontrolado, parecía fuera de sí, le decía con lágrimas en los ojos y una decisión que no le había visto antes, que no se merecía que lo tratara así, que él la quería y no era justo que lo estuviera rehuyendo, que no soportaba estar separado de ella. Para Rita siempre sería un misterio por qué de pronto había dejado de resistir-

se. Cuando salían nunca había permitido que las cosas fueran más allá de algunos besos que interrumpía cuando por parte de él se volvían muy apasionados. Además le había dicho infinidad de veces que no tendría sexo con él porque no se sentía segura de lo que sentía (Ricardo le había dicho en su momento, cuando se ponía rabioso con ella, que lo mejor sería que se metiera de monja, que iba derecho a convertirse en una solterona, que no le viniera a él con que nunca le venían ganas, que tendría que ver a un psicólogo y cosas por el estilo) y hasta la fecha lo había desairado sistemáticamente sin darle jamás ninguna esperanza. Pero esa tarde, después de tanto tiempo de rechazos, sin una razón que lo provocara, actuó de manera diferente. Dejó de forcejear y un Ricardo desconocido al ver que ella cedía deslizó sus manos desde los hombros a las nalgas y la empujó lenta pero firmemente hacia el dormitorio de su madre. Con el último envión, Rita dobló las rodillas y cayó tendida de espaldas en la cama de matrimonio con un cosquilleo agradable en todo el cuerpo y una especie de fuego que le subía desde el vientre hacia la cara. Febrilmente Ricardo la desnudó y casi arrancó su propia ropa. "No Ricardo, despacio, así no que me duele...", le dijo entonces Rita, y ahora pensaba en lo bruto que había sido y en la forma que le había hecho doler, y en que por haber sido tan bruto lo había arruinado todo, porque ella también tenía ganas. Para colmo de males su madre había tenido la ocurrencia de llegar en el momento más inoportuno, y menos mal que había tenido la inspiración de dejar la llave en la cerradura porque de lo contrario los hubiera pescado a los dos desnudos en su cama. "Ricardo metete en el baño... la ropa, los zapatos Ricardo...", le dijo demudada mientras su madre golpeaba la puerta y reclamaba que le abrieran, y ella ya va mamá, un momento, ya te abro, y cuando se estaba vistiendo vio que un hilo de sangre le corría entre los muslos, pero no tenía tiempo de ocu-

parse de eso ahora, así que se secó con un pañuelo, terminó de vestirse y fue a abrirle la puerta con el pelo todo alborotado. Al entrar al living y enterarse por Rita que Ricardo estaba en el baño, su madre estuvo allí mirándola con fijeza durante unos segundos que le habían parecido larguísimos haciéndola sentir terriblemente, sin decirle una palabra, como si ella no lo hiciera con Cosme, como si sólo ella tuviera derecho.

—La vas a pasar bien, vas a ver -le dijo Claudia. Hay un estreno y Javier ya tiene las entradas, además...

—Pero si voy, voy de champions -dijo Rita interrumpiéndola.

— Rita... -sonrió Claudia indulgente y estornudó otra vez sintiendo que estaba a punto de engriparse-. No vamos a ninguna recepción de gala, vamos al cine y después a tomar algo, nada más, sólo eso.

“Me recogeré el pelo como mamá dice que me queda mejor, y me pondré la blusa floreada que tengo sin estrenar... y nada de zapatos, los champions blancos, y nada de darle mucha conversación, no se vaya a creer, por más simpático que sea... que ni sueñe, aunque sea buen mozo y tenga los ojos verdes como dijo Claudia. De mí no se va a burlar, conmigo no tendrá suerte, sé exactamente cómo tengo que tratar a esos nenitos acostumbrados a que todas los persigan por la plata, con indiferencia y chau, así de fácil”.

CAPÍTULO IV

Alguna vez por molestar a Javier le había preguntado cuándo le presentaría alguna amiguita de ese Comité roñoso en el que casi vivía. "Me gustan bien combativas, Javi, quiero creer, haceme ese favor, estoy harto de esta vida de pecado que llevo". Pero él nada, ni se había reído el muy insulso. Más de tres años después, mucha agua había corrido bajo los puentes, pero no la suficiente para que dejara de asombrarse cuando aquel sábado de principios de diciembre del 75, después de un almuerzo muy tenso en el que su padre seguía sin dirigirle la palabra, su hermano se acercó para preguntarle si no quería venir al cine esa noche con Claudia y su hermana Rita. Pablo lo había observado esperando notar alguna señal de locura en su rostro, pero no, estaba tan tranquilo, como resignado esperando su respuesta. Sin duda, pensó, habían sido muy grandes los cambios experimentados por Javier para que se decidiera a arrojar a una inocente ovejita en las fauces de un oligarca corrompido como él. ¿Lo hizo como una forma de acercamiento, para mejorar una relación en la que existía aún la sombra de viejos rencores y recelos?, porque realmente no creía que se le pasara por la mente que él tuviera necesidad de una novia. Justamente para esa noche, con el flaco ya tenían algo programado en el bulín y esa salida estaba muy lejos de encajar con su idea de la diversión, pero como tampoco quería que su hermano, que había tenido el gesto de invitarlo, tomara esa negativa como un rechazo personal, aceptó consolándose con la idea que existía alguna posibilidad de que la hermana de Claudia estuviera por lo menos pasable. Cuando se lo contó por teléfono el flaco, siempre com-

prensivo, estuvo de acuerdo con él. "Estuviste perfecto camarada, además esto parece algo nuevo, de repente la tal Rita es una yegua bestial. Mañana me contás". En realidad si lo pensaba bien la actitud de Javier no dejaba de ser coherente con la transformación que había experimentado su vida en los últimos años. Aunque nunca volvió a ser el de antes de la política y se había transformado en alguien extremadamente reservado, estaba incomparablemente más sociable y amable con la familia. Por más que no se pudiera saber exactamente lo qué pensaba, ante los ojos del mundo por lo menos era un muchacho estudioso, tranquilo, que traía a menudo a Claudía al departamento como un noviecito formal y no daba más dolores de cabeza a sus papis. No se le escuchaba hablar de política, como si jamás hubiera tenido alguna idea de ese tipo. Hacia tiempo había quemado en un baldío un montón de libros comunistas con las imágenes de Marx, Engels y Lenin en las tapas y despedido expeditivamente a los camaradas que acudieron a persuadirlo para que volviera a las filas de la revolución. Según supo después por Rita, sus respectivos hermanos ya estaban haciendo planes para casarse a fines del próximo año, noticia que nunca dieron y que indudablemente no le hubiera caído muy bien a su madre que prefería para Javier alguien de su mismo nivel social. Su padre, en cambio, con tal de que siguiera estudiando y como premio por dejar atrás su pasado bolchevique (consciente como era que con el rumbo que había tomado la dictadura militar, cualquiera que siguiera militando en la izquierda proscrita tenía asegurada por lo menos la cárcel o el exilio), habría sido capaz de apadrinarlos comprándoles vivienda y manteniéndolos todo el tiempo que fuera necesario.

Muy pocos estaban de acuerdo con lo que estaba haciendo el Ejército con el país, pero el padre del flaco afirmaba que el Uruguay estaba hundido en la anarquía y se jus-

tificaba plenamente la intervención militar dada la ineficacia enervante de la democracia para defender la libertad contra las hordas marxistas. Su padre, por su lado, decía que problemas económicos y sociales existirían siempre pero era imprescindible enfrentarlos dentro del sistema democrático ya que de lo contrario no habría diferencia moral con los países comunistas. En cuanto a él que pensaba que la política era una farsa más allá de su utilidad, le parecía previsible que en un mundo en plena guerra fría, los militares, prácticamente sin resistencia, detentarán el poder político en buena parte de Sudamérica, de una manera particularmente sangrienta en algunos casos, con el debido reconocimiento internacional. Había que defender la democracia, ¿no?, y de paso, bueno, todos teníamos debilidades. Nada se hacía gratis.

Pablo se preguntaba lo qué estaría pasando por la mente de su hermano en aquellas circunstancias, qué razonamientos habría ensayado para justificar su actitud indiferente, qué conflictos se producirían en su interior. Sin embargo si algo lo inquietaba o lo remordía esto no se reflejaba en su conducta que parecía totalmente normal. No se lo veía agitado ni preocupado, daba la impresión de estar plenamente adaptado a su nuevo rol en la vida. De mañana se levantaba tarde y se quedaba leyendo en su cuarto, al mediodía iba a clases, y más tarde pasaba a buscar a su noviecita al trabajo; cuando volvía de noche a casa miraba un rato de televisión con sus padres y luego se enclaustraba en su cuarto hasta el día siguiente. Los fines de semana en general desaparecía con Claudia, aunque a veces la traía a almorzar o a cenar. Viéndoles nadie podía dudar que tenían una buena relación; ya iban por el tercer año de noviazgo y se comportaban como una típica parejita de enamorados: dados de la mano, pendientes el uno del otro, etcétera, etcétera. Todo resultaba demasiado perfecto, es

verdad, lo que no dejaba de ser sospechoso, pero él coincidía con su padre en este asunto: si eso le servía a Javier para superar años de pelotudez y estabilizarse, que fuera bienvenido. Además Claudia no le caía mal. Linda carita, pechos pequeños, una figura interesante, los ojos de un celeste pálido, soñadores. También era recatada y no carecía de inteligencia; por lo menos tenía la suficiente para hablar lo necesario e ignorar las indirectas de su madre que estaba celosa y no podía aceptar que alguien de origen poco encumbrado (con la particularidad de venir de madre judía) y todavía con ideas de izquierda (Javier fue tan poco astuto que no se molestó en ocultar donde la había conocido) se llevara a su adorado benjamín. Para el flaco Marcelo, cuya opinión sobre el sexo opuesto no era muy favorable, Claudia no era tan diferente de las minas que se llevaban al bulín. "Todas unas putas, viejo. La diferencia la hace tu hermano que es un zapallo y no se da cuenta. Creeme lo que te digo, no hay nada peor que idealizar a las mujeres". Por supuesto que aquello era una exageración de su amigo. Javier podría tener una tendencia desmedida a maquillar sus inclinaciones pecaminosas hasta volverlas intachables y sublimes, pero Claudia no carecía de interés. Sin caer tampoco en la gansada de repetir toda esa palabrería romántica como que ella lo quería por sí mismo y su amor era absolutamente puro y desinteresado, daba la impresión que el afecto que sentía por su hermano era profundo y no parecía ser de la clase de personas que estaban dispuestas a abandonar fácilmente lo que querían sin presentar batalla. Por eso sus loables esfuerzos para no responder a los desaires cada vez más frecuentes de su madre, su expresión de contenido asombro cuando ésta llamaba a la sirvienta con la ridícula campanilla, su simulado interés cuando con sus primas relataban las aburridas historias de sus incursiones turísticas por Europa y Estados Unidos, o se internaban en los intrincados laberintos de las

ingraticitudes del servicio doméstico. No podía ser fácil para ella estar fingiendo permanentemente, y por eso se la notaba incómoda e intranquila. Sólo con su padre, que la trataba cariñosamente, actuaba con soltura. También con él y el flaco parecía simpatizar dado el entusiasmo con que siempre les festejaba sus bromas, que serían para Claudia una especie de tregua en la despareja batalla que se veía obligada a librar con su mamá. De todas maneras, a pesar de la obvia diferencia entre ella y su familia, igual le extrañó cuando Javier, contestándole a su padre que le preguntaba qué había pasado con Claudia que hacía varias semanas que no venía, dijo muy parcamente que habían dejado. De ahí en adelante los acontecimientos se habían precipitado y al poco tiempo Javier los había conmocionado a todos, especialmente a sus padres que recibieron un brutal impacto, cuando en un insólito arranque propio de un delirante había corrido detrás de Claudia a Buenos Aires, sabiendo bien lo peligrosa que era la situación en la Argentina y cuando todo hacía pensar que estaba definitivamente encarrilado. ¿Pero quién podía predecir la conducta de alguien tan volátil? Indudablemente habían sido demasiado optimistas, y, aunque lo había disimulado muy bien, Javier era una bomba de tiempo y se encontraba a merced de emociones que lo habían llevado a perder el sano discernimiento.

Aquella noche veraniega, cálida y despejada, salieron los cuatro y Pablo quedó gratamente sorprendido con Rita. Es que pensando en la hermana la imaginaba más delicada, pero se encontró frente a una mina corpulenta, con un buen par de tetas, curvas pronunciadas, un trasero abultado y bien modelado que no tenía nada que envidiarle a una vedette. Por si fuera poco poseía una cara sensual con una boca ancha, de labios carnosos, provocativa, pómulos salientes y una piel blanca y lechosa que contrastaba con sus cabellos y ojos negros. Después de la película que resultó una policial muy buena con Steve MacQueen

fueron a sentarse en un bar y pidieron unos refrescos. La verdad es que la estaban pasando muy bien. Javier estaba locuaz y como le gustaba y conocía de cine analizaba "Bullit" con entusiasmo. Mientras lo hacía Rita tuvo la ocurrencia de intervenir manifestando lo "churrísimo" que le había resultado el protagonista, pero enseguida se puso roja de vergüenza, sin duda al caer en la cuenta que su comentario iba a ser interpretado como una tontería frente a la sabiduría cinematográfica de Javier. Claudia que lo notó acudió de inmediato en su ayuda declarando que a ella también MacQueen le resultaba atractivo, y enseguida estornudó varias veces consecutivas y dijo que según parecía algo le había dado alergia. Entonces todos notaron que tenía los ojos enrojecidos y Javier, que se le ocurrió tocarle la frente con el dorso de la mano, comentó que estaba hirviendo de fiebre. Ella lo negó porfiadamente y, quitándole trascendencia al asunto, argumentó que simplemente estaba un poco resfriada, que se sentía bien, pero como Rita le contó después a Pablo, ya en el correr de la tarde había comenzado a sentirse afebrada y si había venido había sido para que su hermana no se perdiera la salida. Cuando dejaron el bar, Claudia que hasta que se levantaron de la mesa había charlado animadamente, estaba temblando de pies a cabeza y Javier dijo que lo mejor sería que la llevara a casa. Ella intentó resistirse aunque con poca convicción diciéndoles que no quería ser aguafiestas, pero como todos insistieron, transó no sin antes hacerles prometer a Pablo y a Rita que se quedarían sin importarles que ellos se fueran. Así lo hicieron y, luego de acompañarlos hasta una parada de taxis, caminaron un par de cuadras y decidieron entrar en otro bar.

Pablo pensaba que había sido providencial la gripe de Claudia porque le daba la oportunidad de quedarse a solas con Rita. Por lo que había podido entrever de su carácter se dijo que no sería difícil conquistarla si tenía la paciencia suficiente para escuchar todo lo que necesitaba comunicarle antes de permitir que la tocara. Por lo tanto se aco-

modó en la silla del bar y dejó que le contara de su trabajo en una peletería, de sus diferencias con su hermana, de su adolescencia marcada por las riñas y el divorcio de sus padres. Su madre había sido una buena ballarina clásica pero su esposo la había malogrado con sus celos enfermizos. El hombre era un artesano dedicado al diseño y fabricación de joyas, y su meta, como la de la mayoría, había sido hacer dinero para tener una vida mejor, lo que sin duda estaba logrando -puesto que el tipo tenía al parecer talento-, y se encontraba en camino de conseguir mucho más si no hubiera sido seducido por un vicio que resultaba fatal para esa clase de pretensiones y lo llevaría a la quiebra: se había transformado en un jugador empedernido. Nadie conocía esa tenebrosa faceta de su personalidad, ni cómo ni cuándo la adquirió, ella calculaba que había empezado como una forma de hacer algún dinero extra y aquel mal hábito lo fue dominando hasta que no hubo retroceso. Durante los años de bonanza, cuando el dinero no les faltaba, habían comprado un departamento de tres dormitorios en un lugar relativamente caro a pocas cuadras de la rambla de Pocitos, un auto usado pero casi nuevo, las niñas iban a un colegio pago, y por más que esporádicamente hubiera algunas disputas debidas a los celos delirantes del sujeto, la buena situación económica las hacía más tolerables. Lamentablemente como existe una ley que dice que esta clase de tipos terminan irremediablemente mal, a medida que sus pérdidas en el juego fueron creciendo, su carácter, de por sí bastante atribulado, también fue cambiando para peor hasta entrar en una vertiginosa decadencia. Se lo veía hosco, se irritaba por cosas mínimas y comenzó a tomar más de la cuenta. De ahí en adelante sus celos se volvieron insoportables; las situaciones en las que acosaba a su mujer con absurdas sospechas de imaginarias infidelidades se hicieron cotidianas al igual que la violencia física, lo que llevó a una insostenible situación cuyo desenlace se preci-

pitó el día que salió a la luz que estaba quebrando, acosado por varios prestamistas, con el apartamento y el auto hipotecados y todo a raíz de sus desafortunadas incursiones por las salas de los casinos y timbas de la ciudad. La madre de Rita entonces juntó coraje, y en compañía de sus hijas abandonó despavorida el hogar conyugal y fue a buscar cobijo en la casa de una amiga que vivía sola, lo que motivó una explosión de violencia de parte del marido que a los pocos días, cuando su mujer salía de su nuevo domicilio, la atacó a golpes en un incidente que no pasó a mayores porque habían llegado unos vecinos a socorrerla. Estos la llevaron a la urgencia de un hospital cercano donde ingresó con un ataque de nervios, algunos magullones, pero sin ninguna lesión seria. Por supuesto que el desquiciado fue detenido, advertido, pero soltado a las pocas horas, y ellas durante un tiempo vivieron con miedo. Si bien no volvió a aparecerse, por medio de cartas pasadas por debajo de la puerta, llamadas telefónicas e incluso algunos amigos en común, intentó ruegos, disculpas, promesas, que su madre como era lógico desestimó, pero gracias a Dios, porque ella creía en un ser superior no obstante no ir a ninguna Iglesia, después de unas semanas en que estuvieron con el alma en vilo, ya que no sabían si en algún momento intentaría una nueva agresión por más que dijera que estaba arrepentido, dejó de molestarlas y a los dos meses se enteraron que había viajado a Buenos Aires con el propósito de trabajar con un sobrino dedicado a su mismo oficio. Las aguas fueron aquietándose y hubo de pasar todo un año en que no supieron nada de él para que volviera a aparecer en escena. Ellas por esa fecha seguían viviendo en la casa de la amiga de su madre al no poder pagarse un alquiler después que el apartamento de Pocitos había sido rematado por las deudas de su padre. Este, como si nada hubiera pasado, un buen día había llamado por teléfono a su mamá solicitándole en un tono jovial y amistoso

permiso para ver a sus hijas una vez al mes. Su madre, que a esa altura ya se había relacionado con Cosme, generosamente y en contra de las recomendaciones de todo el mundo se lo permitió, y así fue como a partir de ahí todos los meses viajaba para pasar un día con ellas, pero según Rita no lo hacía porque las extrañara sino con la pretensión, totalmente exorbitada después de todo lo sucedido, de que su mamá se ablandara y lo volviera a ver con buenos ojos. Cuando se apercibió de que eso nunca iba a acontecer, faltó a la cuarta visita sin mediar aviso ni explicación y no volvieron a verlo y ahora hacía dos años que no sabían nada de su vida, lo que para ella particularmente había sido una especie de bendición ya que se sentía incómoda cuando las visitaba y no es que lo odiara, no, quería aclarar, pero sí lo rechazaba y no se explicaba por qué Claudia, con todo lo que les hizo, todavía le había escrito algunas cartas que él nunca se dignó contestar, e incluso en alguna ocasión había llegado a disculparlo poniéndolo como una víctima más del sistema capitalista, como si las personas adultas no fueran responsables por sus acciones y todo fuera perdonable de acuerdo a la sociedad en que se vive. Eso era lo que no entendía de su hermana: tan inteligente para algunas cosas, tan irracional para otras. Ciertamente que no se podía culparla por querer a su padre, ella también en cierta forma lo quería, pero al fin y al cabo el parentesco era algo fortuito y llegaba un punto en que uno a la gente la apreciaba por lo bueno que ofrecía como persona y no por los lazos de sangre. No era cuestión de darle la espalda a la realidad como hacía su hermana ignorando el hecho que su padre era un hombre alterado y tras la separación no se había preocupado por ellas. Pero Claudia era así, un poco débil, y por eso Rita había sido desde que tenía memoria su defensora en toda clase de pleitos, y ruborizándose recordó que cuando Claudia tenía doce años un tipo la intentó toquetear a la salida del liceo y ella se arrojó

sobre él obsequiándole con una patada en los huevos mientras que su hermanita, paralizada de terror, observaba sin intervenir. De paso contó que por esas edades, ella, que a esa altura se había desarrollado demasiado y los hombres no dejaban de decirle cosas horribles por la calle, también tuvo un episodio similar cuando un vecino puerta por medio, un hombre mayor que vivía apaciblemente con su encantadora mujer, no creía que con premeditación, pero aprovechando que estaba sola en el apartamento, al ir a pedirle una taza de azúcar, se abalanzó sobre su atrayente humanidad, y obtuvo de su parte un puñetazo a la altura del hígado que tuvo el efecto de hacerlo recapacitar de inmediato y salir a la estampida, medio doblado por el dolor, intentando alguna frase explicatoria que no llegó a terminar, y lanzó una carcajada al decir que no sabía por qué después le dio lástima, y, pese a que sabía que no estaba haciendo lo debido, no se lo dijo a sus padres por considerar que fue un impulso irrefrenable, quién sabe si el único al que sucumbió en toda su vida el pobre viejo, y era más que notorio que estaba realmente arrepentido y espantado por su inexplicable conducta y ya no representaba ningún peligro. De todas formas había recibido su merecido, ya que, no pudiendo soportar la vergüenza y el temor que revivía cada vez que se encontraba por casualidad con ella o cualquier integrante de su familia (que se lo imaginara, le dijo, preguntándose atormentado si sus padres estaban enterados y si no lo estaban cuándo se enterarían), al poco tiempo terminó mudándose del edificio.

Hacia cerca de una hora que estaban en el bar, y Pablo, que ya estaba harto de oírla, alternaba sus simpatías entre el padre y los violadores. De vez en cuando con la esperanza de detener el chorro interminable de palabras que salía de aquella boca ancha y carnosa, tan atractiva, la interrumpía para preguntarle algún detalle elegido al azar, y

después pasaba minutos sin escucharla observando cómo cambiaba su semblante cuando sus ojos se humedecían y parecían que iban a desbordarse en lágrimas, o cuando dejaba lugar a una sonrisa sensual que aligeraba por momentos el denso contenido de su charla y sus pupilas brillaban como un carbón a la luz de los focos del bar. Inocente e impulsiva, pensó, a él le gustaban descaradas, pero de cualquier manera valdría la pena verla desnuda, y además con ese temperamento quién decía que no podía llegar a ser una diosa en la cama. En ese instante Rita se sonrojó como si hubiera adivinado sus pensamientos, probablemente arrepentida de haber hablado tanto, y había hecho una embarazosa pausa que él aprovechó para cambiar de tema y contarle algunas anécdotas del colegio que ella festejó visiblemente aliviada; de pronto al ver que no parecía desanimado a pesar de haber soportado estoicamente su plomiza historia personal. Pablo le preguntó si le habían contado algo de él para saber a qué atenerse, pero ella le contestó que muy poco, que su hermana sólo había comentado que era un tipo agradable y simpático y él se rió ja ja, y ella se rió también. De cualquier manera para contrarrestar alguna noticia que se hubiera podido filtrar acerca de su vida disipada y ella por delicadeza no hubiera querido nombrar, y, por qué no, para demostrarle que él era capaz de elevados sentimientos, le dijo brevemente que hasta hacía poco no tenía muchas metas y estaba desorientado en la vida, pero que había recapacitado y quería hacer algo útil con su tiempo porque sentía el imperativo de aportar algo, de ayudar a los demás dentro de sus posibilidades. Ella a su vez sin que le preguntara nada le comunicó que no tenía novio pero hacía un par de años había estado saliendo con el sobrino del compañero que vivía con su madre, y como al llegar a ese punto se detuvo y se puso otra vez colorada, se apresuró a interesarse por ese individuo que vivía en una situación tan irregular en su domicilio sólo para decirle

finalmente que en su opinión su madre después de sufrir tanto tenía todo el derecho a rehacer su vida como se le viniera en gana y si había encontrado una persona que la comprendía y la hacía feliz mucho mejor para ella. Rita se sonrió tristemente, haciéndolo sentir que se había equivocado al pensar que la relación de aquel tipo con su madre la avergonzaba, y le dijo que ella por supuesto que pensaba lo mismo pero no entendía por qué aún le chocaba su presencia habiendo pasado ya casi cuatro años. En ese momento fue ella la que le cambió bruscamente de tema preguntándole sin rodeos si tenía novia o había tenido porque ahora le tocaba a él contar algo personal. Evidentemente aquel no era el día de Rita, porque justo estaban cerrando el boliche y se tuvo que contentar con un sintético no. Recordó que Víctor, el primo del flaco, una vez teorizando acerca del comportamiento del sexo opuesto sentenció que era imprescindible que la mujer se descoyuntara las mandíbulas hablando mientras que el hombre debía mantenerse hermético como forma de estimular la fantasía femenina, que si uno era un baboso y daba muchas vueltas para ir al grano perdían el interés y por eso el juego consistía en despertar su curiosidad, demostrarles que había algo para ganar enfrente y cuando llegaba el momento del ataque era primordial hacerlo con determinación. Pablo, más allá de la razón que pudiera tener Víctor en alguno de sus comentarios (aunque después hacía todo lo contrario y terminaba hablando hasta por los codos con las minas y lo había visto arrastrándose detrás de más de una), no era partidario de imponerse fórmulas rígidas para lograr sus objetivos. Además lo que podía ser útil para algunas situaciones y personas no tenía por qué serlo para otras, y si bien entendía que las reglas y las teorías eran armas necesarias contra la inseguridad en un terreno tan resbaladizo como el sexo, él prefería improvisar echando mano a cualquier recurso.

En el camino de vuelta Pablo le señaló a Rita el edificio de apartamentos frente a la plaza donde vivía. "Ahí nos mudamos hace más de cuatro años, pero era mucho mejor la casa donde vivíamos antes". Ella miró el moderno edificio sin decir nada, y él, sin realizar ningún intento, le propuso tomar un taxi e insistió en acompañarla hasta su departamento. Tanto respeto y caballerosidad parecieron tranquilizarla y la próxima vez que salieron, a los dos días, estaba mucho más relajada y no habló tanto de sí misma. Esa noche volvieron de madrugada y Rita lo invitó a subir a tomar un café. Se sentaron en una "marinera" que hacía las veces de sofá en un reducido living, y después del primer sorbo de café Pablo trató de besarla pero Rita que no lo esperaba se apartó, aunque enseguida al ver que él bajaba los ojos y ponía cara de circunstancias, lo tomó suavemente de la mano, toda acalorada, y esta vez no se resistió. Poco a poco se fueron recostando en el sofá, y en un momento dado Pablo estaba encima de Rita procurando desabrocharle los botones del jean, lo que provocó que ella se incorporara agitada, con los colores bailándole en las mejillas, y le dijera que su madre, su hermana o Cosme podían levantarse y sorprenderlos. El le dio la razón y civilizadamente se despidió sin insistir, pero al otro día no quiso esperar a que se enfriaran las cosas, así que le pidió el Volskwagen prestado al flaco y la fue a buscar a la salida del trabajo. Fueron a un lugar solitario en la rambla, a pocas cuadras del bulín. Otros autos con parejas estaban estacionados. Detrás de ellos había un local cerrado donde se hacían fiestas los fines de semana, y por delante estaban las rocas de la playa y el Río de la Plata, el "mar Dulce", como recordó que lo había bautizado su descubridor, nombre apropiado para la ocasión, teñido por una deslumbrante puesta de sol. Realmente el sitio y el momento del día eran ideales y estuvieron besándose un largo rato. Cuando le pareció oportuno Pablo hizo una pausa y le confesó con calculado em-

barazo que le había pedido prestado a un amigo el departamento y que si no le importaba podían ir allí. Tal vez había sido un apresuramiento o una falta de sutileza de su parte este ofrecimiento, pero no estaba dispuesto a esperar más. Ella había enrojecido y no lo miraba. Por un instante él hubiera apostado que se iba a negar. Había planeado que si así sucedía, le diría amablemente que la entendía perfectamente, que no se preocupara y no perdería más el tiempo. Pero para su sorpresa ella dirigió la mirada hacia él y susurró un breve sí, un sí franco y sin timidez que lo emocionó y lo hizo arrancar de inmediato el coche en dirección al bulín. A Pablo le pareció que esa respuesta clara a una proposición que no admitía ninguna otra interpretación había sido incuestionablemente un punto a favor de Rita, y pensó que esa actitud se correspondía con un carácter impulsivo que la hacía mucho más atractiva y la salvaba de la mojigatería.

Al mediodía Pablo había estado arreglando un poco el desorden del bulín, poniendo sábanas nuevas, y a duras penas había convencido al flaco de que aquella no era la mejor ocasión para esconderse en el armario. Al despedirse su amigo lo había observado con verdadera preocupación al decirle que tuviera cuidado con esas minitas comunistas porque eran todas unas hijas de puta simuladoras. El le respondió que él era más hijo de puta que todas ellas juntas y el flaco soltó una carcajada y se fue tranquilo después de asegurarse que Pablo era el mismo de siempre y ningún animal femenino lograría cambiarlo.

Mientras tanto Rita seguramente nunca había estado tan nerviosa, disfrutaba pensando Pablo. No se había arrepentido todavía, pero probablemente se preguntaría si estaba haciendo lo correcto, querer, quería... ¿pero debía?, el eterno dilema de los prudentes. Apenas aden-

tro del bulín comenzaron a besarse y en un instante ya se encontraban en el pequeño dormitorio iluminado discretamente por la lámpara de la mesita de luz que él había dejado encendida, con las paredes llenas de afiches de autos, motos y conductores famosos (en realidad estos afiches estaban salpicados de mujeres desnudas en poses provocativas que Pablo había retirado) que miraban impávidos desde una imparcial lejanía la forma codiciosa en que él se apresuraba a desnudarla, mientras Rita lucía totalmente dispuesta, cooperativa, como si hubiera levantado todos los obstáculos que imponían la sensatez, el sentido común y la cordura para dejarle libres todos los caminos hacia ella. Luego de desplomarse en la cama se ayudaron mutuamente a sacarse el resto de la ropa, y lo demás superó ampliamente sus mejores expectativas. Pablo pensaba sin falsa modestia que la había avasallado, y ella se había dejado excitada, estremecida, mirando como él chupaba, besaba, lamía enardecido todo su cuerpo, y cuando la penetró Rita entre gemidos tuvo rápidamente un orgasmo, y unos minutos más tarde otro, y en el instante que él llegó al suyo había recibido la tibieza de su semen con una mueca de placer en tanto él se quedaba inmóvil, extenuado y satisfecho como un bebé en el regazo de su mami. Pablo tuvo que admitir que había quedado sorprendido. Es cierto que era inexperta pero a juzgar por lo bien que la pasaron la experiencia no era un requerimiento esencial y también contribuían otras cualidades que Rita indudablemente poseía. Recordaba que en ese momento se preguntó si ella estaría algo avergonzada o arrepentida, pero a juzgar por la expresión de felicidad de su cara no aparentaba tener ninguno de estos sentimientos. Lo único que le pareció ridículo fue cuando ella le dijo que el himen se le había desgarrado haciendo ejercicios gimnásticos y él tuvo que aguantarse la risa y para no arrui-

nar nada le siguió la corriente diciéndole que sí, que no se preocupara, que había escuchado que aquello era de lo más común.

De ahí en adelante, entre semana, casi todos los días la pasaba a buscar por el trabajo, compraba comida y se encerraban en el bulín. Alrededor de las once de la noche la traía a su casa en taxi y a veces todavía les quedaban energías para hacerse el amor en cualquier lugar oscuro del edificio. Los sábados y domingos (a Rita le había dicho que el dueño del departamento trabajaba en el interior y volvía los fines de semana) para no estropearle aún más al flaco sus propios programas, tomaba plata de la lata de la cocina del bulín y se quedaban toda la tarde en un hotel. El nunca había tenido una relación tan intensa ni que durara más de una semana... y es que Rita valía realmente la pena. Pero pasaron las fiestas -donde Pablo vio con cierta esperanza, poco después frustrada, aflojarse en algo las tirantezas con su padre-, y ya ella se había puesto repetitiva y no se cansaba de hablarle de su amor, a veces con frases folletinescas (y eso era abrumador por más que lo hiciera con una agresiva inocencia que la absolvía), hasta llegar a decirle en una ocasión, soñadora, que le encantaría tener una multitud de hijos con él, pidiéndole que la ayudara a barajar nombres probables de varones y hembras. Al mismo tiempo principió su sutil y luego franco trabajo para convencerlo de formalizar sus relaciones presentándose a sus respectivas familias. "Es cierto que hace poco que nos conocemos, pero en estas semanas tuvimos más intimidad que muchas parejas en años", argumentaba, y Pablo se asombraba que Rita no sospechara que a él sólo le gustaba acostarse con ella. Es verdad que se hacía el buen chico y cuando ella salía con esos temas si bien le decía que tenían que esperar para estar más seguros, agregaba, dándole esperanzas, que todo llegaría a su debido tiempo. Pero no

se podía sostener que la hubiera alentado a tal punto como para justificar semejante actitud, tanta urgencia. Ya que su familia eran todos bolches, por más que a ella la política la aburriera, cuando la conoció podía habersele ocurrido pensar en las diferencias de clase, en la diferente escala de valores; podía haber sido más precavida, más desconfiada; que no lo hubiera sido, le había parecido bien, en cambio su conducta posterior lo había enojado y decepcionado, pero no porque la misma no fuera absolutamente lógica, natural y previsible, sino por haber aparecido mucho antes de lo esperado. Si algo le había gustado de Rita al principio, aparte de la carnalidad que difundía su estupendo cuerpo, era que no había tenido necesidad de convencerla y por lo tanto de mentirle para que tuvieran relaciones. Pero demasiado pronto esa Rita que lo había atraído, había cedido terreno a otra Rita ansiosa por asegurarse que la entrega desordenada a los placeres que se estaban permitiendo tuviera un sentido más allá de lo conseguido en la cama. Definitivamente se había terminado la diversión, había concluido Pablo, y por eso una tarde, al mes y medio de conocerla, decidió dejarla plantada a la salida del trabajo y desaparecer. Era evidente que necesitaba unas vacaciones después de una relación tan extensa, y ya que era pleno verano aprovechó para irse con el flaco (que le confesó burlándose que a esa altura estaba consternado pensando que seguía los pasos de Javier y todo se debía a una tara familiar) a la casa que los padres de su amigo tenían en Punta del Este. Al regreso, dos semanas más tarde, su madre le había informado con frialdad, pero sin disimular un tono de vengativo triunfo, que la hermana de Claudia, "esa Rita", lo había llamado numerosas veces desde que se fue como si no pudiera convencerse y desconfiara que ellos lo hubieran amordazado y lo tuvieran escondido. "Nunca vas a cambiar Pablito", le dijo, y la frase le sonó más a elogio que a reproche. Su madre tampoco iba a cambiar nunca, pensó

él. En cuanto a Rita, como calculaba, había captado el mensaje y no volvió a insistir, ni siquiera por medio de Claudia o Javier, comportándose con mucho decoro. Por desgracia para los amantes de las comedias televisivas, no hubo ningún melodrama ni final funesto o rebuscadamente feliz para la breve historia de sus relaciones con Rita. El nenito bien no desafió las tradiciones familiares por amor, ni la sufrida trabajadora hizo recapacitar al vil sujeto luego de recriminarle las artimañas con que la sedujo. Tampoco el repugnante seductor torturado por los remordimientos, dándose cuenta que en su aristocrática arrogancia estaba perdiendo al verdadero amor de su vida, a la única mujer que lo había amado por lo que realmente era, intentó enmendar su error siendo justamente rechazado por la proletaria, la cual, con su heroica actitud, propia de su clase, lo sumergió en la más oscura desesperación terminando sus días solo, abandonado, humillado y hecho un despojo. Por supuesto que nada de esto había sucedido, como no sucedía ni sucedería nunca en la vida real. Supo después que Rita, más o menos al año de haberla visto por última vez, se casó con su novio anterior, el que trabajaba en la construcción, el mismo que había rechazado durante tanto tiempo, era tan bruto y la quería.

CAPÍTULO V

Javier se preguntaba qué estaba haciendo allí. Se sentía totalmente desubicado en aquel atestado anfiteatro, donde, a su alrededor, decenas de estudiantes sacaban febrilmente apuntes y en los intervalos ya hablaban con temor de los remotos exámenes de fin de curso. Estaba arrepentido por haber cedido a las presiones familiares que con el fin de continuar la tradición, le imponían estudiar una carrera universitaria. Además no entendía a ciencia cierta por qué había elegido Medicina. Pensaba que de algún modo podía haberlo hecho para contradecir a su padre que anhelaba que siguiera sus pasos como abogado, o por haber sido su abuelo materno un venerado médico... o porque fue lo primero que se le ocurrió. Cualquiera que hubiera sido la causa lo que sí entendía al presente es que, gracias a la perplejidad que sentía prácticamente desde que terminó el liceo cada vez que pensaba en su futuro, había cometido un grave error. Había tardado dos años en darse cuenta, dos años de una vida monótona a la que se habituó peligrosamente, y ahora que por inercia había llegado a tercero de Facultad lo tenía absolutamente claro. Decididamente malgastar el resto de su vida dedicándose a una profesión por la que no sentía ninguna afinidad hubiera sido lo mismo que morir en vida. Si se ponía a analizar era incuestionable que más que planes para el porvenir actualmente lo agobiaban necesidades inmediatas y por nada del mundo estaba dispuesto a malgastar su tiempo sobre la tierra en una actividad que no disfrutaba. Además, si al fin vislumbraba una luz después de tanto callejón sin salida, su deber era seguirla, por más que com-

prendiera que de ahora en adelante nada le resultaría fácil. Esto era elemental y lo tenía asumido. Una cosa era recorrer virgen un camino de entrada y otra muy distinta iniciar uno nuevo después de haber estado perdido. Nunca sería lo mismo y siempre sería más complejo.

En aquellos años parte del tiempo que le dejaban primero los exámenes libres de materias que le quedaron de Preparatorios, y luego las clases y materias de Facultad, y naturalmente Claudia, lo había empleado en ir a leer a la Biblioteca Nacional. También compró libros que devoraba hasta altas horas de la madrugada. Tenía interés por saber lo qué habían pensado los autores más importantes sobre las cuestiones filosóficas fundamentales que a él también le preocupaban. Sin ninguna sistematización leyó a Hobbes, Young, Locke, Heidegger, Sartre, Freud, Schopenhauer, Nietzsche (le había impresionado sobre todo "El Anticristo"), descubrió escritores como Hermann Hesse, Dostoevsky, Camus, y con todas esas lecturas y las largas meditaciones que les siguieron, le parecía que sus horizontes mentales se habían ampliado hasta el infinito. Las metas antes inciertas fueron presentándosele cada vez más nítidas: era forzoso elaborar una visión propia del mundo, forjarse una nueva imagen de sí mismo que estuviera de acuerdo con su verdadero ser, y para eso debía dejar de lado toda idea inculcada, fuera de tipo ético, religioso o ideológico que encubriera los verdaderos motivos de sus actos. Claro que comprendía que ésta era una tarea muy ardua y estaba lejos el día en que pudiera librarse del peso de su educación y de la sombra de sus antiguas ideas, pero consideraba que las perspectivas por ese camino eran ilimitadas. Era como intentar recobrar la inocencia antes de que fuera pervertida y poder sentir y entender todo bajo una nueva luz; era un desafío irresistible. Su sentido común le advertía que esa posibilidad de cambio podía ser una mera uto-

pía y nunca concretarse, pero en aquellas circunstancias, en que sólo lo radical podía conformarlo, se resistía a concebir una filosofía del renunciamento que por lo demás se le antojaba decadente. Creer que todos los esfuerzos por comprender, por superar las convenciones impuestas para hacerlo olvidarse de sí mismo eran inútiles, le parecía un subterfugio para darse por vencido, un conformismo enmascarado detrás de una visión pesimista del mundo. Al fin y al cabo lo único que él quería era vivir plenamente, y si era cierto que la realidad tarde o temprano lo echaba todo a perder, eso se vería a su debido tiempo. En cierto modo se consideraba una víctima convertida en héroe por necesidad, y como en una nueva versión de "Orestes" estaba dispuesto a desafiar las Furias que se desatarían a causa de sus futuras transgresiones. Pero, paradójicamente, mientras en su intimidad se producían estas transformaciones, Javier había seguido haciendo una vida conforme a lo que su familia siempre esperó de él, como si necesitara probar, sin lugar a dudas, que no podía adaptarse a la clase de vida que le proponían antes de permitirse dar el salto hacia el abismo que significaba la inseguridad de un futuro sin la protección familiar, como si a pesar de que ya supiera lo que no quería hacer y sus pensamientos se orientaran hacia un fin concreto, un miedo todavía muy arraigado en él le impidiera actuar en consecuencia. Pero esta lucha interior, esta manera de dilatar decisiones estaba llegando a su fin.

Hasta su relación con Claudia se encontraba envuelta en este tipo de conflictos. En un principio procuró compartir todos sus pensamientos con ella, pero luego desistió, y no sólo porque al hablarle ella lo tratara con una mezcla de ternura y preocupación, como si estuviera frente a las fantasías de un niño, de una enfermedad benigna, recomendándole que no tomara resoluciones apresuradas, en par-

ticular acerca de sus estudios (ella estaba tratando de seguir su carrera de Arquitectura pese a las dificultades con sus horarios de trabajo) ya que iban a serle útiles más adelante, y después sin ánimo de discutir ni contradecirlo, pero firmemente, en cuanto Javier ponía en tela de juicio algún dogma de su anterior ideología, que Claudia seguía sosteniendo, sus palabras cargadas de emotividad expresaran tópicos que él consideraba superados, sino porque había llegado a la conclusión que el suyo era un camino totalmente personal y no tenía sentido esperar a que Claudia ni nadie lo aprobara. Por otro lado estaba convencido que no era el rumbo tomado por sus ideas la causa de que sus sentimientos por ella se enfriaran y ahora la separación fuese una realidad, sino que todo se debía a la consecuencia natural de un inevitable desgaste. ¿Acaso no era lo que siempre sucedía? Cualquiera sabía que la decadencia era el destino de ese tipo de relaciones, que con el tiempo emociones que parecían eternas se deslucían y caducaban. Se había preguntado por consiguiente si no era mejor resignarse y como hacía la mayoría seguir otro tipo de vínculo más tibio y seguro. ¿No era lo que aconsejaba la experiencia en la materia? Como en la mayor parte de los casos no había habido un final trágico que perpetuara la pasión inicial, y por lo tanto presenciar su lenta declinación hasta desaparecer en una convivencia rutinaria pero soportable, hubiera sido lo común y admitido por todos. El asunto era que Javier no estaba dispuesto a aceptar ese tipo de vida, y no era por un razonamiento traído de los pelos, por un mecanismo puramente intelectual, lo sentía como algo profundo que se había abierto camino en él para formar parte de las certidumbres que actualmente poseía. Así que mientras Claudia especulaba con un porvenir juntos, como en un momento planearon, él, en los últimos meses meditaba sobre la posibilidad de dejarla, considerándolo como un primer paso hacia el cambio que pretendía. Sin estar deci-

dido aún, había hecho un avance en esa dirección a inicios de aquel año, al comenzar a romper, con justificaciones dudosas, con la arraigada costumbre de verla todos los días, y cuando Claudia lo llamaba por teléfono, cada vez con más frecuencia mandaba decir por intermedio de otras personas que no estaba y después no se comunicaba. Claro que ella se había alarmado al notar esta conducta tan imprevista como chocante, pero inteligentemente trató de ignorarla creyendo sin duda que podía ser algo pasajero y no era aconsejable hostigarlo. Así lo hizo durante un mes, pero como nada cambiaba y él aumentaba su frialdad y hermetismo, elaborando mucho menos las excusas para no ir a buscarla al trabajo o a la Facultad, se vio en la necesidad de enfrentarlo. Cuando le preguntó lo qué sucedía Javier le confesó que no estaba seguro de querer seguir, que no creía que pudiera darle lo que ella quería, que estaba pasando por un período muy difícil y precisaba estar solo para ordenar sus ideas. Vio entonces como a Claudia se le iba alterando el rostro mientras iba hilvanando sus inconvincentes explicaciones, cómo no pudo reprimir algunas lágrimas que enseguida se secó con el dorso de la mano, y cayó en la cuenta que aquel sufrimiento silencioso lo estaba afectando y había tenido la virtud de hacerlo sentir como un criminal, por más que en ningún momento ella le recriminó nada y sólo le había preguntado si lo que le pasaba se debía a que ella siguiera militando, a lo que él había contestado, sin faltar a la verdad, que no tenía nada que ver. Lo cierto es que al verla tan triste, con un temor angustioso asomando en sus ojos que seguían preguntando sin que ella hablara, su determinación de dejarla, que era sólida, se había debilitado y al final había terminado proponiéndole una solución de compromiso: no romperían definitivamente pero ella le daría un tiempo para aclarar su mente, por lo tanto de ahí en más no se verían todos los días pero se llamarían por teléfono y los fines de semana tratarían de

estar juntos; pasado un tiempo prudencial evaluarían la situación antes de tomar una decisión. En suma, Javier, sin premeditación, para herirla menos, había dejado para ella una esperanza que se iría diluyendo misericordiosamente con el correr de los días, sabiendo ya que en su interior estaba decidido el fin de la relación. Por lo pronto, incumpliendo su parte del trato, hacía tres semanas que la eludía, y ella, a su vez, dejando de insistir había dado a la separación la calidad de un hecho.

Después de la clase caminó hasta la parada de autobuses. Estaba oscureciendo y unos espesos nubarrones se iluminaron brevemente con zigzagueantes relámpagos. Marzo había sido un mes lluvioso y en la esquina el vendedor de diarios protestaba por el mal tiempo y la vida en general. Era un hombre bajo y encorvado de unos sesenta años, muy desaliñado que parecía odiar al mundo y disfrutaba metiéndose con la gente. Hablando solo sentenció que el clima estaba cambiando y que ya no había diferencia entre las estaciones; luego refiriéndose a algunos estudiantes con el pelo largo, agregó que tampoco entre hombres y mujeres. Inmediatamente voceó que un hombre había matado a su ex esposa y a su concubino de varios balazos, y murmurando por lo bajo se dedicó a observar con ojos libidinosos a una llamativa estudiante que conversaba con otra más pequeña y gordita. Javier que a su vez se fijó en la muchacha notó que ella no sólo le había devuelto la mirada, ignorando al diariero, sino que mientras estuvo en la parada le sonrió varias veces en tanto susurraba algo en los oídos de su amiguita entre gestos de complicidad. Pensó en la cantidad de posibilidades de conocer mujeres que tendría de ahora en adelante si se ponía a salvo del error de buscar en cada una algo definitivo. A lo lejos apareció un decrepito autobús desbordado de gente que se acercó a la parada disminuyendo la marcha, pero al no bajar nadie el conduc-

tor en vez de parar, haciendo caso omiso a sus señas volvió a acelerar obligándolo a correr para colgarse de la baranda trasera. Empujado y estrujado por los que bajaban y subían, después de quince minutos eternos bajó del autobús justo cuando empezaba el chaparrón. Cruzó a la carrera la plaza y entró en el hall de su edificio. Apenas entró en el apartamento su madre le salió al encuentro con cara de pocos amigos.

—Hay una señora que quiere verte. La madre de Claudia. Algo le pasa a esa mujer -dijo su madre con acritud-. Hace un cuarto de hora que te está esperando. La hice pasar y traté de ser amable con ella, pero está muy nerviosa, respondió a todos mis intentos con monosílabos.

Cuando se madre se apartó para dejarlo entrar en la antesala del living, de lejos pudo ver a la mujer que estaba de espaldas a él acurrucada en el sillón en que se padre se sentaba todas las noches a resolver crucigramas. Tenía los brazos acodados en sus rodillas y el mentón apoyado en las palmas de las manos. Así como estaba, encorvada, rotaba la cabeza de un lado a otro con movimientos saltarines, mirando a su alrededor de una manera que muchas veces le había visto a Claudia. Al notar su presencia se incorporó y en vez de besarlo le extendió secamente la mano derecha.

—Los milicos la fueron a buscar a casa... hace diez días; revolvieron todo, se llevaron papeles, libros, un anillo de oro de mi madre... -dijo precipitadamente, todavía de pie, después que se retiró su madre-. Menos mal que Claudia estaba en Buenos Aires con su padre... Parece un milagro que justo ahora, cuando hace dos años que no se comunica, les escribiera a sus hijas invitándolas a visitarlo. Rita no quiso ir.

Aquella mujer tenía unos hermosos ojos grises que ahora brillaban con una notoria expresión de dureza. La vida no había sido buena con ella y tal vez consideraba que sus sufrimientos le otorgaban autoridad para juzgar a los demás. En su caso particular era evidente que el veredicto le había sido adverso: era culpable; culpable por hacer sufrir a su hija, y además culpable por las futuras palabras y acciones que ella sin duda ya le habría atribuido. La noticia era lamentable y le preocupaba, ¿pero ella a qué había venido? ¿Para hacerlo recapacitar? Se sentó frente a la mujer que no dejaba de mirarlo fijamente. Durante algunos minutos ninguno de los dos habló. “¿Qué pretenderá que yo le diga?... ¿qué quiere que haga? Si pretende que me sienta obligado de algún modo con Claudia no lo va a conseguir. Está equivocada si piensa que voy a entrar en ese juego”.

—Siéntese, por favor -le dijo Javier.

—No gracias. Ya me voy -le dijo la mujer con voz tajante.

—¿Y Claudia, ¿cómo se siente? -preguntó Javier.

—Ella está mal. Además no puede confiar en el respaldo de su padre -prosiguió la mujer con una mueca despectiva, tironeándose del vestido hacia las rodillas-. Te habrás enterado que hace unos pocos días los militares argentinos tomaron el poder y la situación puede volverse peligrosa para ella. Por ahora no tiene otra opción, debe quedarse allá. -La mujer hizo una pausa elevando sus ojos penetrantes para buscar los de Javier-. Bueno no te molesto más... Claudia me pidió, me rogó que no viniera a verte, pero a mí me pareció que tenías que enterarte, que te interesaría saberlo... -dijo por último, y sin esperar a que Javier hablara, masculló que estaba apurada y abruptamente dio media

vuelta y emprendió la marcha hacia la puerta con un gesto que expresaba que era inútil perder el tiempo con él. Javier la alcanzó y la acompañó al ascensor, sorprendido y con una indignación creciente por la forma inusual de comportarse de la mujer. “No es justo. Todo es tan desmesurado que parece que estuviera actuando”. La madre de Claudia esta vez ni siquiera le estrechó la mano, musitó un adiós y desapareció en el ascensor. Al regresar al living su madre lo estaba esperando y no tuvo más remedio que contarle lo sucedido.

—Es increíble. Así que seguía militando con los comunistas. ¡Qué inconsciencia Dios mío! Te podía haber comprometido. Además esa mujer, su madre, ¿quién se creerá que es para venir acá con esos modos? Tiene ojos de loca. Mirá de la que salvaste si seguías con esa gentuza. Ahora te pido encarecidamente que no pienses más en este asunto. Vos y Claudia ya habían roto, ¿no es verdad? Ella tiene una familia que la va a ayudar y vos tenés toda una vida por delante -le dijo su madre y le acarició una mejilla mirándolo a los ojos con momentánea preocupación.

—No te preocupes mamá. Todo va a estar bien -dijo Javier sonriéndole.

—Menos mal que ya no sos el mismo incauto de antes -dijo su madre suspirando aliviada. Murmurando que se iba a ocupar de la cena, dio media vuelta y salió rumbo a la cocina dejando a Javier pensativo.

Cinco días más tarde el portero le entregó una carta de Claudia que decía: “Antes que nada quiero aclararte que no te escribo para hablar de nosotros, ni con la intención de presionarte de ninguna forma puesto que me doy cuenta que tu decisión está tomada y la respeto. Pero como mamá

me dijo ayer por teléfono que pensaba ir a verte -y sé que va a ir a pesar que le pedí por favor que no lo hiciera-, conociéndola me imaginé que cabía la posibilidad de que se desubicara y no fuera muy cortés contigo (no sé por qué cuando le conté que no seguiríamos juntos porque era claro que vos no querías, se lo tomó poco menos que como una afrenta personal y terminamos peleadas porque empezó a criticarte y de paso también a tu familia. Hasta a Rita, que no tuvo una buena experiencia con tu hermano, le pareció fuera de lugar). Espero que si esto sucede la sepas perdonar, ella no está bien de los nervios últimamente y cualquier nueva preocupación la descompensa y le impide actuar con equilibrio. No le hagas caso. Por lo demás espero que te encuentres bien, a esta altura me imagino que ya habrás empezado con los cursos de Facultad; ojalá que te sientas a gusto. Yo por mi lado estoy viviendo una situación bastante embromada. Mi vida cambió de un momento a otro drásticamente y ahora me tengo que hacer a la idea que no puedo volver a Montevideo quién sabe por cuanto tiempo (pero podrían ser muchos años). A esto debo agregarle que aquí el ambiente no es el mejor para mi condición de "sediciosa". Son insistentes los rumores de Golpe de Estado y todo el mundo presiente una catástrofe en cualquier momento. Hoy mismo se han visto tanques en las calles, así que no me extrañaría que ya se hubiera concretado. Tal vez cuando esta carta te llegue ya tengamos una nueva dictadura en América Latina. Yo trato de no pensar en las consecuencias de una escalada militar, pero el panorama se complicaría mucho para todos los uruguayos que están acá. De cualquier forma, como dicen, al mal tiempo buena cara. Por lo pronto, ya que me tengo que quedar, me propongo no ser una carga para nadie y ya he empezado a buscar trabajo aunque está difícilísimo, con la desocupación que hay. Lamentablemente mi padre, en vez de ayudarme, después que le di la noticia que no puedo vol

ver, ha cambiado como del día a la noche. Estos últimos días no ha perdido ocasión para quejarse amargamente que no gana lo suficiente para mantenerme y ayer tuvo el caradurismo de decirme que lo mejor que podría hacer sería volver a Montevideo y presentarme ante los militares porque según él de esa forma me perdonarían. Por supuesto que esa no es una opción válida, sería suicida y no lo pienso hacer, pero es penoso descubrir en la clase de persona en que se ha convertido mi padre. Menos mal que aquí también he conocido gente fantástica que me ha ofrecido su ayuda incondicional y de alguna manera voy a salir adelante.

Bueno, me despido, Javier. Cariños. Claudia”.

Sin dar señales de que algo hubiera alterado su forma de vida, Javier siguió normalmente con sus actividades y nadie notó que se hubiera producido algún cambio en su conducta. Veinte días después de haber recibido la carta de Claudia (de la que nadie se enteró por haberla tomado directamente del portero), a eso de la una y media de la tarde se quedó solo en el apartamento. Sabía, desde que su madre se lo comentó días atrás, que en el placard del escritorio de su padre, en un cofre para documentos, había cuarenta mil dólares fruto de la venta de la lana. El doctor había preferido no depositarlos en el banco por temor a una hipotética medida del gobierno sobre las cuentas en dólares y sin ningún recelo los había puesto allí. El ómnibus para el departamento de Colonia que hacía combinación con el Ferry partía a las dos y media de la tarde. En la mañana, con un dinero que tenía de reserva, había comprado el pasaje y llamado por teléfono a una sorprendida madre de Claudia para que le avisara a ésta de su llegada. Lo tenía todo bien madurado. Con una de las llaves de un gran manojo abrió el placard y forzó fácilmente el cofre con un destornillador. De uno de los cuatro fajos que había

sacó veinte lustrosos billetes de cien que colocó en el bolsillo de su pantalón. Enseguida cerró con llave el placard y salió a la calle para ir a cambiar algunos dólares en moneda argentina. Cuando volvió eran las dos menos diez y el apartamento como esperaba seguía solitario. Su madre, que había almorzado con él a las doce, se había marchado a la casa de una amiga porque era su día de bridge. Su padre había avisado el día anterior que no lo esperaran hasta la noche porque tenía un día muy agitado en el Estudio. Pablo estaba en Punta del Este en la casa del flaco Marcelo y la empleada hacía días que faltaba por un hijo accidentado en una moto que debía cuidar. Arrancó una hoja de block y escribió escuetamente con letras mayúsculas:

"PAPA. ME VOY A BUENOS AIRES. SAQUE DOS MIL DOLARES DEL PLACARD. TE LLAMO EN CUANTO PUEDA. JAVIER".

Dobló la hoja a la mitad y la metió en un sobre blanco que cerró usando su saliva para pegar la parte engomada. Inmediatamente dejó el departamento y corrió por las escaleras hacia el piso de abajo donde vivía una solterona que fue compañera de colegio de su madre. Se le había ocurrido que, aunque fuera muy improbable, por un imprevisto podía llegar alguien de su casa antes de lo calculado y tratar de impedir su viaje enseguida de leer la nota. Dejándosela a la vecina ésta recién la entregaría a última hora de la tarde o en la noche. ¿Era demasiada precaución? ¿Quién iba a correr detrás del ómnibus o a denunciarlo a la Policía para que el Ferry no saliera del puerto de Colonia? Nadie, sería absurdo, pero de todas maneras no estaba de más, necesitaba estar seguro. "Isabel, me voy con unos amigos y no vuelvo a dormir a casa. Como no están mis padres y no pude avisarles te dejo esta nota para que se las alcances esta noche". La mujer miró el sobre con extrañeza pero le ahorró tortuosas explicaciones al no preguntarle por qué no lo dejaba en su apartamento en vez de

en el de ella, ni la causa por la cual si se trataba de una inocente esquila la había introducido en un sobre cerrado. Por el contrario, le contestó amablemente que no había problema, y a continuación Javier tuvo la explicación de por qué la solterona no había reparado en aquellos detalles: estaba afligida por su salud. No bien se metió el sobre en uno de los bolsillos de su vestido, pasó a referirle lo que era su mayor preocupación en esos momentos, ni más ni menos que la historia de un dolor que sentía desde ayer y que ella pensaba que podía ser el nervio ciático, ya que había tenido problemas de columna hacía diez años y los médicos le diagnosticaron una probable hernia de disco, pero después le dijeron que era reuma y le habían recetado unos medicamentos que lo único que consiguieron fue arruinarle el estómago dejándole el dolor intacto. Por suerte ella, siguiendo los consejos de una amiga, fue a una yuiería y se curó de un día para el otro con un preparado de yerbas fantástico. ¿Qué opinaba él que estudiaba Medicina? ¿Volvería a tomar aquel preparado mágico o le convenía estudiarse por si el dolor ocultara un problema de fondo más serio? De vuelta en el departamento, después de dejar perpleja a la solterona diciéndole que no entendía nada de medicina y además aquel mismo día había abandonado sus estudios, se metió en su cuarto, abrió el ropero, tomó una pequeña valija de cuero ya preparada con su equipaje, y se puso un saco cuyos bolsillos revisó para comprobar que tenía los documentos, el pasaje y la billetera donde guardó los dólares que tenía en el bolsillo del pantalón. Antes de salir del departamento, se miró en un espejo colgado en el living como para constatar que era él efectivamente el que estaba protagonizando aquellos acontecimientos que hacían latir con tanta fuerza su corazón. Ya eran las dos y cuarto. Las cuatro cuadras que lo separaban de la terminal las atrevesó corriendo, valija en mano. Después, mientras se acomodaba en el asiento del ómnibus tuvo un breve

estremecimiento al pensar en la reacción de su familia cuando se enteraran: en el golpe y la decepción que sufriría su padre, en la angustia y el desconsuelo de su madre, en lo qué diría Pablo. Pero todo eso pasaría, lo superarían. Dentro de unas horas, cuando cualquier integrante de su familia volviera, él ya estaría cruzando el Río de la Plata por primera vez desde que sus padres los habían llevado a él y a Pablo de niños, o quizás ya hubiera llegado a Buenos Aires. La vida podía ser maravillosa, no cabía duda; no dependía más que de uno mismo que así lo fuera. Solamente se requería estar dispuesto y alerta para actuar con decisión cuando la oportunidad se presentara, y para él, finalmente, había llegado ese preciso momento.

CAPÍTULO VI

Había anochecido cuando el Ferry llegó al puerto de Buenos Aires. La gran ciudad imponía su presencia perfilando sus múltiples edificios ya iluminados, mientras Javier experimentaba, por primera vez desde que salió por la puerta de su apartamento, todo el peso de la incertidumbre y algunas dudas que en forma inoportuna comenzaban a aflorar. Para combatirlas, se dijo que no dejaba de ser perfectamente natural que se encontrara algo nervioso, pero que lo importante era tener presente que, después de tantos años en los que había actuado como un ciego empujado por una multitud de ideas y emociones confusas, estaba experimentando la inigualable sensación de estar dirigiendo su propia vida. Por este sentimiento bien valía la pena cualquier sacrificio y se hacía soportable esa ligera angustia que sintió al arrimarse el barco a tierra. Antes de pasar por la Aduana, Javier divisó a Claudia del otro lado de una barandilla agitando sus manos junto a otras personas que también saludaban. Su pelo rubio estaba recogido con un prendedor en la nuca, y llevaba puesto un vaquero y una blusa blanca sin mangas; de su hombro derecho colgada una cartera azul que bailoteaba con el movimiento de los brazos. Apenas dejó los controles de emigración llegó hasta él y lo abrazó con lágrimas en los ojos. El la abrazó a su vez y sintió una fuerte emoción, mucho mayor de la que hubiera podido imaginar.

— ¿Cómo andás? -preguntó Claudia mirándolo como si dudara que fuera él.

—Bien... -contestó Javier sonriéndole-. ¿Nos sentamos

a tomar algo?

—¡Qué sorpresa, Javier! -dijo Claudia recuperada, después que pidieron refrescos-. Cuando mamá llamó hoy para avisarme no lo podía creer.

—Aquí estoy y te voy a pedir un favor: no me preguntes mucho más porque no me está permitido hablar -susurró Javier con seriedad.

—¿Por lo menos podés decirme a dónde vas a quedarte? -preguntó Claudia sin inmutarse.

—Todavía no me ha sido revelado, pero mientras no lo hagan creo que recorreré unas cuantas plazas buscando un buen banco -dijo Javier en el mismo tono y entonces los dos se echaron a reír.

—De casualidad, ¿no se te ha ocurrido pensar hasta ahora que estoy un poco loco viniendo así... tan de repente? -pensó Javier.

—No, no... pero es cierto que no me lo esperaba... aunque pensándolo bien tengo que admitir que siempre sospeché que estabas un poco chiflado -dijo Claudia radiante-. Yo estoy con mi padre viviendo en un hotelucho, si querés puedo preguntar si hay lugar, pero no creo que te guste.

Javier le respondió que de pronto esa noche sería mejor que durmiera en cualquier hotel del Centro y por la mañana lo pensaría. Claudia no dejaba de sonreír, su cara y sus brazos lucían tostados por el sol, estaba hermosísima. En ese instante Javier se dio cuenta de algo elemental que parecía habersele escapado en la vorágine de ideas y sentimientos que precedieron a la resolución que lo trajo allí:

esa muchacha que tenía enfrente y lo miraba con una sonrisa tan dulce que podría derretir las piedras, era la única persona en aquella ciudad, y por más que la pasión no hubiera sido la causa de su viaje, sólo porque estaba ella había venido. No podía negar lo agradable que le había resultado volver a verla y sobre todo se sentía agradecido por el tacto con que lo había recibido. Se imaginaba lo chocante que hubiera sido verla armar un melodrama o que se hubiera mostrado recelosa, vengativa, o mucho peor, indiferente. Sin embargo lo estaba tratando con el afecto de siempre, con la misma atención, con la tozuda e indisimulada fe nunca vencida en que aún existía una oportunidad para ellos. ¿Su madre fue insolente con él?, sí, ya se lo imaginaba, hoy cuando la llamó por teléfono para avisarle que él venía tuvieron una discusión porque le había pedido encarecidamente que no fuera a verlo. No había pasado nada, Claudia, sólo estaba un poco alterada, pero no hubo ningún escándalo, nada que lamentar. ¿Y ella salió requerida por comunista en la tele?, ¿su foto apareció con la marchita de las Fuerzas Conjuntas? No, y no creía que fuera a pasar, de todas maneras no le convenía volver. Sí, eso es lo que ella pensaba también; era muy triste no poder regresar a su propio país y estar en otro donde tampoco podía estar muy confiada. ¿Tan feas estaban las cosas por allí? Muy difíciles, Javier; después del golpe de Estado se había desatado una ola de terror represivo y cualquiera con antecedentes sin importar de dónde viniera estaba expuesto a lo peor. Que se quedara tranquila, si a ellos nadie los conocía, que no se dejara asustar por los alarmistas de siempre; ¿qué le parecía si ahora iban al Centro, él buscaba un buen hotel, dejaba la valija y la invitaba a comer algo? En la misma entrada de la terminal se subieron a un ómnibus que los dejó en plena Avenida Corrientes. A pocas cuadras de allí se toparon con un hotel dos estrellas que a Javier le pareció justo lo que estaba buscando. Sin pensar-

lo dos veces se inscribió dejando la valija en una pequeña habitación en el cuarto piso que olía a detergente. Sin demorarse más que para abrir la ventana que daba a la calle, bajó a la recepción donde Claudia lo esperaba y caminaron por el Centro de una ciudad de la que él recordaba muy poco ya que tenía nueve años cuando sus padres lo trajeron. Había poca gente en las calles y era natural porque era lunes; les inspiró temor la presencia de los vehículos militares estacionados o patrullando las calles que ya habían visto desde el autobús. Mientras caminaban Javier le contó a Claudia del dinero que había traído y no le ocultó el modo como lo consiguió dejándola boquiabierta. Al llegar a la calle Lavalle entraron en un bar que ocupaba dos pisos en una esquina con la intención de comer algo, pero cuando acudió el mozo descubrieron que la excitación les había sacado el hambre y pidieron solamente unos cortados.

—Todavía me cuesta creerlo. No quiero ni pensar cómo estarán en tu casa, lo que van a decir... Seguro que me van a echar la culpa -dijo Claudia y enseguida de una corta pausa sonrojándose prosiguió-: sé que no viniste por mí, pero me gustaría dejar en claro que no quise presionarte cuando te escribí, fue por lo que me dijo mi madre, sólo quería...

—No tenés que explicarme nada, Claudia. Fue algo que decidí libremente -la interrumpió Javier-. Simplemente se dieron las circunstancias... y aunque no sé exactamente lo qué voy a hacer, eso no es lo importante sino haber tomado la decisión. Sé que en el correr de los días se me irán aclarando las cosas.

—Supongo por lo que decís que querés quedarte -dijo Claudia con cautela-. Vos ya sabés que acá el ambiente no es bueno y lo más seguro es que empeore. Es difícil enten-

der que no tuvieras ningún proyecto en mente al venir.

—Simplemente no quería seguir con la vida que llevaba. Viniendo aquí me pareció que estaba dando el paso definitivo para dejarla atrás -dijo él, y como se sintió incómodo tratando de explicarse decidió cambiar de tema preguntándole cómo iba la relación con su padre.

Claudia le repitió lo que ya le había contado en su carta agregándole algunos detalles. Su padre, después de enterarse que no podía volver a Montevideo por causas políticas la sorprendió cambiando la amabilidad y el cariño del principio por el hostigamiento actual para obligarla a volver. Si tuviera alguna posibilidad ya se hubiera marchado del hotel, pero mientras tanto trataba de no encontrarse con él y seguía buscando un trabajo que le permitiera independizarse. Su madre la última vez que se comunicaron por teléfono le había dado la dirección de un primo que tenía un puesto muy importante en una editorial y mañana planeaba ir a entrevistarse con él. Le aseguraba que todavía no podía adaptarse al giro tan brusco que había dado su vida, además le dolía mucho la actitud de su padre al que ella había defendido a pesar de todo. Ahora comprendía que era un hombre enfermo. Estaba obsesionado con el dinero. Según él había recibido una oferta de trabajo y estaba ahorrando hasta el último peso para irse a Estados Unidos. Casi lloriqueó al decirle que ésta representaba su última oportunidad de levantar cabeza. Puro teatro Javier, porque más allá de la veracidad de su historia, que aunque fuera cierta tampoco lo justificaba, también podían ser verdad los rumores escuchados en el hotel de su vuelta a las andadas, es decir al juego otra vez rompiendo con años de abstinencia. Era solo cuestión de tiempo que dejara de pagarle el hotel y entonces sí que no sabría lo que iba a hacer. Por suerte, como le dijo en la carta, había he-

cho amigos entre los inquilinos e incluso se había contactado con camaradas de la Juventud Comunista, en su misma situación, que le ofrecieron ayuda y la mantenían informada sobre la marcha de los acontecimientos tanto en Uruguay como en la Argentina. Le comentó otra vez de la violencia indiscriminada que estaba usando el régimen militar contra todo tipo de oposición, del temor generalizado que existía, y Javier, que quería evadirse de esos temas y no aceptaba sentirse amenazado por una situación que le parecía a esa altura totalmente ajena, la interrumpió y le propuso que ya que no tenían hambre y tampoco era tarde, ¿por qué no aprovechaban para dar una vuelta?... o se le ocurría algo mejor, ¿por qué no iban al cine?; de pasada, mientras venían caminando, vio en una sala que estaban dando "El extranjero" con Marcelo Mastroiani, uno de sus actores preferidos, y como había leído la novela que en su momento lo impactó, tenía mucha ganas de ver la película. A Claudia le pareció bien, también ella encasitaba distraerse. Cayó en la cuenta que con la presencia de Javier los disgustos de las últimas semanas le pesaban menos y la había ganado una inexplicable confianza, como si con él allí nada malo pudiera pasar. Desde el bar sólo tuvieron que caminar dos cuadras para llegar al cine y la suerte los acompañó porque estaba a punto de empezar la función. En el cine eran ellos y unas diez personas más mirando el film, y mientras duró sus pensamientos estuvieron muy lejos de cualquier preocupación. Cuando salieron faltaban quince minutos para las doce y Claudia de improviso se puso pálida y empezó a rebuscar ansiosamente en su cartera. Sería posible que hubiera perdido las llaves..., no, no, pero si las había dejado en el hotel, sí, estaba segura, si no recordaría haberlas sacado de la cómoda donde habitualmente las guardaba. Se tenían que apurar, Javier, si no le encargada que odiaba a su padre y asimismo a ella de paso, no le abriría. A todo esto apareció un taxi y Javier sin vacilar lo

paró pensando que era lo más rápido y seguro teniendo en cuenta el control militar que había en las calles. En unos minutos se detuvieron ante una puerta pintada de verde, donde Claudia descendió y tocó el timbre. Tuvo que hacerlo varias veces antes de que una anciana menuda acudiera a abrirle.

—¿No sabe la hora que es señorita? -dijo la anciana con tono amenazante.

—Alrededor de las once de la mañana me doy una vuelta. ¿Vas a estar? -le gritó Javier desde el taxi.

Claudia alzó igualmente su voz para decir que sí, qué bárbaro, y haciendo oídos sordos a las protestas de la mujer lo despidió agitando ligeramente una mano y entró.

Javier volvió en el taxi a su hotel. Ya en su habitación cerró la ventana dejando las cortinas descorridas, se desvistió de prisa, se puso una camiseta que sacó de la valija, y se acostó. Se encontraba agotado pero le costaba dormirse por la cantidad de sensaciones, pensamientos, emociones que se agolpaban a flor de piel demandándole atención. Finalmente consiguió dominarse y en la antesala del sueño, todavía apegado al cuarto del hotel pero sintiendo que se alejaba a zonas más imprecisas, se vio envuelto por una luz cegadora, que confundió en un principio con la bombilla de luz que colgaba del techo, pero cuando su claridad incendió la habitación hasta hacerla desaparecer, era él el que, como el protagonista de la película, se encontraba en la arena, a orillas del mar, abrasado por un implacable resplandor que parecía disolver el mundo, obnubilado por un tremendo bochorno, incorporado en un sueño donde se miraba a sí mismo realizar actos caprichosos con voluntarioso optimismo, sintiéndose una víctima más de aquel

sol despiadado. Sin solución de continuidad le pareció despertar varias veces del mismo sueño, pero siempre en el dormitorio de su niñez, en la casa de la Aduana, pensando que su madre abriría la puerta de un momento a otro para levantarlos a Pablo y a él para ir a la escuela. Cuando se despertó realmente la luz del día entraba a raudales por la ventana. Su reloj le dijo que eran casi las diez; afuera se escuchaba amortiguado el poderoso ruido de la ciudad empeñada ya en un vertiginoso ajeteo. Tuvo que aguardar inmóvil unos minutos hasta que los últimos vestigios del sueño se evaporaron de su cuerpo y con determinación saltó de la cama y se dedicó a la rutinaria tarea de bañarse, afeitarse y vestirse haciéndolo todo con la mayor rapidez. No bien estuvo listo bajó en el ascensor y salió del hotel luego de dejar las llaves en la recepción. En la acera de enfrente se metió por la boca de un subte y siguiendo las instrucciones que Claudia le dio durante el trayecto en el taxi el día anterior, se subió a un tren, luego bajó y recorrió un túnel, y seguidamente tomó otro tren que lo llevó a una terminal donde finalmente salió a la luz del día a media cuadra del hotel con la puerta verde. Lo atendió la misma anciana rezongona que le indicó con un gesto de fastidio que esperara en la recepción. Cuando Claudia llegó vestida elegantemente con pollera y una camisa de seda, sonriéndole con afecto lo invitó a sentarse en un apollado sofá.

—Ahora voy a ir a ver al primo de mi madre a la editorial. ¿Me acompañás? -le preguntó Claudia.

—Mirá en realidad no sé... tengo muchísimas cosas que hacer hoy y no creo que me dé el tiempo... -dijo Javier y Claudia lo empujó suavemente con una mueca y los dos se rieron frente a la iracunda mirada de la encargada.

Fuera del hotel se dirigían a la entrada del subte cuando

Javier la detuvo en la vereda tomándola de un brazo.

—Claudia, te quiero hacer una pregunta que de hecho es una proposición. ¿Vos te irías a vivir conmigo?

Ella se había detenido y lo estaba mirando con expresión severa como para demostrarle que si era una broma se estaba pasando de la raya. Pero no era una broma. Javier lo había estado meditando durante el viaje en el subte y al principio había desechado de plano la idea por irresponsable, pero casi enseguida se había dado cuenta que era eso y no otra cosa lo que quería hacer. Era como si repentinamente lo hubiera visto todo con claridad. La vida de los dos había sufrido cambios muy importantes y estaban solos en aquella ciudad, por lo tanto se necesitaban el uno al otro. Además la situación era tan diferente, tan nueva que el porvenir ya no se le presentaba como una suerte de aburrimiento, como una irremediable y lenta decadencia, sino que estaba repleto de incertidumbres y desafíos que hacían que sus sentimientos por ella se hubieran reavivado. Por más que era consciente que no era posible que entre los dos existiera lo mismo que al principio, que nada se mantenía igual, las emociones no eran tan simples ni lineales, sino complejas y muchas veces contradictorias. Hasta no hacía mucho hubiera desconfiado de estos impulsos, se hubiera preguntado mil veces si era justo o conveniente lo que iba a hacer, pero ahora estaba dispuesto a seguirlos sin vacilar. Al fin de cuentas para eso había venido. Hubiera sido lamentable haber hecho el esfuerzo por cambiar, haber dejado atrás las ventajas de su medio, si no podía seguir libremente lo que le dictaban sus instintos, si por debilidad volvía a imponerse nuevas reglas que lo hicieran sentirse como un transgresor cada vez que las desobedecía.

—¿Qué te parece si tomamos algo y lo hablamos? -dijo

Javier al ver que Claudia estaba perturbada y no le contestaba.

—¿Vos estás seguro de lo que me estás pidiendo? -dijo Claudia que mantenía su expresión seria después que se sentaron en el único sitio que quedaba frente al mostrador de un bar, a pocos metros de la entrada del subte-. Si estábamos prácticamente separados hasta que apareciste. Si es por mi situación ya te dije que conmigo no tenés ninguna obligación. Además ya no tengo más remedio que quedarme... Lo que quiero decir es que tu caso es totalmente diferente al mío y no tenés que arriesgarte a pasarla mal lejos de tu casa.

—Pero yo no voy a volver. No entendés que no es un capricho ni lo hago por obligación -dijo Javier con viveza, tomándola de las manos-. En Montevideo era diferente, pero acá estoy en una condición que nunca hubiera imaginado. Allá me sentía prisionero y mis sentimientos respondían a esa realidad. Acá sólo estamos los dos, sin interferencias y todo depende de nosotros.

—Vos sabés lo que yo siento. Me dolió la separación, mucho, pero no te guardé rencor -dijo Claudia con los ojos humedecidos-. No creas que no sé lo que quiero, pero me asusta la idea. Hay algo en vos que se me escapa, algo que de pronto por haber sido muy esquemática o simplista no fui capaz de darte... pero supongo que tenemos que intentarlo. Siempre pensé que merecíamos otra oportunidad. Por otro lado no me perdonaría nunca si me negara, si no me arriesgara.

Aquel día no fueron a lo del pariente de Claudia sino que estuvieron hasta la noche buscando un lugar para alquilar. ¿Qué iban a esperar? A su padre ella le diría que

se mudaba a lo de una amiga y estaba segura que no sólo no se opondría sino que ni se molestaría en comprobar si era verdad. Después que consiguieran alojamiento, ¿no sería lo mejor enviarles a sus padres la dirección, Javier? El le contestó que prefería esperar un poco más pero ella insistió; no tenía que olvidar lo angustiados que debían estar y ese mínimo gesto les daría la tranquilidad de saber por lo menos dónde localizarlo. Era fundamental buscar un lugar barato porque mientras no consiguieran trabajo debían cuidar los dólares, había proseguido Claudia, por suerte el cambio los favorecía y aquel dinero les duraría unos meses si no lo malgastaban. Javier, que había comprado un diario, anotó eligiéndolas al azar, unas diez direcciones de pensiones en diversos barrios, y durante el resto de la mañana y toda la tarde se dedicaron a visitarlas una por una ayudados por un plano de la ciudad. La búsqueda les resultó mucho más trabajosa de lo que esperaban. La mayoría de las direcciones estaban lejos unas de otras y perdían mucho tiempo en llegar. Algunos lugares eran muy buenos pero demasiado caros, otros verdaderos tugurios, y los que podían servirles estaban completos. Ya se encontraban a punto de desistir y dejar la búsqueda para el próximo día, cuando un chileno que vivía en la última pensión que visitaron les habló de una por Flores. Les contó que vivió durante un año allí antes de mudarse a un lugar más cerca de su trabajo, que era un sitio aceptable donde los dueños eran bastante buena gente y les dio una nota de recomendación. Llegaron cuando anochecía. La pensión estaba a unas pocas cuadras de la Avenida Rivadavia en un barrio de clase media, y aunque era modesta estaba en un buen punto y parecía un lugar familiar, acogedor. Los dueños eran un matrimonio gallego de mediana edad. La mujer, que fue quien los recibió, era baja y regordeta, de ojos vivaces y mejillas sonrosadas que le daban un aspecto infantil. Luego de leer la nota del chi-

leno, les dijo amablemente que estaban de suerte porque acababan de dejar una pieza libre. Enseguida apareció su marido que también era corto de estatura pero el doble de gordo. Les estrechó blandamente la mano, y, después de mirarlos con desconfianza y preguntarles si eran mayores de edad, les enseñó una habitación amplia cuya vieja puerta pintada de marrón oscuro y una ventana con persiana daban a un pequeño patio con ropa colgada de algunos alambres. Tenía baño, olía a limpio y las paredes y el techo estaban inmaculadamente pintados de blanco sin las manchas de humedad y el deterioro que habían visto en otros lugares. No estaba nada mal, comentaron. El precio tampoco era muy elevado, así que sin pensarlo más, le mostraron al hombre los documentos y tomaron la pieza pagando un mes por adelantado.

Esa misma noche, sin tomarse descanso, cerraron con llave la habitación, enseguida de pagarle al dueño, y fueron a buscar sus pertenencias a sus respectivos hoteles. En el de Claudia, su padre llegó unos minutos después que ella y como había calculado no puso objeciones cuando le contó que se iba a mudar ni le exigió ninguna explicación. No le preguntó tampoco el nombre de la amiga con que se iba a mudar ni le interesó cómo pensaba mantenerse. Ni siquiera, aunque más no fuera por conservar las apariencias, tuvo el decoro de demostrar algún interés averiguando por lo menos la dirección, lo que la hizo pensar que había sido una ridiculez mentirle porque de cualquier manera hubiera estado encantado con su partida. Además estaba segura que sabía que se iba con Javier porque no era tonto y se daba cuenta de que no podía ser casualidad que al otro día que él llegara ella decidiera intempestivamente mudarse. Le dijo solemnemente que ya era mayor y si no se encontraba a gusto allí nadie la iba a retener. Como comentario final, antes de dirigirse a su propia habitación,

le dijo que seguramente él pronto se iría a Estados Unidos así que lo mejor sería que si llegaba a irle mal volviera a Montevideo con su mamá, que como ya le había dicho, si no había sido requerida oficialmente si se presentaba para aclarar su situación no le pasaría nada. Ella no lo contradujo, ni le hizo ningún reproche, apenas le dijo que sí, que bueno, y hasta puso su rostro cuando la besó para despedirse: cualquier cosa era válida con tal que desapareciera de una vez. Después de poner sus cosas -que no eran muchas puesto que no había venido preparada para quedarse mucho tiempo-, en un bolso grande marrón, saludó a algunos amigos y al pasar frente a la recepción rumbo a la calle la encargada le dijo con su aspereza habitual que hacía una hora habían llamado de Montevideo preguntando por ella. “¿Mi madre?”, preguntó Claudia. “No, una mujer que dijo que era la madre de Javier”, le contestó la vieja. Cuando se encontró con Javier afuera lo abrazó fuertemente aguantando las ganas de llorar.

—No quiero volver a verlo nunca más. Ojalá que se pudiera -dijo Claudia con rabia, y enseguida, recordando lo que le había dicho la encargada, agregó con un tono más calmado-: tu madre llamó hace un rato. Sería mejor que te comunicaras con ella.

—No -dijo Javier resueltamente-. Por teléfono va a ser un desastre, habrá protestas, gritos. Mañana sin falta les escribo. Ahora vamos a buscar mis cosas.

Ya instalados en la pensión de Flores se encerraron en la habitación e hicieron el amor con un ardor que daban por perdido. De pronto Javier se encontró haciendo planes a la par de Claudia en una situación insólita que nunca creyó que viviría y que ni siquiera podía explicarse del todo. Aquel entusiasmo recuperado había necesitado una rup-

tura, una situación forzada, límite para renacer. ¿Subsistiría? ¿Debía cuidarlo, alimentarlo como a un niño frágil, enfermizo, o era lo suficientemente robusto para tener vida propia y permancer? Convinieron que al día siguiente irían sin falta a hablar con el pariente de Claudia a la editorial y agotados se durmieron temprano. A las ocho ya estaban en pie. Desayunaron en un bar cercano y de ahí tomaron un micro y se dirigieron primero a la Central Telefónica donde Claudia llamó a su madre al trabajo y le dejó la nueva dirección (no así el teléfono que no se había acordado de preguntar) y le pidió que se comunicara con los padres de Javier para calmarlos y decirles donde estaban ("Anoche me llamó la madre de Javier desesperada y le di tu teléfono", le había dicho su mamá que no comentó su decisión de irse a vivir con Javier y nada más le pidió que se cuidara). Después fueron al Correo en subte a dejar la carta que Javier escribió a sus padres antes de salir de la pensión, donde les daba las señas de su nuevo alojamiento. En la misma les aseguraba que se encontraba bien y les prometía escribirles más adelante para contarles lo qué pensaba hacer. No había habido ningún intento de justificación, ninguna disculpa y por supuesto ninguna referencia al dinero, a pesar de las sugerencias de Claudia que quedó impresionada por el desapego de Javier teniendo en cuenta los efectos que estaban en juego.

Otra vez en pleno Centro, entraron a un edificio y en el cuarto piso los hicieron esperar media hora antes de ser recibidos por un hombre afable, de unos cincuenta años, enfundado en un costoso traje azul, camisa impecablemente blanca, y una corbata color salmón. Con la extrema amabilidad y la desenvoltura propias de un ejecutivo les hizo algunas preguntas para saber en qué situación estaban y les pidió información acerca de su "querida prima" que hacía tantos años no veía. Luego que Claudia le contó sus pro-

blemas políticos y le dijo que su madre estaba perfectamente, el hombre se levantó de su asiento detrás de un suntuoso escritorio donde se destacaba un pisapapeles con la imagen en bronce de Dante, y, mirándolos alternativamente a los ojos, les manifestó que no obstante no haber vacantes por tratarse de la hija de su “querida prima”, haría una excepción y si ellos estaban dispuestos los tomaría como vendedores. Les dijo que si bien el trabajo era duro y nada fácil, si ponían de su parte el suficiente empeño y ambición saldrían adelante. Les explicó que su tarea consistiría en vender casa por casa en un radio predeterminado los diccionarios y enciclopedias que la empresa editaba, aclarándoles que no había sueldo ni viáticos y que todo dependería de su habilidad para vender la mayor cantidad posible de libros. Eso era justo, dijo, considerando los altos porcentajes que se pagaban por las ventas y no debían desanimarse si en las primeras salidas fracasaban, ya que era perfectamente normal y a todos les había pasado, con más razón si se valoraba que ninguno de los dos había tenido experiencia previa en ventas. De todas formas la editorial tenía previsto que los primeros días los principiantes salieran con un vendedor veterano que les enseñaría la manera de vincularse con la gente de modo de no ser rechazados, y más adelante les ofrecerían un curso de capacitación. Ya caerían en la cuenta que era un verdadero arte convencer a una persona para que gastara su dinero, demostrarle que más allá del deseo del vendedor de hacer su trabajo un producto era por sí solo lo suficientemente atractivo como para merecer ser comprado. Pero eso lo adquirirían con la experiencia. Lo principal, les repitió, era no desanimarse de entrada. El mismo en sus orígenes había sido un simple vendedor, y gracias a su natural habilidad, pero más que nada a su gran perseverancia había ascendido en la empresa hasta llegar hasta ese alto puesto. Finalmente sin dejarlos pronunciar ni una palabra de agradecimiento, que

seguramente ellos podrían querer emitir agobiados por semejante generosidad, y sin duda también considerando que ya les había dedicado un tiempo excesivo, besó a Claudia, le dio la mano a Javier y antes de acompañarlos hasta la puerta de su despacho los citó para el próximo lunes a las siete en punto de la mañana ocasión en que les presentaría al vendedor con el que saldrían las primeras veces a partir de ese mismo día. No se podría decir que salieron muy animados de la entrevista. Según Javier el pariente de Claudia era un chanta porque avisos pidiendo vendedores de libros salían unos cuantos todos los días y estaba seguro que si se ponía a mirar en el diario los clasificados iba a encontrar un anuncio de aquella editorial. Pero por lo menos podían probar, dijo Claudia, ¿qué perdían?, y mientras tanto habría que seguir buscando y más adelante si no conseguían nada verían. Sí, algo encontrarían, dijo Javier, no muy convencido. Como último recurso, prosiguió Claudia, porque no tenían que pasar penurias innecesariamente, siempre estaba la posibilidad del asilo político, algunos compañeros en la misma situación que ella lo habían conseguido para algunos países europeos, y él también si quería podía pedirlo. Javier pensó que aquella era una opción a tener en cuenta y lo dejó admirado el sentido práctico de Claudia. Le dijo que lo mejor sería dejar pasar un tiempo para ver cómo se presentaban las cosas, tenían reservas de dinero y además, tenía razón, no costaba nada probar con la venta de libros, de repente terminaba en el cargo de su pariente. “Habilidad natural y perseverancia”, dijo Javier imitando el tono pomposo del hombre, ¿le causaba risa?, ¿por qué no podía tener esas magníficas cualidades?, acaso sus antepasados no habían venido a hacerse la América con los bolsillos vacíos. Claro que sí, pero hablando en serio, ahora era otra historia, Javier, y más que nunca era necesario que fueran realistas y tuvieran en cuenta todas las posibilidades. “Ya se puso en campaña”, pensó Javier. “Ya es la

Claudia de antes, decidida, emprendedora. Pero esta Claudia sirve a mis sueños, se ha puesto a mi disposición para que yo los cumpla”.

Mientras tanto, a su alrededor, la sociedad argentina estaba profundamente convulsionada y los dos se daban cuenta que el estado de cosas era lo menos parecido a un cuento de hadas. La Junta Militar, que había derrocado al gobierno dirigido por la viuda de Perón, había instaurado una dictadura feroz y ya se sucedían los asesinatos y desapariciones no sólo de guerrilleros sino de dirigentes y militantes de los partidos de izquierda o simples opositores sin importar de donde procedieran. Se estaba produciendo lo mismo que en el Uruguay pero a una escala y con una virulencia muchísimo mayores. Antiguos camaradas le habían informado a Claudia que los Servicios de Inteligencia uruguayos y argentinos estaban colaborando para localizar compatriotas requeridos o meramente sospechosos y se hablaba de algunos ex integrantes de la Juventud Comunista que habían resultado ser espías y habían sido vistos en Buenos Aires integrando las fuerzas represivas. De pronto la idea de Claudia de pedir asilo político era lo más acertado, caviló Javier, y tal vez constituía una salida para él ya que no estaba en sus planes volver a Montevideo.

Los próximos días estuvieron tan inmersos en sus preocupaciones que no se comunicaron con sus familias. Se dedicaron sobre todo a visitar a conocidos de Claudia que les dieron direcciones y recomendaciones para conseguir trabajo y quedaron en avisarles si sabían algo. “No sé si está bien que le demos la dirección a gente que apenas conocemos, pero no creo que pase nada”, le dijo Claudia dubitativa. “Claro que no va a pasar nada. Tampoco nos podemos volver paranoicos”, afirmó Javier. El viernes por la noche fueron a cenar al Centro y volvieron tarde a la

pensión. Alrededor de las diez de la mañana todavía dormían cuando fueron despertados por unos golpes insistentes en la puerta.

—Ya va -dijo Javier medio dormido-. ¿Quién es?

—Telegrama -dijo la voz del dueño de pensión-. Tiene que firmar.

En calzoncillos y camiseta Javier entreabrió la puerta y garabateó el papel que le extendían con la birome que había tomado de la mesita de noche. Dijo gracias y volvió a acostarse en la cama. Encendió la veladora de su lado y después de abrirlo leyó el telegrama que le habían entregado. "PAPA FALLECIO ANOCHE. VENITE, PABLO". Durante unos segundos quedó en la misma posición en que lo había leído y después volvió a leerlo. Un tremendo peso comenzó a oprimirle el pecho y permaneció con los ojos cerrados mientras la angustia se instalaba sin resistencia como si todo su cuerpo fuera un recipiente hecho a su medida. En su mente una parte se esforzaba por aceptar la noticia y la otra corría instintivamente en busca de los recuerdos de su padre como si quisiera defenderlos a ellos también contra la muerte. Era terrible... y más terrible aún que hubiera sucedido justo en aquel momento. Le resultaba difícil concebir alguna idea que le trajera alivio... lo único que se le ocurrió pensar entonces fue que aquel dolor tan brutal no persistiría indefinidamente y como siempre sucedía el tiempo y lo que él pusiera de su parte lo confortarían. Sin embargo descubrió en el acto que, en aquellas circunstancias, semejantes pensamientos sólo le producían rechazo y una mayor desazón. El simple hecho de imaginar que la vida seguiría su curso, que el mundo no dejaría de girar por una tragedia más, que todo estaba destinado a pasar no sólo no podía ayudarlo a disminuir su pena sino que además le

resultaba intolerable, como si la propia naturaleza del dolor no le exigiera otra cosa que ser totalmente vivida.

Claudia se movía ahora a su lado, se había despertado y estaba preguntando la hora. Apenas lo miró se dio cuenta que algo muy grave estaba pasando. Javier le alcanzó el telegrama en silencio y ella lanzó una exclamación.

—Esto es horrible, Javier... -le dijo volviendo a leer el telegrama, como si necesitara convencerse que no estaba soñando.

Javier dejó que Claudia lo abrazara llorando y a su vez la rodeó con sus brazos pensando que era bueno que estuviera allí. Le dijo después de un prolongado intervalo que no tenía ningún sentido regresar a Montevideo, que estaba seguro que lo iban a culpar porque siempre había que culpar a alguien. Claudia por su parte no había podido reaccionar todavía, estaba perturbada y además Javier se mostraba tan controlado que no sabía exactamente qué decir ni cómo acercarse para consolarlo. Pensó que no podía ser bueno que se contuviera de esa forma, que no hubiese llorado, que le costara hasta tal punto demostrar sus sentimientos. Era muy difícil que él alguna vez le abriera su corazón, eso siempre la había hecho sufrir, pero le hubiese gustado que si alguna vez lo hiciera no fuera sino en aquel preciso momento ya que presentía que nunca lo había necesitado tanto. Permanecieron abrazados un rato más y al fin Claudia se atrevió a insinuarle si no quería que salieran a caminar y se alegró de haberlo hecho porque él aceptó de inmediato visiblemente aliviado.

Eran cerca de las doce del mediodía cuando salieron de la pensión. Hacía un día templado y el sol brillaba sin amenazas en un cielo despejado. Caminaron primero por los

alrededores y luego tomaron por Rivadavia hasta llegar a una plaza donde había unos niños jugando al fútbol. Se sentaron en un banco. El suelo estaba lleno de hojas amarillentas y había gorriones y palomas correteando tras las migajas que arrojaba una andrajosa anciana totalmente vestida de negro.

—Mañana voy a llamar a casa. Supongo que lo enterrarán hoy... -dijo Javier.

—¿Estás seguro que no querés ir? Yo no quiero que te vayas. Pero se me ocurre que estos momentos necesitarías compartirlos con tu familia-, dijo Claudia pensando que si estaba indeciso, a pesar de su primera reacción afirmando que no viajaría a Montevideo, ella tenía que ayudarlo a darse cuenta de lo que realmente quería. Desde que su madre la enteró de la venida de Javier no había podido dejar de sentirse en parte responsable por haberla provocado con su carta y ahora precisaba estar segura que no era ella el escollo que lo separaba de su familia.

Javier no le contestó. Sólo movió la cabeza negativamente y ella sintió que no podía hacer nada para consolarlo. Durante algunos minutos permanecieron en silencio mirando mecánicamente cómo los niños corrían desforadamente detrás de la pelota. Javier le propuso entonces, intentando imprimirle un carácter más animoso a su voz, que fueran al Centro; le dijo que si conseguían distraerse probablemente la pasarían mejor. Claudia le contestó que le parecía bien por lo que tomaron por Rivadavia y en la primera parada que encontraron se subieron a un micro. Después de bajarse en el Centro deambularon sin prestar atención a nada en particular y al rato se dieron cuenta que no estaban de ánimo para continuar. Claudia le preguntó a Javier si no quería que volvieran pero él se negó diciendo que se

sentiría mucho peor encerrado en el cuarto. Luego entraron en algunas librerías, estuvieron un largo rato sentados en un banco de 9 de Julio, y finalmente decidieron tomar un café en un bar. Claudía, que hasta ese momento había tratado de hablar de temas intrascendentes, le pareció oportuno referirse al padre de Javier pensando que no era bueno tampoco eludir indefinidamente algo tan próximo por más doloroso que fuera. "Todavía no me puedo acostumbrar a la idea", le dijo. "Tu padre era una buena persona. Yo había llegado a quererlo mucho, siempre fue muy generoso conmigo". "Es increíble cómo la muerte le da otra dimensión a las cosas", dijo Javier, luego de unos segundos. "Ahora cuando pienso en los enfrentamientos que tuve con el viejo, en estos últimos años de calma en los que no hice nada por acercarme porque de alguna forma me seguía sintiendo coaccionado en casa, me parece todo tan insignificante... un desperdicio incalculable de tiempo. Es cierto que no hay quien no esté condicionado por el medio en que vive, y de pronto en otro ambiente, en otra época, en otro lugar, con una mente más abierta, hubiéramos tenido la posibilidad de tener otro tipo de relación, como la que deben tener padre e hijo. Pero igual me da rabia no haber sido capaz de sobreponerme a esas limitaciones, no haber tenido la lucidez necesaria para aprovechar esos preciosos momentos que perdí. Si parece que fue ayer cuando tenía seis o siete años y él me contaba para dormir esos cuentos de piratas que yo le pedía que me repitiera hasta el cansancio. Recuerdo hasta la sensación de su mano apretando la mía, el sentimiento de confianza que me transmitía. No sé por qué no puedo apartar esas imágenes... supongo porque sólo desde la niñez se pueden salvar todos los obstáculos. El intentó ser un buen padre, a su manera trató de ayudarme, pero él para mí era una presencia perturbadora, nunca lo dejó de ser, y en este instante quisiera que alguien me dijera cómo superar este malentendido, que al-

guien me diera la fórmula para sobrellevar esta desgracia, que me convenciera de mi inocencia cuando días antes de morir se me escapó prácticamente como un ladrón dándole el peor disgusto de su vida". "No tenés que torturarte, Javier. Vos nunca tuviste la intención de hacerle ningún daño", le dijo Claudia conmovida. "Pero se lo hice", dijo él. "Y no creas que me gusta sentirme culpable. Odio esta situación, la odio. Si una cosa no quiero es que después de tantos conflictos inútiles, ahora, a partir de su muerte, los remordimientos me persigan y contaminen lo único que me va a quedar de él, su memoria. Indudablemente estoy muy lejos de ser lo que me imaginaba. No soy tan fuerte, no soy tan inteligente... Lo que he hecho hasta ahora es pensar y actuar por reacción, creyendo que eso era lo que buscaba, que con eso me alcanzaba para ser libre. Sin embargo, a pesar del dolor, en este caos, siento que hay algo en mí a lo que debo aferrarme con todas las fuerzas, es como una voz interior que me dice que no puedo detenerme ahora, que no puedo arrepentirme. De alguna forma tengo que probar que esa ilusión de libertad que me hizo abandonar las seguridades a las que estaba aferrado, por lo menos sirvió para acceder a una vida diferente que es lo que siempre he querido. ¿Entendés ahora por qué no quiero volver? Esta realidad que estoy viviendo aquí, más allá de lo que pueda suceder, hoy por hoy es para mí un nuevo comienzo y es lo único que poseo. Si retrocedo ahora todo habrá sido en vano".

A la salida del bar Javier parecía más distendido. Claudia pensó que nunca antes él le había demostrado sus sentimientos con tanta sinceridad y sus palabras la habían emocionado e inspirado respeto. No sabía claramente de qué forma la amaba o la necesitaba, asombrosamente esas cuestiones habían pasado a un segundo plano. Javier nunca sería de los que se conformaban, su bús-

queda, sus inquietudes eran legítimas, y le pareció que ahora empezaba a comprenderlo mejor. Estaba segura que lograrían madurar juntos y también para ella podía haber un nuevo comienzo. Estuvieron de acuerdo en regresar a la pensión, así que tomaron otro micro y eran las seis y treinta de la tarde cuando cruzaron la recepción de camino a su cuarto. Lo recordaría claramente el dueño porque enseguida de saludarlos había mirado el reloj que estaba colgado en la pared de enfrente. Media hora más tarde estaba anocheciendo cuando dos hombres uniformados armados con metralletas y otro de particular vinieron a buscarlos. Cuando Javier y Claudia sintieron los tremebundos golpes en la puerta y la voz acuciante ordenando que abrieran de inmediato porque se trataba de un operativo militar, se habían mirado sin poderlo comprender. De improviso habían pasado de la pena, de la esperanza que trataban de preservar juntos al terror y a esta enorme conmoción que no los dejaba pensar. El primero en reaccionar había sido Javier que con una voz que no alcanzaba a ser serena articuló que esperaran a que se vistieran que ya abrían. Claudia lloraba y a Javier le costaba controlarse. A ambos los invadió una sensación de irrealdad, como si estuvieran en medio de una pesadilla. De pronto una situación que siempre habían temido pero contra la que nunca habían tomado precauciones por la simple ingenuidad de creer que esas cosas no podían sucederles a ellos, se presentaba amenazándolos con un peligro real del que eran perfectamente conscientes. Claudia, que se había desvestido para darse una ducha, se volvió a vestir apresuradamente temblando y gimiendo, en tanto Javier se puso aceleradamente los zapatos y pensando que podían registrar la habitación tomó los dólares que tenían escondidos en un rincón del ropero y se los guardó en una media; luego se unió a Claudia y trató de calmarla. "No tenemos que perder la cabeza. Vamos a

ver lo que quieren. Lo más seguro es que sea una simple cuestión de rutina. Nos van a pedir los documentos y después nos dejarán tranquilos". "Tengo mucho miedo, Javier, mucho miedo de que nos lleven...", dijo ella al tiempo que los golpes volvían a estremecer la puerta que parecía a punto de ceder. Sin más demora Javier les abrió. Un hombre alto, moreno, con un pequeño bigote y rostro recio e inexpresivo les preguntó si sus nombres eran Javier Arana y Claudia Rodríguez, y al recibir una respuesta afirmativa, les dijo con prepotencia que lo iban a tener que acompañar para ser interrogados. Al preguntarle Javier cuál era la razón el hombre le contestó bruscamente que no se hiciera el inocente que él sabía muy bien por qué los habían venido a buscar. De inmediato los conminó a abandonar la habitación y uno de los soldados los encañonó con su ametralladora y ordenó que se separaran y se pusieran contra la pared del patio. El de particular y el otro soldado entraron en el cuarto cerrando la puerta tras ellos y permanecieron unos diez minutos adentro. Javier y Claudia con los brazos extendidos y las manos apoyadas en la pared escucharon el ruido de los pasos retumbando sobre los listones de madera del piso, cajones que se abrían y objetos que caían al piso con diferentes sonidos. "Esto no lo esperaba. No era esta violencia, ni correr este peligro lo que yo quería. Parece una burla del destino, una mala broma. Estoy seguro que estos tipos nos van a llevar, quién sabe a dónde, ¿para interrogarnos?, ¿nos van a torturar, a matar por nada?", pensaba Javier inquieto. En tanto ya había anochecido. El patio estaba pobremente iluminado por una lamparita que arrojaba su débil luz desde la terraza. Adentro del cuarto los hombres iban y venían revolviéndolo todo, se escuchaba confusamente el sonido de sus voces, sus figuras se adivinaban entre las tablillas de la persiana de la ventana. Cuando salieron de la habitación, el tipo de particular les dijo que ahora se venían

con ellos. Javier intentó voltearse mientras le preguntaba si podía llevarse algún abrigo, pero el hombre inesperadamente le dio un puñetazo en la espalda que fue como un latigazo de dolor que lo paralizó y lo hizo caer de rodillas al suelo. "Bolche de mierda. Desde ahora te vas a mover y hablar sólo cuando yo te diga". Claudia lanzó un grito e intentó acudir en ayuda de Javier, pero uno de los soldados, colgándose en el hombro la ametralladora, la sujetó y le tapó la boca con una mano al tiempo que con la otra la sacudía brutalmente. Enseguida los levantaron en vilo y a los empujones, amenazándolos para que no gritaran los llevaron a los dos hacia la salida. Azorados e inmóviles, el dueño de la pensión, su esposa, y dos inquilinos que se habían asomado con el alboroto, los vieron cruzar el umbral y subirse a una camioneta azul. La violencia de los hechos los había dejado petrificados y a ninguno se le pasó por la mente la posibilidad de intervenir. Después el llanto ahogado de la muchacha había sido silenciado por el ruido del motor al arrancar. El dueño, enmudecido al igual que los otros tres espectadores, había vuelto a mirar en forma refleja el reloj en la pared, y si alguien se lo hubiera preguntado y él se hubiera atrevido a contestar, habría podido afirmar que aquel sábado de noche de fines de abril, eran casi las siete y treinta cuando Javier y Claudia desaparecieron para siempre.

Dos semanas después en horas de la mañana Pablo llegó a la pensión de Flores. Había enviado varios telegramas que no obtuvieron respuesta y al no poder conseguir el teléfono de la pensión -que tampoco la madre de Claudia tenía-, se decidió a viajar a Buenos Aires urgido por su madre y también por la de Claudia, cada vez más preocupados a

medida que pasaban los días y no tenían noticias de sus hijos.

El dueño de la pensión lo recibió sentado detrás del mostrador de la recepción. Al ponerse de pie vio que llevaba puesta una camisa marrón a cuadros con manchas de pintura blanca que cubría sólo la mitad de su enorme vientre, y un desteñido pantalón vaquero igualmente manchado. Apenas Pablo preguntó por Javier y se presentó como su hermano el hombre se puso lívido y fue a su encuentro precipitadamente.

—Encantado de conocerlo -dijo el hombre tartamudeando mientras le estrechaba la mano.

—Esperábamos la visita de algún familiar de los muchachos en cualquier momento...

—¿Ellos están bien? -preguntó Pablo alerta, sintiendo que su corazón se aceleraba súbitamente.

— Perdón señor -dijo el hombre hablando con dificultad-. Su hermano y la chica se fueron hace dos semanas y no han vuelto todavía. Supusimos que habían regresado a Montevideo. Lo extraño es que dejaron su equipaje... pero con mi mujer creímos que había habido una emergencia y lo vendrían a buscar más adelante.

—¿Cómo? -dijo Pablo con un gesto de incredulidad, y luego de unos segundos que se tomó para asimilar las palabras del hombre agregó-: Discúlpeme señor, aquí tiene que haber un error. Cómo es eso que se fueron sin avisarle a nadie y dejaron su equipaje... ¿Por qué iban a hacer eso?

—Bueno eso no lo sabemos... -contestó el hombre encojiendo los hombros.

—Pero eso no es suficiente, tiene poca lógica -continuó Pablo-. Acá hay algo muy raro y además no entiendo por qué al principio usted me dijo que estaban esperando que viniera algún familiar.

—Le acabo de decir... -dijo el hombre, secándose la frente sudorosa con un harapiento pañuelo que sacó del bolsillo del pantalón-. Pensamos que habían vuelto a su país. Recibieron un telegrama ese mismo día y nos pareció que esa podía ser la causa. Pero como pasaban los días y llegaron varios telegramas más y también cartas nos pareció que podía haberles pasado algo.

—Escuche bien, señor -dijo Pablo cortante-. Envié tres telegramas y mi madre y la de Claudia una carta cada una. Usted me dice que las recibieron y pensaron que podía haberles pasado algo ¿Entonces por qué no se fijaron en los remitentes y se comunicaron con nosotros de inmediato?

—Tranquilidad, señor -dijo el hombre retrocediendo al ver que Pablo se acercaba en forma amenazadora-. Somos gente de paz. No queremos problemas.

—Pero los va a tener, señor. Y se lo voy a decir bien claro -dijo Pablo fuera de sí-. Quiero que me diga ahora mismo lo qué pasó con mi hermano o le voy a romper la cara.

—Se los llevaron los soldados -dijo débilmente una voz de mujer a su espaldas-. La mujer del dueño tenía los ojos lacrimosos, temblaba y se restregaba las manos consternada.

—¿Y quién es usted? ¿qué es lo que dice? -dijo Pablo incrédulo luego de volverse hacia la mujer regordeta que había aparecido detrás suyo-.

—Vinieron en una camioneta a última hora de la tarde, el sábado, hace dos semanas... -dijo la mujer gimiendo-. ¿Qué podíamos hacer nosotros? Fueron dos soldados y un hombre de particular. Preguntaron por su hermano y la muchacha, sabían sus nombres y mi marido no tuvo más remedio que decirles que habían llegado hacía un rato. Le ordenaron que les señalara la habitación y cuando lo hizo el de civil le dijo de malos modos que desde ese momento era mejor que nos olvidáramos de aquella visita si no queríamos que la próxima vez nos tocara a nosotros. Después le gritó que se retirara y golpearon la puerta de los muchachos como para tirarla abajo. Desde la recepción nos llegaba solamente el sonido de las voces pero nos era imposible entender lo que decían. Luego de un rato oímos los gritos de ella y vimos cuando los traían a empujones... La chica lloraba... fue horrible, señor...

Pablo no podía creer lo que acaba de escuchar. La mujer se había interrumpido y sollozaba. El hombre estaba con la cabeza gacha y no se atrevía a mirarlo.

—Hemos guardado sus cosas, señor -dijo la mujer secándose las lágrimas con la manga de su vestido-. No hemos tocado nada, no había dinero. Compréndonos señor, no nos juzgue, teníamos miedo, no queríamos problemas. Cuando se lo contamos a un sobrino que es policía nos aconsejó que hiciéramos caso a la advertencia que recibimos del hombre y nos calláramos la boca. “Esa gente es capaz de cualquier cosa”, nos dijo.

La mujer hizo una pausa. Le pidió que la perdonara un segundo y se dirigió hacia un tablero con llaves colgado en la pared detrás del mostrador de la recepción. Sin dejar de mover tristemente la cabeza, tomó una y le dijo que le enseñaría la habitación. “Es por aquí, venga”, le indicó. Atra

vesaron un corto corredor y al llegar a la primera de dos puertas que se abrían a un patio con ropa tendida ella se detuvo e introdujo la llave en la cerradura. A Pablo le parecía que estaba en el medio de un sueño. No había venido preparado para algo así. Había cerrado los ojos por un instante, tratando de buscar en su interior el ánimo que le estaba faltando, y cuando los abrió la mujer ya había empujado la puerta y compungida, le estaba mostrando una habitación de paredes blancas recién pintadas. En el centro yacía el esqueleto de madera de una cama cubierto con diarios y no había ningún otro mueble. "Se rompió un caño y hubo que picar la pared. Ahora está casi pronto", dijo la mujer. Pablo permanecía en silencio tratando de dominarse. No sabía por qué tenía la esperanza de encontrar algo personal allí y ahora estaba conmovido y desorientado frente a aquella habitación desmantelada. Mientras se dirigían de vuelta a la recepción, la mujer le estaba diciendo algo acerca de la corrección con la que se habían comportado los muchachos durante su corta estadía. Su esposo los estaba aguardando flanqueado por una valija de cuero negra y un bolso marrón. "Esto es todo lo que había", le dijo, y Pablo ignorándolo lo apartó y levantó el equipaje colocándolo encima de una mesa ratona que allí había. Las pertenencias de su hermano y Claudia habían sido mezcladas desordenadamente tanto en la valija como el bolso y consistían mayormente en ropa, dos pares de zapatos, artículos de tocador, un reloj despertador, una afeitadora y algunas hojas de carta, sobres, revistas y diversos papeles entre los que se encontraban dos cartas sin abrir y los telegramas que él envió.

—No falta nada -se apresuró a decir el hombre.

Pablo hizo un gesto de impotencia. Le hubiera gustado pegarle a aquel tipo... pero de qué hubiera servido. Nada

podía compensar aquel desastre. A su hermano y a Claudia se los habían llevado unos desconocidos hacia dos semanas y a excepción de los dueños de aquella pensión nadie más parecía haberse enterado. Por otro lado con la situación que se vivía en aquel país las perspectivas no podían ser peores y no tenían la menor idea de los pasos a dar para intentar localizarlos. Le costaba trabajo creerlo. Durante los días que siguieron a la partida de Javier, o mejor dicho a su fuga, sus padres vivieron en zozobra permanente. Pablo había llegado de Punta del Este al día siguiente y supo que esa misma noche su madre, luego de conocida la carta que Javier dejó a la vecina, había llamado a la de Claudia y ésta le había dado el teléfono de su hija en Buenos Aires. Cuando llamó ni Claudia ni su padre estaban. Al volver a llamar más tarde pudo hablar con el padre de Claudia que le dijo que su hija se acababa de mudar a una pensión con una amiga pero no conocía la dirección ni el teléfono, y tampoco, aunque sabía que había venido, había visto a Javier. Al otro día la madre de Claudia llamó a su casa y le dio a su padre, junto con la dirección de la pensión donde se alojaba Javier, la noticia de que se había ido a vivir allí con Claudia. A los dos días su papá falleció y la única carta que envió Javier llegó tres días más tarde. Después todo fue silencio, dudas, incertidumbre. ¿Había esperado demasiado para venir a Buenos Aires? ¿Se habían confiado pensando que la falta de comunicación respondía a la necesidad de la parejita de aislarse ya que estaban viviendo una especie de luna de miel? Pablo suspiró. ¿Con qué cara le diría a su madre aquello? ¿Cómo le explicaría que Javier aparentemente había sido detenido pero que en verdad había desaparecido ya que presentía que nadie le informaría adonde se lo habían llevado? Sentía la garganta apretada y la boca seca. "Si papá estuviera vivo seguro que esto lo mataba. Lo tendría que haber venido a buscar al otro día que se fue y llevármelo a patadas".

—Usted comprenderá que tengamos miedo, señor. No es que no apreciáramos a esos chicos, entiéndalo... -dijo el hombre abochornado mirando de reojo a Pablo mientras se dirigían a la puerta de la pensión.

— Mire -lo interrumpió Pablo deteniéndose y depositando el bolso y la valija en el suelo-. Lo único que sé es que si usted tiene que declarar o salir de testigo o lo que sea, lo va a hacer aunque tenga que arrastrarlo.

—Sí, sí, claro... no faltaría más. No crea que somos tan insensibles.... Mi mujer desde que se los llevaron no hay un día que no rece por esos muchachos- dijo el hombre atropelladamente persiguiendo a Pablo que había reemprendido la marcha. Y mientras éste se alejaba por la acera todavía le alcanzó a decir: No se preocupe señor, en poco tiempo estarán de vuelta. Nadie tiene por qué hacerles ningún mal a dos chicos inocentes.

CAPÍTULO VII

Faltaba poco más de una semana para que Pablo viajara al norte. Era una fresca noche de abril y en su casa había la actividad normal de los viernes a esa hora. El charlaba con el flaco en la cocina. Hacía ya una hora que su padre había llegado del Estudio, se había duchado, cenado con ellos, y estaba sentado frente al gran ventanal con las piernas extendidas y apoyadas en un taburete al que su madre agregó un almohadón. Ella se había retirado a su cuarto y estaría intentando leer una revista tendida en su cama, pero no creía que lo consiguiera porque su pensamiento volvería una y otra vez a Javier, a su hijo rebelde, loco, que no se cansaba de angustiar y traerle problemas a la familia. Todo sucedió repentinamente. El flaco se estaba riendo festejándose un chiste cuando sintieron aquel ronquido. Enseguida hicieron silencio tratando de identificar el origen del sonido, todavía sin presentir nada malo, pero al repetirse más prolongado y fuerte se dieron cuenta que era una especie de estertor que provenía del living y alarmados se pusieron de pie. Dejaron apresuradamente la cocina y cuando traspasaron la puerta que comunicaba con el living vieron a su padre en el suelo, boca arriba, contrayéndose levemente al tiempo que emitía un débil quejido. Su madre que había aparecido al mismo tiempo que ellos cuando vio lo que pasaba, lanzó un grito y se precipitó antes que nadie sobre el cuerpo tendido de su padre. "Viejo, viejo, qué te pasa, contestame, querido, querido", repetía entre sollozos arrodillada a su lado, abrazándolo, tomándolo por los hombros, sacudiéndolo brevemente con fuerza para volver a abrazarlo con desesperación. Su padre

ya no luchaba por respirar, su cara estaba amoratada, las venas de su cuello sobresalían notoriamente ingurgitadas, sus ojos entreabiertos estaban perdidos, de la comisura de su boca un líquido rosado caía hacia la mejilla. “Viejo, no te mueras, no te mueras ahora, ahora no, por favor”, murmuraba su madre cuando lograba liberarse del llanto que se había adueñado de todo su cuerpo estremeciéndola en paroxismos que simulaban ahogos y de los que salía emitiendo un lamento desgarrador. Ellos miraban la escena paralizados. Cuando consiguieron reaccionar no intentaron otra cosa que hacer lo correcto sin dejarse llevar por el pánico. A duras penas habían logrado que su madre los dejara hacer algo para reanimarlo. Ella corrió despavorida a llamar por teléfono a la emergencia de la mutualista mientras Pablo buscaba el pulso de su padre y no lo encontraba. Enseguida le sacó el buzo, le desprendió la camisa y el flaco comenzó a masajearle el corazón (lo habían aprendido de una clase de primeros auxilios en el Preparatorio) y en el intervalo entre tres masajes él trató de insuflarle aire en los pulmones soplándole con todas sus fuerzas dentro de la boca. Nunca olvidaría el sabor ácido de la boca helada de su papá en la que una y otra vez había vaciado el aire de sus propios pulmones reprimiendo y aislando sus emociones, mecánicamente, sin desfallecer. Estuvieron unos quince minutos así, relevándose en la tarea, negándose a perder la esperanza, hasta que llegó la ambulancia. Pobrecito su padre, era como un muñeco roto inmune a todos sus intentos. “Un infarto fulminante”, diagnosticó el doctor de la ambulancia después de haber intentado resucitarlo inútilmente ayudado por dos enfermeros. No había nada que hacer, su corazón no respondía, lo lamentaba pero estaba muerto, señora. Su madre había vuelto a abrazarse de lo que en ese momento ya era un cadáver indiferente. Pablo fue a llamar por teléfono al médico de cabecera de su padre, también llamó a los parientes más cercanos y por últi-

mo a la funeraria, mientras el flaco se quedaba acompañando a su madre. Más tarde decidieron velarlo en el mismo departamento ("él siempre odió la idea que lo velaran en una empesa fúnebre", les había dicho su mamá entre gemidos) y cuando llegaron los de la funeraria trasladaron el cadáver a la cama de matrimonio. Con el correr de los minutos el departamento se fue llenando de personas con rostros lúgubres que se fueron distribuyendo entre la cocina y el espacioso living. A puertas cerradas, en el escritorio su madre estaba siendo confortada por algunos familiares. En un momento determinado el flaco vino hacia él y al darle un fuerte abrazo automáticamente Pablo pensó en Javier que estaba en Buenos Aires y los ojos se le llenaron de lágrimas... maldita sea, no podía haber elegido peor momento para irse. Cayó en la cuenta que todo había sucedido tan rápido que hasta ese instante no había asimilado realmente lo sucedido. Era como si desde el mismo momento en que entró al living y vio a su padre agonizando, sus sentimientos se hubieran bloqueado concentrándose en tratar de resolver los problemas prácticos que se iban presentando sin permitirse nada más. De pronto sintió la necesidad imperiosa de estar solo, de salir de aquel ambiente, no deseaba quedarse allí durante horas haciendo de anfitrión de familiares solícitos. Se lo dijo a su amigo y le pidió si no le molestaba por un rato ocupar su lugar. El flaco asintió y volvió a abrazarlo. Pablo discretamente fue hasta su cuarto, se puso una campera, encendió un cigarrillo y bajó por el ascensor de servicio para evitar embarazosos encuentros.

Ya fuera del edificio caminó al principio sin rumbo, respirando profundamente el aire fresco de la noche. Tomó por 18 de Julio atendiendo por primera vez a su tristeza e invocando a la que siempre había considerado que tenía aquella ciudad, una tristeza heredada de ancestros italia-

nos y españoles, diluida ya por nuevas identidades pero aún pensando en el alma de sus habitantes, y que ahora parecía estar allí acompañándolo en aquel trance como un doliente más. Mientras caminaba entre la multitud que salía de los cines, tropezándose por gusto, por una rudimentaria necesidad de contacto, con hombres y mujeres indistinguibles, imaginó un entierro sombrío. Pudo ver los árboles de altas copas en una mañana sin sol, los caminos salpicados de hojas entre las tumbas, la multitud aglomerada alrededor del panteón familiar donde un orador improvisado alzaría su voz perturbando el aire pacífico del cementerio, para ensalzar las virtudes de su padre con las frases vacías de siempre. Vio en los rostros, más allá de la congoja, el estupor al descender el ataúd luego de las palabras finales del sacerdote, y contempló la tierra cayendo sobre la lustrosa madera y la cruz de metal; escuchó el sonido del viento entre los árboles confundiendo con el murmullo plañidero de los últimos lamentos, y en el lento camino de regreso, mientras el viento revolvía las hojas secas, le pareció interpretar en la forzada solemnidad de algunas miradas, en el gesto nervioso de unas manos acompañando un pésame, el mismo desconcierto que siempre había sentido ante la muerte.

A pocas cuadras del Obelisco, donde terminaba la Avenida, en una esquina oscura y desierta, una puta flaca y teñida de rubia fumaba un cigarrillo nerviosamente. Algunas veces con el flaco la habían visto acechando clientes, con el mismo andar de pájaro que le conferían sus largas y esqueléticas piernas, y en una ocasión la recordaba especialmente porque estaba enzarzada en una violenta discusión con una colega que pretendía que compartiera su esquina. Cuando se acercó vio su rostro, de una edad indefinida más allá de los cincuenta, totalmente arruinado por las arrugas, con los labios pintados de un rojo brillante

que rutilaban por momentos con los faros de los autos.

—¿Vamos tesoro? -le dijo adelantándose cuando Pablo pasaba, moviendo provocativamente hacia delante su cintura, con voz enronquecida por el cigarrillo y la intemperie.

Pablo la miró con un sentimiento de asco y lástima mezclados que no recordaba haber experimentado antes y no sabía por qué le había dicho que sí. Ella se acercó al borde de la acera y le hizo señas a un taxi que los llevó a una amueblada en donde el encargado, al que casualmente conocía por ser amigo del flaco, no podía creer que fuera a encamarse con semejante esperpento. “Hay mejores formas de suicidarte, Pablito”, le dijo con tono burlón susurrándole al oído cuando los acompañaba a la habitación. Ahora, pensó Pablo, mientras la mujer volvía a ocultar dentro de una faja su abdomen flácido y celulítico y le reclamaba su dinero, su padre ya se había convertido en un muerto cualquiera. En su propia habitación, en el centro de una cama en la que había soñado en vida, estaría entregado a una nada sin sueños, rodeado de coronas fúnebres, en un ambiente perfumado e iluminado con luz tenue para disimular su violenta condición. Un muerto quieto e indiferente, una cosa inanimada que se dejaría arreglar y embellecer para que parientes y amigos pasaran en tandas para verlo. Un muerto rígido e inalcanzable al que su madre le colocaría una almohada para que descansara su noble cabeza, lo salpicaría de colonia y peinaría, y lo haría lucir, borrando de su rostro el rictus amargo con que él lo recordaba en el suelo del living, con la cara ausente de los hombres felices. Un muerto descortés y terco al que sería imprescindible encerrar rápidamente en una caja para no tener que soportar su expresión irritante, su irrespetuosa indiferencia al sufrimiento, y sobre todo su fascinante inmovilidad, que evocaban certezas que a pesar de ser de las

pocas que existían, la mayoría de los hombres se negaban a aceptarlas como definitivas. Luego, cuando regresaba caminando otra vez por la Avenida, descubrió que se sentía más relajado y tranquilo, como si el contacto con aquella puta, de pronto por una antigua y tortuosa afinidad de los seres en desgracia, le hubiera proporcionado cierto consuelo ayudándolo a sobrellevar lo que vendría.

A partir de aquella noche las cosas fueron de mal en peor para su familia. Después de confirmada la desaparición de Javier y Claudia lo que siguió fue una constante frustración, una desazón que se hacía más profunda a medida que pasaba el tiempo y no se sabía a dónde se los habían llevado, en qué condiciones estaban, si por lo menos seguían vivos. Junto a su madre y la de Claudia removieron cielo y tierra tratando de encontrarlos. Pero todas las gestiones, todos los influyentes amigos de su padre, toda la ayuda de las organizaciones de derechos humanos, todos los contactos con las autoridades uruguayas y argentinas fueron inútiles. Se sentían descorazonados, era como darse contra un muro una y otra vez. Sólo en contadas ocasiones sus alicaídas esperanzas renacían cuando alguien que había sido liberado decía creer haberlos visto en uno de aquellos centros clandestinos donde llevaban y en la mayoría de los casos mataban a los secuestrados. Entonces su madre revivía, se animaba, comenzaba a hacer planes pensando en la vuelta inminente de Javier -la última vez hasta le había comprado ropa y pintado el cuarto-, y como se aferraba de manera tan desesperada y mórbida a cualquier ilusión, por más remota que fuera, cuando llegaba la nueva decepción era lo mismo que si lo volviera a perder. Lo único que conseguían aquellas noti-

cias, al escarbar sádicamente en una herida todavía abierta, era alejar definitivamente la posibilidad no ya que cicatrizara, porque esto era imposible, sino que por lo menos dejara de sangrar. De cualquier manera ni él ni nadie esperaba que se desmoronara como lo hizo. Lo que con otras personas en la misma situación no había sucedido, no sabía si por el dolor mismo en alguien muy susceptible o por algo ya latente en ella que el dolor había despertado, al poco tiempo la salud mental de su madre fue deteriorándose con rapidez hasta afectarse de forma permanente. Después de una corta transición en que pareció que había disminuido su ansiedad, de un día para el otro empezó a desvariar abiertamente actuando como si su padre y su hermano estuvieran vivos. Para Pablo fue una experiencia que le costó superar verla pasar una noche en vela esperando el regreso de Javier y presenciar sus diálogos demenciales con el vacío, con ojos abiertos como platos, ignorantes de todo lo que no fuera su visión. Por supuesto que al otro día la había puesto en manos de un reconocido psiquiatra amigo de su padre. Este la internó en una clínica privada, la medicó y la primera respuesta fue muy positiva, parecía haberse curado, pero pasada la primera semana de aparente normalidad recayó y hubo en el correr de los meses siguientes varias internaciones más. El psiquiatra estaba desconcertado y los colegas a los que pidió opinión también. Su madre no respondía al tratamiento en la forma esperada. Sus vueltas a la normalidad eran cada vez más breves; seguía alucinando y cuando no lo hacía se hundía en profundas depresiones de las que era cada vez más difícil rescatarla. Su deterioro fue asombrosamente veloz y los médicos especialistas hacían conjeturas pero no sabían combatirlo. El último año de su vida lo había pasado postrada en la cama, rodeada de enfermeras y doctores. A lo último prácticamente no hablaba a no ser por esporádicos balbuceos incoherentes, no comprendía nada de lo que se le decía y había

que alimentarla, cambiarla, lavarla, porque ni siquiera controlaba las necesidades de su cuerpo. Así sobrevivió seis meses hasta que una noche su corazón se había apiadado de ella dejando de latir.

El resto en parte era historia. A los países sudamericanos había vuelto la democracia, aunque en algunos como condición, en especial en Uruguay, Argentina y Chile, los golpistas y sus secuaces consiguieron de una forma u otra ser indultados y por lo tanto los culpables del seguro asesinato de su hermano nunca fueron juzgados, hecho que le dejó un regusto muy amargo (lo que según algunos de sus conocidos habría sido debido a su falta de "grandeza" para perdonar). A los pocos días de la muerte de su madre, en plena dictadura, en el último contacto que había mantenido con la madre de Claudia, ésta, por teléfono, con palabras afectuosas le había dado sus condolencias y expresado que seguiría luchando para saber lo qué había pasado con Claudia y Javier. También le había dicho que a su compañero, Cosme, que hacía dos años que estaba preso, lo habían liberado recientemente, y que Rita y su marido se habían ido a Suecia en condición de asilados políticos. En cuanto al flaco Marcelo, poco después de la muerte de su padre, viajó con sus padres a España según lo tenían planeado. Allí se relacionó con una catalana de la que se enamoró perdidamente y en forma intempestiva decidió casarse y no volver al país. A Pablo realmente le costó asimilarlo, nunca se le había pasado por la mente que el alma del flaco albergara semejantes pasiones, tal vez porque siempre lo vio como el amigo fiel, jodón y simpático, y no como una persona con necesidades y una vida que resolver igual que cualquiera. Como solía suceder en estos casos, durante algún tiempo se escribieron muy seguido y después con la lejanía, la correspondencia se transformó en una especie de compromiso espaciándose cada vez más

hasta interrumpirse, con el resultado que durante años le perdió el rastro a su amigo el flaco. Supo más adelante, por un conocido en común que lo encontró de pura casualidad en España, que estaba divorciado, tenía una hija y era dueño de una cadena de zapaterías en Barcelona; su padre había muerto de un derrame cerebral mientras lo visitaba, y su madre que en ese momento estaba viviendo con el flaco, al año de enviudar se había casado con un hombre demasiado joven que en poco tiempo la dejó en bancarrota.

Ahora el tiempo había transcurrido y los años habían hecho su trabajo, pensaba Pablo. Todo parecía tan lejano y borroso. El se había instalado en el Interior, estaba casado con Elena, que le dio dos hijos, vivía cómodamente y hasta le sobraba el tiempo para ocasionales amantes. Así era la vida, ¿no? Con los años, pensando en lo sucedido, había perseverado tratando de encontrar un sentido racional a aquellos trágicos acontecimientos, pero modestamente creía que en ese intento había tenido la misma suerte de todos los que buscaban los últimos porqués de las cosas, o sea, ninguna. ¿Qué lo impulsaba a seguir adelante...? Supuestamente la existencia se reducía a una ciega y esperanzada afirmación que hacía que el mundo girara y ésta le parecía la explicación más satisfactoria. Por lo demás, si consultaba sus sentimientos, no se consideraba en absoluto una persona infeliz, tenía sus buenos momentos, procuraba aceptar lo inevitable, y no se arrepentía de nada. Sólo en contadas ocasiones lo invadía una vaga nostalgia de otra vida que podría haber vivido, por más que no acertaba a darse cuenta qué otra cosa hubiera hecho si no se iba al campo. Después de todo, ¿qué alternativas tenía? Había elegido siempre lo que más le convenía, y esto, según creía, era lo mejor que se podía hacer en un mundo tan engañoso como el que soportaban.



Rafael Marías nació en Montevideo (Uruguay) en 1954. Residió algunos años en Buenos Aires, Nueva York y Barcelona. En Montevideo cursó estudios de Letras y completó la carrera de Medicina.

"El hermano de Pablo", su primera novela, narra las vivencias de dos hermanos, Pablo y Javier, centrando la acción mayormente en los años setenta, un período dramático de la historia del Uruguay.



"Esta es una primera novela de un escritor en el que no puede rastrearse ningún propósito de deslumbramiento, ninguna arrogancia, ninguna concesión a la moda o a la posteridad. Me gusta por la modestia, pero sobre todo porque cuenta, y muy bien, una historia cercana, verdadera y dolorosa. Desde la ficción, un aporte válido a nuestra historia".

Antonio "Taco" Larreta